

Primera edición:

EN CUBA Y AL SERVICIO DE LA REVOLUCION CUBANA (La Habana). - Ediciones Unión, 1963.

Segunda Edición:

MI EXPERIENCIA CUBANA (Montevideo). - EL SIGLO ILUSTRADO, 1965, (derechos de autor donados a la Casa de la Cultura Artigas-Martí del Uruguay).

Carátula de JUAN RUDOLF

EL SIGLO ILUSTRADO. Colección PUEBLOS Y PAISES
Impreso en Uruguay. - Hecho el depósito que marca la ley

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

MI EXPERIENCIA CUBANA

Montevideo 1965

*Cubano no es el que nació aquí; cubano
es el que ama y defiende a este país...*

FIDEL CASTRO

PROLOGO

Se ha extinguido la vida de Ezequiel Martínez Estrada. Nació en San José de la Esquina, en Santa Fe, en 1895 y falleció este 4 de noviembre pasado en Bahía Blanca, donde tenía su casa y una pequeña chacra.

Fue colaborador de "Propósitos", donde aparecieron sus "Exhortaciones" que la prensa grande no se atrevió a publicar.

El Teatro del Pueblo le estrenó la primera obra de teatro, "Títeres de pies ligeros" y posteriormente "Lo que no vemos morir", que también fue editado por esta entidad.

Tomó con responsabilidad su parte en la lucha y fue entusiasta presidente de la "Liga por los Derechos del Hombre" y de la Sociedad Argentina de Escritores.

A principios de 1962 lo encontramos en Cuba. Terminando un libro sobre Martí y vivía en Vedado, en un departamento de G y 3 sobre el mar. Creemos que esos fueron los años más felices de su vida. Lo reflejaba en su rostro, después de haber recibido la gran ovación que le tributó la Asamblea de los Pueblos, con asistencia de delegados de todas las repúblicas latinoamericanas.

Aquí nadie ha hecho referencias a su adhesión a la Revolución cubana y hasta se ha insinuado que la experiencia no lo había dejado conforme. Pero a nosotros nos consta personalmente y fuimos confidentes de la admiración y simpatía que aquel brote de vida nueva le producía. Y por eso cuando llegó de vuelta y aun antes de partir se le hizo el cruel complot del silencio, en tanto se sobrestimaba hasta el absurdo el cortito valor literario del bardo

conservador que aspiraba a Premio Nobel, cuya obra es insignificante comparada con la del escritor que la reacción dejó morir en soledad.

Hace más de treinta años que vio la luz su "Radiografía de la pampa". Condenaron al libro, como después lo hicieron con él mismo. Lugones le dio el gran espaldarazo con argumentos y acento que inauguraban una nueva era para la literatura argentina. Hasta ese momento en el país, escribir era una suerte de distinción espiritual. La mayor parte de los hijos de la gente que respaldaba su apellido con su fortuna presumían de escritores y algunos sabían sacar partido de la preceptiva literaria.

El joven Martínez Estrada, con voz trémula declaró aquella noche el oficio de las letras; con intenso dramatismo señaló los deberes del intelectual, su responsabilidad, su riesgo. Mirando a Lugones, que no apartaba los ojos de aquel rostro en llamas, anunció con voz que resumía una gran angustia su decisión de romper todo vínculo amistoso, si era necesario, para ser verídico, para poder cumplir un destino de poeta, erguido frente a la fatalidad y frente a las fuerzas del mal contra las que ha de batirse el hombre.

Aquella voz saturada de angustia daba nacimiento a una concepción distinta de la manifestación del intelecto, convertido ahora en una especie de militancia a favor de los derechos de la sociedad, contra el arrogante espíritu individual, capaz en su soberbia de sacrificar a la humanidad, antes de inmolarse en su beneficio, como este escritor hizo. Porque aun para los que escriben insulseceza o los que escriben con malicia, el arte de las letras es un instrumento que horada la conciencia y da la muerte vil en vida a pesar de las condecoraciones, o la vida intensísima, férvida, que es ir muriendo sin miedo, de pie frente al destino. Después de aquella noche, supimos que andaba por la pedregosa senda de la Patria, anteponiendo su deber a su gozo solitario de creador, mientras la mayoría de sus colegas traspasados por la literatura, distraían sus ojos en melancólicos juegos de palabras.

La clase poseyente, en los comandos de la organización social y la economía, había descubierto que la inteligencia no es combatiente. Mas por el contrario su timidez la obliga a replegarse apenas se la amenaza. Solamente la libertad es creadora y es para salvar su inteligencia que el pensador y el artista han de ingresar en la lucha por librarse de toda otra servidumbre que no sea la de servir a la humanidad.

La mención de Ameghino, puro, impasible, ignorado por su natural ateísmo, basta para ilustrar lo que queda dicho.

Pero si hemos mejorado en las apariencias hasta parecer que el pensamiento puede expresarse con libertad, lo cierto es que la antigua humillación subsiste y las indicaciones de ser moderados en el juicio y las insinuaciones de que son necesarios aún la mentira y la falsedad, nos siguen poniendo a distancia de la dignidad, salvo que se opte por todas las penurias imaginables para poner a salvo la conciencia.

Esto nos propuso Martínez Estrada con la aparición de su "Radiografía de la pampa".

No fuimos pocos quienes nos decidimos a seguirlo por el áspero camino, dejando la trillada senda, con sus perniciosos halagos. Algunos habíamos tenido atisbos de esta misión enaltecedora que por derecho propio ejercía el gobierno moral del mundo y que, entre nosotros, de una vez fundaba la profesión y le daba sentido y honra.

Pero la conciencia de que había ido muy lejos en sus exploraciones, no le envaneció. Fue paciente y cordial con sus colegas, solícito y modesto con el prójimo. Y si alguien le conoció un rasgo de altanería, sepa que disimulaba un exceso de ternura que no estaba seguro de prodigarse.

En su casa, frente a la Plaza Mazzini, perdía un resto de azoramiento y expandía su ánimo entre sus pájaros libres, "que tienen la misión de la enseñanza y purificación del género humano".

¡Cómo reconocerían al hombre extremado, sensible como las propias cuerdas de su violín, revoloteando sobre los

estantes de libros o aleteando sobre sus hombros Plumerito y Pirucha, Pelusita y Barbín, sus criaturas de plumas!

Una mañana de aire suave, en San Miguel de Tucumán, Ezequiel Martínez Estrada nos habló de Hudson, de su amor por estos seres alados y de su "Gorrion de Londres". Los que pudieron escucharlo comprendieron que Martínez Estrada perseguía ardientemente para sí mismo y para el prójimo el ideal de ser digno de la vida. Esta misión que se impuso al filosofar le hizo parecer pesimista a los ojos de quienes lo consideraron con la mezquindad de su aburguesamiento. Pero su rigor fue fidelidad a la vida. Su minuciosa requisitoria, ansiedad de fijar un rasgo propio, de salir de esa vaguedad y confusión que sólo muestra la petulancia a la par que la incapacidad para filosofar acerca de nuestro destino y darnos, sin pedirlo de prestado, un estilo, de vida que nos presentase a los argentinos a la consideración universal.

Martínez Estrada respetó su conciencia y se desterró voluntariamente del engaño y la cautela en que viven gran parte de sus cofrades. Fue el ejemplo y quisieron señalarlo como el escándalo. Con qué alivio lo tildan de pesimista y riguroso, porque se obligó a declarar la verdad desnuda, sin esperar otra remuneración que la soledad, ni otro jornal que el que puede satisfacer la ignorancia que se ve batida y la mentira que se rinde.

A veces se ha quejado Martínez Estrada de este glorioso destino que, hoy se ve, asegura un reconocimiento duradero, mientras que, la estúpida conformidad y manse-dumbre sólo fija el salario.

"Radiografía de la Pampa", casi no suscitó comentarios al aparecer. Su espíritu revolucionario desconcertó a los críticos habituales acostumbrados a la gacetilla literaria coronada de hipérboles o a la puñalada trapera de la reacción.

La verdad es que aún no había lectores de estas placas y que no nos habían radiografiado antes.

Pero no supieron decir los críticos o si lo dijeron tuvieron el buen cuidado de oscurecer el texto, que por fin teníamos algo nuestro, incontaminado, algo de algún modo

eslabonado al "Martín Fierro" de Hernández, para seguir, sin fisuras, construyendo sobre cimientos, en vez de dibujar en el agua, o en el aire.

No teníamos "literatura argentina". El "Martín Fierro" había quedado pendiente. Nuestros literatos, aunque trabajasen bajo su advocación, se perfumaban a la rosa de Francia o a la lavanda inglesa o a la verbena española, al ámbar persa, pero estaban lejos de percibir el olor capitoso que provenía del suelo natal, compuesto de plantas que no huelen. (el cardo, el coirón, la cicuta, la ortiga, el junco, el ombú) por estar abiertas a los cuatro rumbos bajo este cielo tan bajo que deja la intimidad expuesta al implacable ojo del sol.

"Radiografía de la Pampa" está exenta de pensamiento extraño: es la obra argentina, de un argentino que se refiere a la Argentina, examinada en escala humana, en todo su ámbito interior, en todas sus dimensiones sin perdonar el cielo.

Venciendo el vértigo ascendió a la helada cumbre donde reina el alma y también bajó, con su lámpara y su piqueta a la entraña misma de nuestra tierra. Su audacia, su heroísmo consistió en sacar a la superficie el betún, el carbón, y el oro y las gemas allí enterrados.

Lo que hay que agradecerle es haber tenido el valor de buscar la verdad y el heroísmo de exponerla, porque llevaba el valor en su conciencia y el coraje en su corazón.

Sin apartarse de un método científico, Martínez Estrada se confió a su intuición poética y quizás fue más lejos de lo que se proponía en su vivisección. Los trapalones de la nada se hallaron, de pronto en la pampa, como en el primer día de la creación, sin "paisaje y sin hombre".

Alabamos la decisión de este escritor de ser puro y cierto, hasta la crueldad quizás, hasta hacernos sangre, hasta lograr el hueso para provocar el crecimiento de carne sana, de aquel origen confuso y corrompido.

Así fuimos en el pasado remoto y hoy lo que queda del invasor en la tradición hace migas con el moderno colonizador avariento, que se ceba hoy en nuestros trabajado-

res, como humillaba antes al indio, despojándolo y castigándolo.

No es casual que hoy asistamos a un recrudescimiento de la inmoralidad que Martínez Estrada señala en la "época del cuero".

El invasor y quienes les abren la puerta, son "felones, perjueros; carecen de dignidad; prometen la paz, la recompensa; prometen respetar las vidas, la amistad y se burlan de todo, en esta época del dólar", que Martínez Estrada comenzaba a connotar.

Antes el indio dormía sobre el caballo y evitaba el diálogo, consigna Martínez Estrada; hoy el ciudadano precavido si se decide a hablar en voz alta, se echa vestido sobre la cama a la espera de la violación de su domicilio y del secuestro que da con sus huesos en la celda carcelaria o en el lecho del río. Lo que no ha impedido cultivar la mitología de los derechos humanos.

Fue Martínez Estrada quien difundió con más claridad y en cefida síntesis, nuestra desdicha de pueblo dominado. El extranjero tendió las vías férreas, como un sistema descendente que comunicaba el vagón de carga con la bodega del buque europeo. El empréstito fue el lazo más firme del dominio y se exaltó el sagrado deber de cumplir con los compromisos contraídos, de pagar deudas que afectaban el honor de la República y la salud de sus habitantes.

La sabiduría del autor de "La cabeza de Goliath" se hace patente en la soltura con que se desplaza de lo psicológico y estético, a lo ético y social, a lo económico y político, con lo cual él consiguió penetrar allí donde sólo habíamos obtenido una visión en superficie. El poeta guía al pensador; el científico ha cernido con morosidad su fina cosecha. Pero hay más y es la férvida vibración, el sutil ardimiento con que ha sido formulada cada una de esas palabras dedicadas a encarar sin presunción los graves problemas nacionales.

Martínez Estrada no ignora que la naturaleza económica es lo que fundamenta. El conquistador vino y viene por la fortuna. Vino en busca de oro y el desengaño le

impulsó al cultivo de la tierra. Viene en busca de nuestras riquezas cada vez que organizamos algo. Nos deja sin lo que es nuestro y con una hipoteca más. Siempre hemos vivido en crisis, siempre hipotecados.

Si los dirigentes, la clase gobernante, invadida por abogados y médicos, repasaran continuamente esta transparente radiografía realizada por Martínez Estrada, en vez de escribir ellos también su libro para el tiempo de las promesas, capitalizarían para el país los negocios, en vez de compartirlos con el inversor extranjero.

Abandonaríamos la política humillante del empréstito y reajustaríamos la economía adaptándola a lo que producimos, vendiendo y canjeando, como se hizo tímidamente en un principio.

Nuestra soberanía es un mero símbolo y la libra y el dólar, el franco y el marco y alguna otra divisa, siempre están prontas a aplastarnos, hasta que no aprendamos a mirar hacia adentro, liquidando de una vez ese factor de pobreza y atraso que es el latifundio.

En Martínez Estrada se dieron sencillamente el artista y el pensador; pero ante todo es un revolucionario que por deber reúne pacientemente los elementos necesarios para impulsar al país hacia su mejor destino.

Nada deja por examinar en "Radiografía de la Pampa", con sus finas antenas de extremada sensibilidad. Pocas palabras les bastan para desechar ese otro imperialismo hispano de la cultura que viene en alas de un idioma que no expresa al americano. La pretensión de mantener cierta hegemonía sobre el área idiomática, la presunción de cultedad de quienes hablan a la española, y usan diccionarios, gramáticas, tratados y manuales de la Real Academia Española, tienen en la Academia Argentina de Letras su baluarte, como si fuésemos una nación apócrifa.

Fue Martínez Estrada quien nos dio una dimensión exacta de la ciudad a tiempo que la perdíamos. Recuperarla costará tanto como rescatar al tango, al porteño, al café, a las librerías y a la calle Florida donde la multitud inocente, sin cargo, podía darse aires de distinción.

Pero entonces ocurrió lo previsible. A medida que en el país la descomposición política avanzaba, Ezequiel Martínez Estrada predicaba y escribía con más ardor. Nos tocó estar cerca de él, casi sin que lo advirtiese. Todos acudían a él, pero él no tenía soluciones. La corrupción general lo tomaba cuando casi había agotado sus fuerzas en el examen, en la radiografía. Trabajaba como un asceta. Se inclinaba sobre sus trabajos durante largas horas y solamente sus pájaros tenían acceso a su intimidad. Su rostro estaba como ocurecido por la angustia. No sé qué molestia surgió de pronto detrás de la oreja, que le obligaba a llevar tieso el cuello. Su mirada triste y ardiente y cierta impaciencia con los que preguntaban banalidades, descubrían un azoramiento como lo tendrían sus pájaros cuando después de revolotear por la habitación se posaban sobre las cuartillas que garrapateaba aquel hombre preocupado. Pero no soportó durante mucho tiempo aquella incertidumbre. Había completado su tarea con el análisis de la cabeza del país. La cabeza desproporcionada y hermosa de un Goliath esmirriado. Todos estaban orgullosos de la hermosa Buenos Aires y a la vez, en tal sentimiento de admiración se mezclaban el desdén y la envidia. Los provincianos eran los que más la denigraban y por eso casi siempre se les dejaba el gobierno. Las grandes voces provenían del interior, pero preferían hacerse oír desde la metrópoli. Martínez Estrada libraba una dura lucha contra sí mismo. Como si se achacase el desastre político-social que culminaba en su desarrollo de tres lustros. Abordó el teatro: pedía un teatro "sin voz y sin luz". La cuerda estaba demasiado tensa. Sospecho que creyó que podría escapar a la angustia trabajando en la tierra y aró y sembró y cargó bolsas sobre sus hombros. Pero no era esto. La solución que le atormentaba es la que beneficia a todos, con los bienes de la libertad, de la justicia, del derecho, de la democracia, de la libre expresión de la cultura. Todos estos valores espirituales fueron pisoteados, como sabéis, y todavía las armas prevalecen sobre las letras. Y esta realidad colmó su capacidad de resistir y se desplomó.

Cuando la noticia de su enfermedad, pero no podíamos detenernos a cuidarlo. Estábamos demasiados ocupados con nuestra desgracia y como dicen que ocurre durante la guerra, habíamos borrado de nuestro espíritu todo sentimiento de conmiseración.

Quedó sumergido en el lecho, distante del mundo y de las cosas que amaba, especialmente de sus libros, durante cuatro largos años. Fueron como mil quinientos días de martirio.

Iban los médicos a verle para comprobar que estaba enfermo de enfermedad, pero nadie nunca había clasificado tal dolencia y lo abandonaban. El mismo estaba por salir de aquel cuerpo lacerado que ya no soportaba, donde lo único que vivía intensamente eran sus oscuros ojos ardientes. Solamente algunos pocos sabían dulcificar su mortificada existencia, sobre aquel fuego que le quemaba consumiendo todo lo que en él había de superfluo.

Y así pudo sobrevivirse. Y apenas pudo tenerse de pie, se lanzó de nuevo a la lucha. Como si quisiese recuperar el tiempo de prueba que había permanecido hundido en el lecho, lanzó sus anatemas en todas las direcciones. Quiso obrar con tal rapidez que no dejó de regañar ni aún a los que iban en su misma dirección. Sus palabras eran macizas, pesadas; su impaciencia había crecido y no quería que se le distrajesen de la tarea que debía cumplir. Quería ir tan de prisa, que todo lo que iba a la vanguardia, le parecía anticuado. No se cuidaba de lastimar. Su largo padecer lo había hecho más decisivo, si cabe, más intrépido. Muchos vínculos saltaron, porque como en aquella noche que inauguró la aparición de "Radiografía de la Pampa", seguía obstinado en no decir más que la verdad.

Lo recuperamos, pues, con alegría mojada de lágrimas y no nos importó que nos contrariara en su esfuerzo constante de hacer indiferente a su corazón para que no traicionara la conciencia. No le aterró la soledad. Volvió a trabajar su prosa, no para contornear su estilo, sino para aproximarla todo lo posible a la exactitud y hacerla útil al mundo.

Le dijimos a Ezequiel Martínez Estrada, que no se resignara en sí mismo y que nos ayudara a dar fuerzas a este pueblo honesto, convaleciente de tantos males, afligido por la carcoma que persiste en no dejarle reponer su salud, inyectándole el estímulo de la fecunda alegría que le permita llegar a ser libre, independiente, pacífico, justiciero, dueño de su destino para que la Patria sea grande y haya pan, felicidad y amor en la mesa de todos. Y se puso al lado nuestro, en la vereda de enfrente del egoísmo, donde le negaron todo eco y lo dejaron morir como a un leproso, para suspirar aliviados, después del entierro.

Ahora le cantan loas a quien los marcó a fuego con sus anatemas, porque es un modo de hacer creer que la diatriba no era para ellos. Pero Martínez Estrada sobrevivirá y los mercaderes de nuestras letras se hundirán en el olvido.

LEONIDAS BARLETTA.

POR QUE ESTOY EN CUBA Y NO EN OTRA PARTE

Gustavo Roca quiere llevar, de regreso a la patria, algunas palabras mías, destinadas a los que extrañan mi ausencia. Gustavo ha presenciado lo que yo pudiera narrar, y su testimonio disipará cualquier duda acerca de la veracidad de lo que parece increíble.

El ha visto la realidad de lo que en Cuba se ha hecho en veinte meses y de lo que se está haciendo para organizar una vida común de paz y de progreso. Vio lo que puede un pueblo que se levanta de su postración y adquiere conciencia cabal de sus derechos y deberes. Les contará lo que es posible hacer cuando un pueblo entero se une para defender un ideal, y les dirá de la integridad y capacidad extraordinarias de sus líderes, de los poderes insospechables de las fuerzas morales.

Les dirá asimismo que me entristece infinitamente la brutalidad y la insolencia con que los caudillos de todo género sojuzgan a nuestro pueblo, lo esquilman, lo castigan y lo escarnecen. Les dirá que si sigo creyendo que tantos esfuerzos y sacrificios han sido estériles, ello se debe a que los usurpadores y embaucadores han gobernado casi siempre al país, y a que los llamados intelectuales están enrolados, voluntaria o complacientemente, en la causa de los enemigos del pueblo. Pero

sobre este aspecto de la gran traición nacional de que pocos están exentos de culpa, prefiero no insistir.

Estoy en Cuba para servir a la Revolución, que es también la causa humanitaria de los pueblos expoliados por los "racketers" de la Banca internacional, amedrentados y escarnecidos por los esbirros de la policía militar interamericana, y torturados y perseguidos por los verdugos y delatores en sus propios países. ¿Qué se piensa de este gran pueblo cubano en Argentina, manejada por camarillas estipendiadas y ofuscada la opinión pública por las informaciones insidiosas de la prensa asociada? ¿Qué esperan allí del mañana?

En Cuba se espera lo que es correcto y lógico; se espera cosechar mañana lo que se siembra hoy, y no se esperan mercedes ni gratificaciones, menos de los cazadores con halcón que de los de escopeta. Lo declaró Fidel Castro en la O.N.U. con el lenguaje de los hombres libres y honrados: "el Capitalismo es una ramera que no nos seduce".

Aquí cada día esperamos la llegada de los bombarderos norteamericanos apostados en Guatemala, y sin duda en otros lugares estratégicos, y no hay un ciudadano que no esté dispuesto a repelerlos hasta morir. Esperamos de un momento a otro a los bombarderos tripulados por criminales recolectados como desperdicios de los bajos fondos morales de toda América, adiestrados, equipados y asalariados por el Departamento de Estado, el Pentágono y la F.B.I., para asesinar en masa a hombres, mujeres y niños que trabajan, estudian, y miran con la cabeza alta al porvenir.

Estoy en tierra reconquistada por el pueblo a sus enemigos inmediatos, a los que estaban atrincherados

aquí como ahora allá, convertidos los Poderes Públicos en casamatas. Destruídas fueron sus fortalezas y convertidas en escuelas, con sólo la fuerza de los corazones ansiosos de justicia y de las manos cansadas de trabajar sin provecho. Esas son también las armas invencibles que posee el pueblo argentino para su liberación. Las otras las tienen los ejércitos de ocupación y sus servicios auxiliares.

Yo no soy especialista en revoluciones, ni siquiera un agitador, mas debo dar mi parecer sobre lo que puede hacerse ahora. Hay en Argentina asociaciones sindicales y profesionales, cooperativas e institutos de defensa de la dignidad nacional, como la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, que, sin intervención de los dirigentes políticos y sin asesoría de los abogados del diablo, pueden levantar un gran movimiento de liberación. Creo que las bases, la conciencia real de la situación del país, la localización de los focos de agresión y de espionaje y el conocimiento de los enmascarados traidores a la patria, están puestas firmemente en todos los sectores de la ciudadanía. Únicamente falta, en este momento de quiebra fraudulenta declarada por los Poderes Públicos, un ente coordinador que concentre las fuerzas diseminadas, les infunda un sentido patriótico de solidaridad y encienda en ellas la fe en el triunfo.

Cómo se pueda hacer esto lo demuestra el ejemplo de Cuba. Y volverá a demostrarlo cuando lleguen los asaltantes mercenarios, aunque el resto de América la abandone a su suerte. Pero ¿acaso permanecerán impasibles ante un atropello que decidiría a la vez la suerte de todos los demás países víctimas del mismo agresor?

La cooperación consiste, ahora mismo, en despertar en todas partes el repudio y el desprecio a los que sirven en las filas de los enemigos de la libertad y la justicia. La suerte está echada para los cazadores de esclavos y para los capataces de sus plantaciones. En América y en todo el mundo; a corto o largo plazo; por la razón o por la fuerza.

EL DEUS EX MACHINA

Las dificultades que progresivamente se presentan al gobierno revolucionario de Cuba, hubieran podido surgir inmediatamente, y juntas, tras la fuga de Batista y el castigo de sus secuaces. Son defensas estratégicas de intereses económicos que se disfrazan con alegatos de carácter ético y político, las dos más sucias máscaras del jesuitismo capitalista internacional. Las noticias de una prensa al servicio asalariado de los enemigos de Cuba no alcanza a disimular la grosería con que el "boss" que gobierna en Wall Street y en el Pentágono maniobra para desacreditar el glorioso Movimiento del 26 de Julio. Esas dificultades son el actual equivalente de las anteriores tropas de desembarco, se las dirige a distancia, se las dirige a puntos estratégicos y se las hace explotar a voluntad. Es un juego diabólico, pero muy conocido, y que usa diversas tácticas y consignas: la intimidación, el soborno y la difamación. Son tropas de ocupación impalpables que también, hoy mismo, en Argentina dominan los comandos de la opinión pública, y presentan a los países latinoamericanos como minados por el comunismo que antes se llamó la francmasonería, la herejía positivista o el liberalismo, etc.

Conocemos bien a esos monjes que así cambian de hábitos. En este momento sobre todo el continente considerado el apéndice africano de los Estados norteamericanos del Sur, el macarthysmo moviliza sus cohortes, desde la alta prensa de los avisadores hasta los curas párrocos y los maestros de escuela rural. Primero en los Estados Unidos, de donde desacreditado y aliñado

para la exportación pasó a los países de su órbita de influencia, y finalmente a Cuba. Dentro de Cuba está, como su enemigo más rabioso. Ahí dentro está el enemigo de todas las revoluciones de liberación, el amigo a la vez, de todos los golpes de Estado que han hecho de Hispanoamérica una presa de filibusteros. Llámese Polk o Teodoro Roosevelt, Wilson o Truman, Mac Kinley o Eisenhower, ostente el garrote gordo o tienda la mano, el enemigo es el mismo, y su nombre verdadero es "el Departamento de Estado de Norteamérica". Ese Departamento de Estado es el Vaticano que consagra a sus nuncios apostólicos, tales Leguía, Ibáñez, Uriburu, Terra, Castillo Armas, Ubico, Pérez Jiménez, Somoza, Batista, Trujillo, Perón y cuantos como ellos predicán la democracia como la Compañía de Jesús el cristianismo. Porque a los conquistadores siguieron los colonizadores, y a estos los corruptores. En una u otra forma de proteccionismo, el imperialismo sajón amaneceba a las dos madres latinas y a todas sus hijas.

¿Se puede hoy contar con los gobiernos de los países colonizados democráticamente para formar un muralón que contenga a esos misioneros del soborno y la difamación? Creo que no. Los pocos que hoy representan la voluntad popular, la justicia y la democracia, no disponen de fuerzas para defender a las naciones sojuzgadas, ni para defenderse ellos mismos. Es preciso que se unan los pueblos hacia un ideal y bajo una misma bandera, como en la época de la emancipación de España. Tomar partido por Cuba o defender la libertad y la dignidad de toda Iberoamérica amenazadas en ella. Las armas ya las tendremos y la doctrina está en Bolívar, Juárez y Martí. No necesitamos más.

Tenemos amigos, tenemos aliados que no dejarán que nos maten en masa, ni nos acorralen en campos de concentración. El procedimiento es muy sencillo, unirnos con los amigos y separarnos de los enemigos. Por razones históricas y estratégicas, y por ser cuna de tres libertadores que previeron la situación actual de Hispanoamérica, la iniciativa de coordinar una acción de resistencia continental compete a los pueblos y a los gobiernos de Cuba, México y Venezuela.

IMAGENES DE FIDEL CASTRO

Lectura lenta de cuatro instantáneas

1. EL DOCTOR FIDEL CASTRO RUZ PRESO EN UNA COMISARIA DE SANTIAGO, POR ASALTO AL CUARTEL MONCADA.

La escena de esta fotografía dice con minuciosa elocuencia que está tomada en la oficina de sumarios de una comisaría suburbana. El ámbito es indefinido e indelimitado, porque no hay ventanas ni puertas ni perspectivas, con la pared lisa al fondo y las figuras destacándose contra ella. Rodean a Fidel Castro Ruz tres empleados policíacos y dos detenidos más, aparentemente obreros o mozos de condición humilde. Son de la carne pobre en que muerden con saña los perros amaestrados de los cazadores de esclavos.

Se distinguen las seis figuras como seis psicologías, en tres grupos de destinos: los tres policías, los dos detenidos y Fidel. Los separa la naturaleza de las cosas. Los rostros de los policías denotan que están en servicio, imbuídos de la importancia de la presa capturada y revestidos de una seriedad profesional que les endurece aún más las facciones y la piel. Efectivamente, pertenecen a la raza de los dogos y los sabuesos, cazadores de hombres. Los rostros de los compañeros de Fidel Castro, que participaron con él en el temerario ataque al Cuartel Moncada, son de otra complexión moral: firmes, resueltos, con la expresión también natural de los pobres: indignación y resignación. Ahora barruntan vejámenes y suplicios. En fin, Fidel está erguido, robusto el tórax, la cabeza poderosa asentada en

un cuello atlético, higienizado, limpia la camisa suelta, rapada la barba y tupida la cabellera. Es la cabeza de un patricio romano; podría ser la de Tiberio Graco.

En la mesa del primer plano hay, desordenadamente esparcidos, utensilios y objetos de diversa aplicación: frascos, guías de teléfono, libretas, ceniceros, la gorra del escribiente (a la izquierda de Fidel) y el kepi del oficial de calle que está al fondo. El escribiente, en camisa y con corbata, no es mal hombre y está satisfecho de su puesto; es leal a su villanía; tiene letra corrida, no mala ortografía y sabe ornamentar las mayúsculas. En la pared, a la derecha, está pegada con goma arábica o prendida con chinchas una ordenanza o alocución, pues aunque la fotografía de un individuo con gafas negras parecería ser de un delincuente, la bandera cubana impresa en un margen indica que ha de ser de un funcionario de categoría. A la izquierda, en ampliación de la hermosa fotografía de Kingston, un retrato de Martí en un cuadro con marco de madera rústica, obra de arte de carpintería si no en el estilo sí en el gusto de los comisarios y sargentos.

¿Martí aquí? En casi todos los lugares públicos y en las dependencias fiscales donde antes se colocaba la imagen del Prócer, algo había que purificar y sahumar. Martí ha servido también, entre otros usos perfidios, de esencia aromática para disipar miasmas, lápida de mármol para sepultar iniquidades, tal como el crucifijo que colocan algunos jueces en el lienzo testero del estrado, o como el que trajeron colgando del pescuezo muchos mercenarios de la frustrada invasión a Playa Girón. Así está Martí, en su marco grosero y presuntuoso, preso en un cepo de madera, como de-

fensor del acusado. Creo que es la primera vez que se retrataron juntos.

A pesar de esas dos figuras que la ennoblecen, la fotografía es sucia, como si emanara un husmo de calor húmedo de encierro y de sótano, de cuerpos sudorosos; es una fotografía envilecida, que parece contaminar de su envilecimiento a quien la contempla con fijeza. La figura de Fidel, en su juventud arrogante y desafiadora, en su varonil apostura, ¿es la de un prisionero de guerra, la de un secuestrado por bandidos, la de un adalid, la de un deportista, la de un emisario interceptado? Se trata de una fotografía policial que reúne todas las características propias de esa clase de testimonios. La máquina fotográfica policial se diría que posee en su construcción y en su mecanismo la cualidad de deformar los objetos reduciéndolos a la medida del calabozo y la ignominia. Hasta la imagen del Apóstol, que nos era familiar, nos parece diferente y como si algún embrujo la hubiese manchado. La palabra "mancha" en su acepción mágica es cabal en este caso: se trata de una fotografía "manchada". Otra palabra cabal es: plebeyez; otra, brutalidad.

Como Martí, ¿qué hace Fidel Castro aquí? Está preso, es evidente, pero también podría ser que traía él solo a todos a rendir cuentas ante un tribunal que no se ve, que debe de estar detrás del fotógrafo. Tampoco se comprende por qué se ha formado ese grupo, sin ninguna duda preparado como "pose", pues las figuras saben que están ante un fotógrafo y que el momento es de singular importancia. Fidel no está ante el Tribunal de los Quinientos, sino en la casa de Caifás. Esos que están rodeándolo son los centuriones, y hay testigos

para afirmar lo que han visto, por si resultara increíble. Han abandonado padres y hermanos para seguirlo. También Fidel "posa"; está en plena vigilia, atento a cuanto ocurre a su alrededor, cual si los otros fueran testigos de algo que él tiene que revelar públicamente. Esta escena es, lo presentimos, el preámbulo del juicio en que pronunciará su alegato "La historia me absolverá", que es la Apología de Sócrates, el Iconoclasta de Milton y la Autodefensa de Gandhi a un tiempo. Es el momento en que Fidel Castro inviste una representación, un mandato, en que "cuelga de un árbol marchito su muceta de doctor" para vestir la toga de tribuno de la plebe, de defensor de la justicia. Penetrando en la expresión de las imágenes se percibe que es el momento de la metamorfosis de quien ha muerto en el combate del Cuartel Moncada y renace, como el Fénix, en el combate por la libertad de Cuba, de América oprimida y de los pueblos humillados y expoliados. Ahora es el abanderado de la libertad, y está ahí, al lado de Martí, porque tiene que cumplir la consigna que una muerte valerosa truncó en su anterior campaña.

2. CAMILO Y FIDEL ENTRAN VICTORIOSOS EN LA HABANA.

Fidel habla y Camilo escucha, mirándole las palabras. Está viendo lo que le dice, y se extraña, porque Fidel está en un trance de inspiración y vaticina rudísimas luchas por librar, combates con armas cortas y trampas, en una última prueba de la buena fe contra la perfidia, y Camilo no comprende ese lenguaje. Camilo conserva la cabellera intonsa y selvática; ase

su ametralladora y viste chaqueta de uniforme (con las palabras Army Air), que ha conseguido de lance, pero su aire es de ingenuidad y sorpresa. Fidel ha recuperado alguna parte de su urbanidad: ha cortado su cabellera sin temor de perder su fuerza, y también empuña su ametralladora, de otro tipo. Habla como si le dictaran lo que dice; posiblemente: "Hemos vencido a las Fuerzas Armadas; ahora tendremos que vencer a las Fuerzas Emboscadas". Uno y otro llevan repletos los bolsillos, con cuadernos y Dios sabe qué adminículos de guerra; se diría el bolso de Martí, con cápsulas, libros, mapas y probablemente un pomo de yodoformo. La mano derecha de Fidel parece la garra de un águila, una zarpa: la izquierda descansa, pero despierta, sobre el arma. Los dos héroes entran en la ciudad capital pasando el Rubicón, con el uniforme de fajina, de piezas desaparejas, como si la guerra no hubiese terminado. No había terminado. Detrás del hombro de Fidel, como una figura en eclipse o en poniente, parte de una cara y de una gorra de marino, que se oculta; a la izquierda de la fotografía, media cara de una criatura de color, en levante. Los mira con curiosidad. Lo que termina y lo que empieza.

Camilo y Fidel sienten ahora todo el peso de una nueva responsabilidad, la de una era que comienza, la etapa de la reconstrucción sobre las ruinas de lo destruido. Esa responsabilidad, que se revela como peso sobre los hombros, refrena la alegría que sería natural e irreprimible en esta circunstancia. No están alegres sus rostros porque sus corazones están todavía sangrando; y aunque ahora no sufran, han sufrido para mucho tiempo. Quizás para siempre. Jamás les volverá su per-

sonal alegría; acaso la alegría de los demás se refleje en ellos y esa sea la única recompensa. Han muerto en la guerra —la guerra mata también a los sobrevivientes—. ¿Los dos? La impresión es que el predestinado a morir pronto, a no disfrutar de la dicha de los demás, es Fidel. Pero la víctima expiatoria de la guerra, el cordero inmaculado que se ha de inmolar en el ara de la independencia, es Camilo. Camilo está todavía muy afligido, muy fieramente herido, y cansado, para morir pronto. Más que Fidel y que el Che, que son robustos y resistentes, él ha quemado sus propias fuerzas con la pólvora; ardió y resplandeció en la Sierra. Se ve que ya ha terminado "su gran trabajo", como decía del suyo Martí; que su tarea está cumplida, así como se ve que la tarea de Fidel comienza ahora, precisamente hoy, el 8 de enero de 1959. La mano crispada en el arma, la mirada tendida a lo lejos, la palabra inspirada, el aire de confianza que le ilumina el rostro (que ya es griego, de Pericles, del Heracles Farnesio y, en ciertos perfiles impresionantes, del Zeus de Fidias). Lleva bríos para la otra pelea, sin armas; Camilo no parece un triunfador, porque la victoria ha costado mucha sangre, muchas lágrimas, dolor, orfandad devastación. Nadie ha triunfado sino los muertos, hasta este momento, y los que no tienen conciencia del bien que para ellos traerá esa obra tremenda, sonríen mirándolos como el niño de la media cara. Se diría que Camilo es un mambí del 95, de Maceo y Gómez, Crombet y García, y Fidel un patriota del 68, de Céspedes y Agramonte. Si tuvieran que seguir combatiendo sería a expensas de sus reservas orgánicas, puedo decir en frase del Maestro, que "comiéndose las entrañas"

No son militares, no tienen el signo de Ares ni en sus fisonomías ni en sus gestos, ni lo heroico de ellos es marcial. Son guerreros del pueblo, de los que aprenden a morir, como los de escuela aprenden a matar. Han practicado sin aprender las artes respectivas, a liberar y salvar, como los otros a intimidar, someter y destruir.

Camilo es pueblo, mucho más pueblo que Fidel; tiene los signos en las arrugas faciales prematuras, y en la estructura de los dedos, de quien conoce los rigores de ganarse el pan trabajando; los años de la guerra se le pueden computar como de servicios ordinarios, y después del triunfo sería natural que, como Cincinato, volviera a su tarea interrumpida. En cambio Fidel es un "favorecido"; su rostro es el de un hombre que tiene "buena estrella"; salta de sí hacia adelante: esa es la actitud de las manos en las que se apoyará para dar el salto. Como el personaje de Wells, "el hombre de los milagros", ha recibido una *charis* (un don) que él mismo desconoce. La foto parece tomada en el instante en que Fidel descubre que está inmunizado y que le basta pronunciar algunas palabras que sólo él conoce, para que se cumpla su voluntad, en una u otra forma. Ese instante del paso de la ninfa a la mariposa causa la extrañeza de Camilo, pues las palabras que le mira y escucha no tienen sentido gramatical sino que se refieren a que "algo ha terminado y algo empieza". Mas Camilo, que es sencillo e inalterable, siempre el mismo desde niño, ya no comprende la nueva guerra que le anuncia Fidel. A cada momento, de camino, se sorprende de que están vivos, y no se explica por qué hay todavía tanto que hacer, y que sea tan difícil, pues

él ya hizo su parte, bien cumplida y colmada, y su misión está concluída. De veras, no había pensado qué hacer en adelante, y menos en que tuviera que hacer otra cosa que la que ya había hecho. Algo muy triste, de incredulidad penosa hay en el semblante hirsuto de Camilo. ¿Ese es el semblante de Camilo? Mi parecer, sin conocer a uno ni a otro, es que en esta fotografía, como acaso en otra ninguna, ambos héroes expresan su personalidad básica bajo apariencia física. Un fisiognomista de la escuela de Lavater, perspicaz como Balzac, podría leer en sus rostros un horóscopo más que una biografía. En la alegoría del Fénix, Fidel es la vida y Camilo la muerte.

3. EL LIDER DE LA REVOLUCION CUBANA
ANTE EL PUEBLO, EN LA PROCLAMACION
DE LA PRIMERA DECLARACION DE LA HABANA.

Fidel habla al pueblo en asamblea, en la Plaza de la Revolución "José Martí". Como siempre, el líder viste uniforme de comandante de milicias, que no tiene sino uno, el de fajina. La muchedumbre llena la plaza y se desborda por las calles adyacentes, perdiéndose en la lejanía. El cuadro no tiene horizonte ni se cierra en el marco de la ciudad. Hay un edificio al frente, con ventanales semejantes a alveólos de un inmenso panal y que parece alzado más en el campo que en la ciudad. ¿Dónde estamos? Estamos en una asamblea y en el acto de un plebiscito solemne. Las caras que se perciben, fijándose bien, están esfumadas como si se hallaran mucho más lejos de lo que en realidad están. Entre el tribuno y la muchedumbre se ha producido un distan-

ciamiento puramente óptico, que resulta extraño. A la impresión del alejamiento se une la del tamaño, y se diría un gigante fabuloso, de un centenar de veces mayor que la estatura normal del hombre. La figura de Fidel Castro tampoco está modelada, configurada, ni se recorta nítidamente; como la imagen de la multitud, vibra en su absoluta inmovilidad. En esta foto vemos su cuerpo, y si sabemos que es él es porque también su cuerpo tiene personal fisonomía, como la tienen los gestos; y el gesto que fija la instantánea es, indudablemente, suyo. Se lo ve casi de perfil, casi de espaldas. La imagen no nos pertenece, no nos mira; mira al pueblo; habla para todos, no para nosotros. El brazo semiextendido y el índice, que ahora no acusa ni señala sino que marca un ritmo, son inconfundibles. Ese fragmento de la fotografía es Fidel Castro.

La foto presenta una visión panorámica, no un primer término y un fondo; este fondo es el protagonista. Tampoco Fidel se recorta en calidad de unidad destacada de un fondo numeroso e indiferenciado, multitudinario y anónimo, sino que está como fundido en la masa y extendido sobre ella. El también se homogeneiza, y la distancia que lo separa de la muchedumbre los identifica en un mismo plano de vaguedad e imprecisión; lo individual adquiere la abstracción de lo general e intemporal. Extraño caso: las figuras más distantes y más pequeñas que la suya están más modeladas y son más personajes que él. La figura de Fidel es amorfa, como si no fuese él, individualmente, quien habla, sino un emisario, un nuncio, un embajador plenipotenciario; porque tiene su poder y no su aspecto. El personaje importante es el pueblo, y la

figura de Fidel es el fondo. Es el cuerpo de esa multitud que es sólo cabezas; es la multitud resumida en un cuerpo, y ese cuerpo sí es el de Fidel. Los que hablan y piensan son esos a quienes únicamente se les ve la cara, los rasgos, la expresión; Fidel reproduce, recoge las palabras en una palabra, las voces en una voz. Es difícil conjeturar de qué habla, qué está diciendo. Puede ser que ahora se haya cerrado un circuito, y que no podamos diferenciar el polo positivo del negativo: que hablar y escuchar sean un acto indivisible, y que repite lo que todos han pensado. Es posible, porque eso ha ocurrido muchas veces, en que el que lo escucha oye con ajena voz y segura elocución, lo que había pensado antes. Por lo regular, Fidel da forma, explica y detalla lo que el pueblo piensa y quiere expresar. Es la voz del pueblo, vox Dei. Habla como en esta fotografía, encarnando medio millón de oyentes, y otros muchos millones que lo escuchan a muchísimos kilómetros de distancia, en América, en África, en Europa, en Asia y en Australia. Esta foto, muchísimo más pero como todas las de Fidel, da impresión de que habla impersonalmente, para personas que no están ahí presentes, personas que escuchan y se expresan por su intermedio; y que lanza la voz, como dice el libro de Job del viento de Jehová, para que corra y rodee la tierra, y vuelva para girar otra vez. Lo que en ese momento está diciendo se reprodujo en cien idiomas y se leyó en cien naciones y millones y millones de seres lo comprendieron, pues el plebiscito no fue únicamente del medio millón de cubanos que asistieron a la asamblea, sino de centenares de millones de seres humanos para quienes el lenguaje de la verdad y de la justicia

es lenguaje materno que entienden sin necesidad de intérpretes. Los que están escuchando, esa inmensa muchedumbre, son parte insignificante de su auditorio, y el instante que fija la placa es una fracción de segundo en el reloj astronómico de la historia.

4. EL PRIMER MINISTRO DEL GOBIERNO
REVOLUCIONARIO DE CUBA HABLA
EN LA ORGANIZACION DE NACIONES UNIDAS.

No sabemos en qué lugar habla Fidel. Una gran pared asimétrica, como la garganta negra de una ballena, con estrías tubulares a los lados, como estalactitas, como escalones verticales o como pliegues de cortina. Parecería un telón de escenario y a la vez concha del apuntador y cavidad de caverna. No tiene centro ni aberturas la pared, pero encima de la mesa presidencial, a la que se llega por una amplia escalera, hay un emblema, en forma de panoplia o rodela, que parece ser un mapa desbaratado del mundo, rodeado de ramas o espigas, y en el estilo de los anuncios de las empresas de aviación. Debe de ser el símbolo de la O.N.U. El paredón parece revestido de un tapiz muy grueso, que seguramente absorbe el sonido, embota el timbre de la palabra, lo ingurgita, lo neutraliza, lo apaga. Es una cueva con revestimiento de corcho y guata, amianto y felpa, para que las palabras sonoras se afofen y debiliten, se doblen y achaten.

No hay iluminación, sino una luz difusa que golpea sobre las figuras y sobre las superficies lisas; hay zonas de sombra densa, gruesa como las paredes, las alfombras, los cortinados. Todo es espeso, pesado, oscuro.

cavitario. Como no se ve la sala y sólo algunas personas, que deben ser taquígrafos o intérpretes, suponemos que detrás del fotógrafo esté Polifemo. Se percibe cierto acre hedor de carneros. Aunque más bien se diría el tribunal de Plutón, en los infiernos. Bajo la tierra, en el fondo del océano, en un lugar apartado de las gentes vivientes, debajo de las tumbas, debajo de los fósiles, de los metales y las rocas. Debajo del tiempo y fuera del espacio. ¿Qué hace aquí Fidel Castro? Parece una composición fotográfica, una escena mítica: Fidel en los infiernos.

La escalera y el hemiciclo están asimismo alfombrados. En la mesa del estrado, sobre la que hay extendida una carpeta, está sentado negligentemente un personaje que sin duda representa alguna autoridad de la O.N.U. Dormita. A sus lados, dos sillas vacías, posiblemente de los secretarios, que han salido. Es, quizá, el presidente de la sesión, un personaje absolutamente insignificante "made in U.S.A.", un "investido" de solemnidad que apoya el antebrazo izquierdo para obtener mayor concentración. Lo que está diciendo el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba no le interesa: le entra por un orificio auricular y le sale por otro. Además, Fidel viene de la montaña o del desierto, trae abejas en la cabellera, una espada de fuego en la boca y les anuncia que la venerable ramera del capitalismo está enferma y por morir. El homúnculo sedente está ahí, a su espalda, para cumplir un deber y no para escuchar ni entender, como funcionario rentado de la O.N.U.

Entre sombras, apenas distinguible, alguien que parece escribir, y alguien en actitud de levantarse, ambos

en vías de disolución en la sombra mucilaginosa que sumerge a los seres y las cosas en su viscosidad. La fotografía es apelmazada y pegajosa. Cabezas y espaldas, en el ángulo inferior izquierda; deben de ser de representantes de naciones soberanas, gemas de la corona imperial republicana y democrática del Pentágono y de la F.B.I. En la tribuna de los oradores, en el *rostrum*, Fidel que habla y gesticula, con el brazo extendido y el índice acusador. Es, sin duda, el instante en que pronuncia la palabra *Guantánamo* que suena como un chasquido de látigo en las orejas de los asistentes y que rebota en la cara abotagada del presidente dormitante. *Guantánamo* y la vergüenza de un atropello, de una extorsión, de una intrusión de ladrones en casa ajena y su hospedaje forzoso en ella. Palabra que significa "sin nobleza" y que es sinónimo de "presa de atraco", que de tener honor un pueblo que lo ha perdido para ser rico y poderoso, la habría devuelto como una presa de piratería! Es el instante en que Fidel Castro exhibe ante el mundo esa llaga pestilente e ignominiosa de una nación inmensa y desvergonzada, que alega necesitar de esa base naval para mantener el orden en Cuba y en el Caribe, como si fuese gendarme o perro guardián de lo ajeno. Es el momento histórico en que una isla se agiganta al sortilegio de la palabra "guantánamo", y en que una nación gigantesca, un imperio, es herido de una pedrada en la frente.

No se sabe a quién habla Fidel. Posiblemente a pocos de los allí presentes, pues son orejas y no oídos los que asisten a esta sesión memorable, con escasas excepciones. No se sabe qué forma tiene la mayoría de ellos, pero sí el tamaño y la pilosidad de sus orejas. Ahí está

entre ellos, no hay duda, el rey Midas, que transformaba en oro cuanto tocaba y que tenía orejas de asno. Los oídos son los pueblos, no representados sino traicionados allí, a los que la voz de la verdad llegó desde la oscuridad de una caverna, la del cíclope devorador de hombres. Fidel dice palabras que jamás se habían oído en reunión de diplomáticos, embajadores, políticos, estadistas y otras especies de honorables traidores a la humanidad y de ofensores de la decencia pública. Nombró las cosas con sus nombres de pila y no con vocablos antifolológicos y eufemismos de proxenetas y quirománticas. Las orejas se estiraron escandalizadas; acostumbradas a oír sofismas e hipocresías, a recogerlas de rebote de las paredes tapizadas, la ruda voz de la verdad, de la libertad y de la justicia les pareció sacrilegio. El presidente amodorrado sólo despertará cuando, dejando volar las palabras que pidieron la admisión de China socialista en la familia de naciones, creyó de su deber pontificio advertir al orador que se debía toda clase de consideraciones al asesino del pueblo español, general de la Orden, Francisco Franco.

No importa en la caverna del Cíclope lo que allá se diga; puede ser la voz de un demonio o de un dios, pero se convertirá en verbo y en fuerza viviente cuando la oigan los pueblos oprimidos y salgan, como al llamado de una trompeta de guerra, a terminar con los sonámbulos que maniobran con el sueño, y que quieren que las palabras se metan en los pliegues gruesos de las cortinas, en el tejido espeso de las alfombras y en el terciopelo recalentado de las poltronas.

APOSTILLA AL TEMA DE LA REVOLUCION CUBANA

Para comprender en sus tres dimensiones la Revolución Cubana, tenemos antes que comprender qué factores dinámicos intervinieron en ella como propios de su historia, de la índole de su pueblo y del papel que la Isla tuvo en la organización y afianzamiento de la conquista. Porque no se trata de un estallido subitáneo, sino de un proceso que tiene alternativas y períodos de incubación, en que aparentemente se interrumpe. La Revolución Cubana es un epítome de la historia de Cuba.

Cuba es la llave central del Caribe, y el Caribe es la llave central del tráfico de poblaciones, productos y mercancías entre Europa, Africa y América: la encrucijada de tres continentes. En su destino insular vive aislada del resto de la colonización, y sola se encuentra ante el asedio de esos tres continentes, cada uno de los cuales reclama diferente derecho a dominarla, porque es americana, europea y africana. Casi un siglo después que los otros países del mismo origen obtienen su liberación de España, que era sólo una de sus muchas adversidades, para su presa, con el protocolo que impone a la piratería el nuevo sistema de colonización capitalista, de los Estados Unidos. No obtiene en 1898 su independencia, como tampoco la obtuvieron mucho antes las naciones que quebraron el yugo político de España. Tuvo conciencia, y las otras no, de que sus sacrificios habían sido usurpados, y que una revolución es mucho y muy distinto que un cambio de régi-

men político: "Ha de levantarse en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos". (Martí, "Nuestras Ideas").

Desde que se exterminan las razas aborígenes y se las suplanta con esclavos negros, el Caribe entra en tensión aguda entre la clase conquistadora y la conquistada, que es también foránea, y que pronto se separan, por otras peripecias de orden étnico, político y económico, en castas. Cualquier movimiento de emancipación tenía ante sí el problema de las razas que era el mismo de las clases sociales, desde que el rico y el blanco eran uno, y uno el negro y el pobre. La liberación de Cuba no era de la injusticia del dominio español, sino de la injusticia social que hacía de los seres humanos animales de labranza y mercaderías de comercio. Además, muy cerca en el espacio y en el tiempo estaba la rebelión racial de Haití, y la experiencia de su trágica vida republicana era una voz de alarma para los demócratas y liberales —muy pocos— que propiciaron la independencia a principios del siglo XIX. Todos estos elementos, comunes pero muy atemperados y menos irreductiblemente puestos frente a frente, se dieron en todos los demás países; empero en todos ellos la independencia política vino a resultar que consolidaba el sistema colonial, manteniendo en pie los estamentos y las clases de la organización española, que en la realidad de los hechos transfirió a Inglaterra y Francia —que fueron los países negreros y filibusteros— y después a los Estados Unidos, el imperio económico-político de las nuevas naciones. Nacían éstas con

la hipoteca de la miseria, el atraso cultural y la explotación predatoria de sus riquezas naturales.

Cuba no obtuvo entonces su independencia, pero tampoco se enajenó a una libertad democrática que era falaz; tuvo no menos de cincuenta años de tiempo para decidir su suerte, observando las peripecias de la Independencia de la Hispaniola y de la Tierra Firme. Impulsada y contenida, pues, por dos propulsiones que se neutralizaban: la de su emancipación y la de no caer en otras formas de servidumbre. Había planteado desde el principio la lucha de clases en lugar de la lucha de ideas y de personas. La clase funcionaria y monopolista, además, obtenía sus mayores ganancias de una forma de comercio y de trata, abolida en otras partes, asentándose en sus feudos sin los peligros comunes: la ilustración democrática de las élites y la solidaridad del pueblo. Los heraldos de las ideas republicanas y liberales no formaban élite, y el pueblo no tenía quien levantase su voz en su defensa, sino con miserativamente. Los intentos de independencia son, por lo tanto, hasta 1848, levantamientos de esclavos agricultores y artesanos, a los que temían por igual los conservadores y los liberales. Muchas veces se alzó como muro de contención el ejemplo de Haití, que realizó una revolución de esta clase y la malogró por incapacidad de gobernarse como república democrática. El lema era: "No otro Santo Domingo".

La fecha de 1848 puede correrse dos décadas acá, a 1868, tres años posterior a la Guerra de Secesión norteamericana, cuando ya se tiene la seguridad de que la abolición de la esclavitud no comporta necesariamente ningún peligro para la estabilidad de las insti-

tuciones y el poder del Estado. Al contrario, demostraba, como lo había pronosticado Saco, que el trabajo salariado era más productivo que el esclavo. Y es entonces cuando la "revolución patricia" de Céspedes iza su bandera y proclama la soberanía de Cuba Libre. Revolución incubada en los campos, como hubo de ser en un país agrícola, y que desde el primer momento estableció una identidad de ideales inculcados por reacción contra las formas de vida que había organizado la colonización de tipo factoría, y no de las ideas importadas de Francia o de los Estados Unidos. Hombres de estirpe y de fortuna encabezaron la revolución madura ya en los otros estratos sociales: "Francisco Vicente Aguilera, Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Maceo Osorio, Pedro Figueredo, Donato Mármol, Calixto García, Vicente García, Félix y Luis Figueredo, Manuel Calvar, Jaime Santiesteban, Julio y Belisario Grave de Peralta, Ricardo Céspedes, Tomás Estrada Palma, Bartolomé Masó y otros alzados con Céspedes en La Demajagua, o que se sumaron inmediatamente a la insurrección, pertenecían todos a esa clase profesional, terrateniente, o sencillamente distinguida a virtud de su mayor instrucción y una posición económica desahogada". (Ramiro Guerra y Sánchez, "El Frente Cubano desde la proclamación de la Independencia hasta la constitución del Gobierno de Guáimaro", en "Historia de la Nación Cubana", t. V) El saldo efectivo que deja es, como dijo Martí, "En la guerra, ante la muerte, descalzos todos y desnudos todos, se igualaron los negros y los blancos; se abrazaron y no se han vuelto a separar". ("El plato de lentejas"). "El esclavo salió amigo, salió hermano de su amo; no se olvidan los que

se han visto cara a cara ante la muerte: la muerte con claridad sobrenatural ilumina la vida. Nuestro pobre ha crecido; ha echado mente y autoridad en la defensa de la vida, en pueblos extraños y cultos; todo su oro interior le ha salido a donde se ve, en la tribuna y el periódico, en el liceo y la escuela gratuita, en la religión nueva del filósofo, en el hogar virtuoso y fino, entiende y mantiene con incorruptible vigor la verdadera libertad"). ("Pobres y ricos").

Desde el primero de esos movimientos de masas, el de *Aponte* en 1812, hasta el Movimiento del 26 de Julio, la Revolución Cubana es un proceso continuo, interior y orgánico, que hace crisis en distintos momentos históricos y con diferentes programas reivindicatorios. Prescindiendo de las de mayor envergadura, tenemos, después de la tentativa bárbaramente reprimida de *Aponte*, la Conspiración de la Escalera (1844) y el amotinamiento de la Mina de la Rosa Cubana (1848), una de contenido étnico-social, otra de contenido social y político; y, ya en la magnitud y profundidad de acontecimientos nacionales las dos revoluciones organizadas económicamente y dirigidas por tácticos militares y estadistas: la de *Céspedes* (1868) y la del Partido Revolucionario Cubano (1891-95). Únicamente ésta, elaborada minuciosa y estratégicamente, posee contenido filosófico que se concreta en las bases del Partido, y que no contiene preceptos políticos, como los formulara al comienzo de la Guerra Grande la Asamblea de *Guáimaro*: contiene normas fundamentales de conducta cívica, un ideario sucinto de los fines de la Revolución. ("Allá [en *Guáimaro*] veinticinco años hace, es donde se concedió la equidad social. Allá, vein-

ticinco años hace, es donde se visitaron como hermanos, blancos y negros. Allá, veinticinco años hace, es donde estudiaban en un mismo banco *Agramonte* y *Elpidio*, *Estrada Palma* y *Agustín*. Allá, veinticinco años hace es donde los negros sirvieron, por el mérito, a las órdenes del blanco, y los blancos, por el mérito, sirvieron a las órdenes del negro", *Martí*).

En los levantamientos de 1812 y 1844 las masas campesinas y mineras no tienen líderes que de antemano se hayan trazado un plan de gobierno, ni siquiera un plan para la lucha, que ha de hacerse empleando como armas las herramientas del trabajo habitual. Es la capa de población más castigada y privada de los derechos humanos su esclavitud ignominiosa; son las víctimas de la Trata más que del despotismo quienes exigen justicia, y la alevosía brutal con que son sacrificados los rebeldes vencidos despierta el sentimiento de solidaridad humana que ha de convertirse en el hilo irrompible que enhebra los sucesivos movimientos revolucionarios, dándoles la unidad de un estado de conciencia nacional y no el de un catecismo o cartilla jurídica. Estos frustrados movimientos populares contienen muchísimas más razones válidas ante el derecho, la filosofía y la sociología que las ideologías de los libertadores, contradichas a menudo por ellos mismos ante la fuerza conminatoria de los hechos. Lo que esas tentativas sañudamente reprimidas originan es un estado público de conciencia de una realidad que no es la misma que contemplan los lesionados por la administración insensata de la Isla, y en adelante la causa de la libertad es cuestión de honradez y de humanidad. Toda la filosofía del Partido Revolucionario Cubano es ésa.

Naturalmente, el dominio despótico y las exacciones que los representantes de la Corona cometían fueron también coeficientes en las insurrecciones, mas el fondo de ellas era una cuestión social, y también de razas, que mantenía en situación deprimida tanto a las clases adineradas como a las paupérrimas que constituían cuatro quintas partes de la población. Las tentativas de liberación de los esclavos hizo comprender que la causa que todos juntos propugnaban se relacionaba íntimamente con los sentimientos más que con los intereses, con los seres humanos más que con los súbditos. Ya la sublevación del General López en la Mina de la Rosa Cubana acude a la cooperación de los esclavos para asegurar el éxito, y el primer acto de Yara es declarar que quedan libres. En este caso no se trata de una proclama, como la de los libertadores, inspirada en los tratados de Derecho Político, cuanto de un deber de conciencia, de una necesidad elemental de justicia, que es lo que da vigor y pasión a las revoluciones populares de 1895 y 1953. Desde entonces se ha logrado la unanimidad de la opinión pública sana por encima de los objetivos concretos que pudieran exponerse en un programa político de gobierno. Pues tampoco se trataba de derrocar a las autoridades sino de "fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud". ("Bases", art. 4º).

Ya se ha creado la verdadera fuerza revolucionaria que es la decisión de terminar con una administración

rapaz y corrompida, y con un régimen de expoliaciones y apremios. No hallaremos en ningún momento, como impulso y dirección de las fuerzas revolucionarias, la conquista del poder para llevar a cabo luego las reformas y mejoras imposibles desde fuera. La toma del poder es una peripecia indispensable, no un fin. Pero desde 1899 la historia de Cuba se parece a la de las otras naciones, no porque sea una nación soberana con Enmienda Platt, sino porque ingresa en el séquito de los emperadores del plátano y el petróleo, del azúcar y el café, y la táctica de sobornar y envilecer para robar le es impuesta como condición para su prosperidad. La independencia que ha obtenido es, en efecto, del tipo hispanoamericano canónico; es un escamoteo. Pero el pueblo cubano no está acostumbrado, por amaestramiento de sus escuelas y sus gobernantes, a que su revolución popular se transforme en una revolución de diplomáticos, políticos y economistas. Con matices diferenciales, desde la ingenuidad de Estrada Palma hasta la vesania de Batista, ha tenido Cuba gobernantes de la misma categoría de los especímenes híbridos de Ecuador, Venezuela, Nicaragua o Guatemala. Ni falta el cuartelazo de 1933 ni el fraude electoral de 1954. El Pacto de París como el del Zanjón frustraba la revolución que no se había hecho para sacramentar el status social contra el que, precisamente, se promoviera. Y otra vez la revolución pasaba en reserva al pueblo; nuevamente existía por persistencia de los factores revulsivos, un status revolucionario.

Los asesores ideológicos que en todas partes de América coparon el ideal y los sacrificios de los pueblos ávidos de una existencia más digna y justa, no exis-

tieron afortunadamente en la gesta emancipatoria de Cuba. Su mentor y modelador —Martí—, que pudo haber sido y jamás quiso ser su asesor jurídico, recoge ese sentimiento ecuménico y no intentó siquiera concretarlo en preceptos fijándole un programa de realización; lo conservó religiosamente como una sustancia espirituosa que a todos es comprensible y sensible porque resulta de un solo ideal que todos comparten, y de una sola voluntad que todos poseen. Un estado de ánimo tal pudo expresarse en un credo pero no en un catecismo. Es, y no otra cosa, la fe que aspira a una vida societaria, familiar e individual más honesta y equitativa; la fe de creer que es patrimonio de la especie el superarse a sí misma y dolorosamente. Si se quiere, es el “élan vital” en estado puro y de naturaleza, operando en dimensiones sociales y universales. De ahí la perplejidad de quienes no encuentran en la lógica y sistemática unidad de pensamiento y acción de Martí otra filosofía que la de dar expansión a las energías morales del pueblo, que admite nobles y altruistas, y que por sí mismas se regulan en rectitud y dignidad. Pudo confundirse, pues, su apostolado cívico con una imprecisa aspiración a un bien indeterminado y filantrópico. Lo cual no es cierto, sino exactamente prueba de incompreensión de que la causa que Martí y los demás miembros del Partido Revolucionario Cubano defienden es la que siente el pueblo sin poder expresarla, y no de los ideólogos que saben expresarla sin sentirla. Eso se está viendo ahora, cuando esas grandes fuerzas, morales vencieron a los ejércitos motorizados e impusieron la ley de la solidaridad y la probidad. Pues el resultado no ha sido derrocar una tiranía sino im-

plantar nuevas pautas de vida personal y colectiva en la conciencia de la ciudadanía. Por eso también para muchos historiadores y estadistas del corte académico de los que frustraron la independencia en los otros países americanos, las revoluciones cubanas, que ellos examinan como acontecimientos sucesivos y esporádicos, ofrecen la particularidad de carecer de un estatuto político, que es el soporte casi único de las revoluciones hispanoamericanas. Si se busca, no ya un estatuto revolucionario sino siquiera una doctrina política en las declaraciones de los próceres, no se lo hallará. Se hallará, sí, en los comienzos de la revolución de 1868 cuando todavía no ha pasado a ser la revolución del pueblo, porque ese movimiento del patriciado liberal es un ramal que se inserta muy pronto en el torrente del campesinado, y precisamente queda absorbido en él. Para otro orden de reflexiones sería memorable ejemplo de que la influencia ideológica tomada del extranjero sólo dejó como saldo la discordia. Si ellas fueron superadas, se debió a que estaba en marcha un poder de solidaridad social más fuerte que cualquier Constitución. Ese poder es moral, se engendra en una insoportable ansia de justicia, y no necesita formularse preceptivamente. En lugar de propósitos políticos, el artículo 8º de las Bases del Partido Revolucionario Cubano declara tener por “propósitos morales” los siguientes: “I. Unir en un esfuerzo continuo y común a la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero; II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que

después de ella se funden, y deben ir en germen en ella; III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas." (Los artículos IV y V se refieren a los recursos económicos para la guerra y a las relaciones internacionales).

Tampoco el Manifiesto de Montecristi da un prospecto de la acción que está desarrollándose, y no va más allá de aquellos principios, existentes en el consenso general, y que ya se había formulado en los artículos 3º a 5º de las Bases: "Art. 3º El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes, y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritus y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos, y cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala; Art. 4º El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la Colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden de su trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud; Art. 5º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupa-

ción victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre".

No necesitó un programa analítico de acción, como tampoco lo ha necesitado el Movimiento del 26 de Julio que se suelda indisolublemente con él como su prolongación, no interrumpida, pues mantiene sus posiciones morales y espirituales. Esta realidad subcutánea suele pasar inadvertida. Tampoco es fácil, para la mentalidad legalista pequeño-burguesa de Iberoamérica, comprender que una revolución pudo realizarse sin habérsele impuesto de antemano un código, y sin someterse después al cuerpo político que la usurpa y la finiquita retomando el curso normal de la historia precedente. Ni puede comprender que una revolución puede nacer como un ser vivo y no componerse como un producto de fábrica o de laboratorio; que una revolución se engendre en las entrañas del pueblo y no en la papelería de los ministerios —regularmente en el de la Defensa Nacional—, ni que pueda arraigar y crecer en otro ambiente que el de las casas de gobierno y los palacios legislativos. La tierra y el aire libre no le parecen propicios para el cultivo de la revolución, que consideran planta de invernáculo. Y, sin embargo, es así; y acaso esa sea la única forma posible de lograrse y de seguir viva y flexible a las nuevas formas que ella misma va creándose. Pero ahora entramos en la teoría de las revoluciones burguesas y las proletarias, que se ha debatido exhaustivamente desde la Primera Internacional de 1864.

Madurada esas praxis que se inspira en los principios de sano y buen sentido humanitario, ni las revoluciones de 1868 y 1895 ni la de 1953 han necesitado acudir a un programa teórico, ni a declaraciones de carácter ideológico. El tema ha sido tratado por Sartre con buenos argumentos. Aparte el episodio incidental de Guaimaro, que suscitan las mentalidades legalistas que intentan acondicionar la revolución a los cánones del Derecho Político, Cuba ha reclutado sus fuerzas de liberación en la voluntad de sus gentes humildes, principalmente de los campesinos, para quienes la forma de gobierno era accesoria ante "la urgente necesidad de reunir en acción común republicana y libre, todos los elementos revolucionarios honrados". Hoy los pueblos han pasado a ser sujeto de la historia y no persona pasiva que necesita de tutores profesionales.

Creo que estas someras reflexiones explican sucintamente por qué la Revolución Cubana no tiene ni necesita una filosofía ni un pragmatismo preceptivo, y cómo los va creando a medida que se desarrolla. La configuración elástica que sabiamente le dio Martí le permite la automodelación de sí misma a medida que los hechos van planteando problemas de realidades y dando la congruente solución de realidades concretas. Filosofía y praxis son el magma de esa materia ardiente, y recogerlos y clasificarlos será tarea de sociólogos y estadistas, por no decir taxidermistas. La filosofía y la praxis de la Revolución Cubana es su impulso de liberación, que llamé su "élan vital", el mismo de la sublevación de los esclavos de Aponte, de los "vegueros" de 1823, de los levantamientos de Tapaste, Ubajay y Guamacaro (1830), de la huelga de los mineros del cobre (1831).

de Jaruco, Matanzas y Güira de Macurijes (1835), de Manzanillo (1837), de Cienfuegos y Trinidad (1840), de Managua y Lagunilla (1842), de Cárdenas y Matanzas (1843-44) que era de esclavos, de los mineros y campesinos de 1848, de las expediciones de Narciso López y Joaquín de Agüero (1848 y 1851), de los dueños de plantaciones y trapiches de Camagüey, Oriente y Las Villas. Las clases y las razas están unidas en un mismo ideal de justicia, y este anhelo trasciende y supera cualquier ideología del tipo de las que dieron pábulo a las llamadas revoluciones de independencia de América. Estas revoluciones "blancas", si lo son, son revoluciones burguesas hechas con el pueblo pero no para el pueblo, con un ideario adoptado en todas partes de la francmasonería internacional y no de la Revolución Francesa, como se ha creído y predicado; meras subrogaciones de gobernantes y de fórmulas que, precisamente por ello, mantuvieron en vigencia todas las ordenaciones estamentales y clasistas que hicieron de las colonias nuevos dominios de las "naciones benefactoras" en categoría de metrópolis.

Lo que sí ha venido a revelarse, por la incompreensión de los dirigentes de los partidos democráticos iberoamericanos, es que la idea de revolución que ellos tienen no es siquiera una idea revolucionaria, sino el disgusto por un estado de cosas indignantes que quisieran enmendar sin mayores perturbaciones. La Revolución Cubana es una revolución cumplida en la fase más ardua y decisiva, la de "echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas" (Martí). Todas las demás revoluciones que conocíamos quedaron inconclusas y en suspenso, mejor dicho frustradas

y del cotejo resulta la evidencia. Tanto más frustradas cuanto mejor los promotores y usufructuarios han acomodado un *modus vivendi* servil, mediante la participación de una fracción mínima del robo que les hace quien se la da. Se han satisfecho con un status que aumentó el volumen de la población copartícipe de los beneficios mal habidos, regularmente la subelase burocrática, que participa siempre del botín de sobremesa. La Revolución de Cuba ha sido completada y perfeccionada simplemente con el cumplimiento de los ideales revolucionarios de todos los líderes en este caso desde Aponte hasta Martí, de los esclavos y los señores, hombres libres, en fin, y de corazón generoso. Creo que las definiciones repetidamente dadas por Fidel Castro es buena y suficiente filosofía pragmática de la Revolución, anticipada categóricamente en su autodefensa.

Esto también extraña a quienes ni en su tierra ni en otras tan agitadas por cólicos políticos, vieron una revolución que de los campos avanzara sobre las ciudades, vale decir nacida del hombre y de la tierra y llevada a su culminación sin transacciones ni capitulaciones. La cumplida el 1º de enero de 1959 ha superado las más audaces esperanzas anteriores, porque las ha continuado fielmente y ha contado en su favor con nuevas experiencias, y porque el grado de madurez a que el capitalismo ha llevado las naciones proletarias a la conciencia de su realidad es mucho mayor ahora, y hoy los pueblos saben que pactar con el capitalismo es capitular. Se sabe, sobre todo, que el capitalismo era el oculto enemigo de las revoluciones sociales, y que era inútil combatir a uno u otros de sus instrumentos de opresión sin atacarlo en sus bases, en su raíz, puesto

que es un cáncer y no una fortaleza. Han operado también en su favor las traiciones antes ocultas de los conformistas, anexionistas y evolucionistas, en toda la gama del amarillo al anaranjado. Asimismo se sabe hoy que el enemigo está fuera y dentro, y que es el mismo y único en la Trata, la piratería y el contrabando y en las relaciones diplomáticas, los empréstitos y la política del buen vecino. Con la Revolución Cubana se consuma y se sostiene por primera vez en América una revolución integral; y es natural que hasta las mentalidades progresistas de formación liberal vean con sorpresa que el pueblo que la hizo la maneja, y que va cumpliéndose la "voluntad general" que ellos habían extraído del "Contrato Social" como una fórmula jurídica, para constituir una sociedad "con todos y para todos".

GUERRA SIN CUARTEL AL ENEMIGO COMUN

¡Alerta, compañeros de la América Latina! La invasión a Cuba es el primer zarpazo del nazifascismo capitalista por recuperar la presa perdida. Debemos recapacitar sobre lo que este hecho bárbaro revela de sus designios y de sus métodos para prevenir con tiempo el uso de la misma táctica allí donde pudiera producirse una nueva emancipación nacional verdadera. La destrucción rápida y total de las tropas invasoras en Cuba da la medida del poder del pueblo armado cuando tiene conciencia de sus derechos, pero el peligro subsiste, y la intimidación y la coacción recrudecerán en los países en que la armada norteamericana manda.

El capitalismo considera en fideicomiso a las na-

ciones americanas, y no se resignará a que rompan la red y escapen libres. Aumentará la vigilancia y la violencia. Las acorralará y, llegado el caso, las perseguirá como con perros amaestrados para reducir las otra vez a sus colonias penitenciarias. Si no adopta con otros pueblos el procedimiento bárbaro que con Cuba, es porque no lo necesita; y si no lo necesita es porque esas naciones viven resignadas.

Es urgente y saludable, por lo tanto, esclarecer la verdad de esa siniestra organización del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia, organización de trata y factoría enmascarada con las banderas de las naciones nominalmente libres y con los uniformes de las tropas que están a sus órdenes. No hay ocupación más difícil de expulsar que la que se disfraza con las insignias y los sentimientos patrióticos, pero una vez descubierto el truco hay que atacar a los invasores e intrusos, aunque haga ciento cincuenta años que residen entre nosotros, aunque canten nuestros himnos y empuñen nuestras armas y ondeen nuestros pabellones. La limpieza debe comenzar por los traidores e hipócritas, y debe ser tanto más inexorable cuanto más se amparen en los lugares sagrados que ellos mismos nos habían enseñado a venerar.

Debemos terminar con la farsa y la mentira. Los capitales invertidos en la América Latina tienen sus propios y sus alquilados instrumentos de seguridad para que no sean expropiados y pasen a posesión de los pueblos. No digamos confiscación, a lo que también se tendría derecho puesto que los dividendos y ganancias ya obtenidos han cubierto muchas veces la inversión; tampoco tolera que les sea devuelto, porque lo

que importa al capitalismo imperialista es la posesión de territorios y de gentes en calidad de fundo perpetuo. Por eso el problema económico es fundamental y el problema político su artefacto de dominio; y por eso tienen equipados y amaestrados a los gobiernos que son sus gendarmes y bedeles, defensores del enemigo en su propia tierra. La prueba es cómo trataron y pretenden seguir tratando a Cuba, contando con el consentimiento tácito cuando no descaradamente expreso de sus mayores y proxenetas. Pretenden recuperar a Cuba como provincia arrancada de raíz de su imperio esclavista, declarando al mundo con los hechos que son los propietarios de tierras y de gentes, los sultanes de un serrallo de naciones administradas por eunucos. Cuba los sacará de ese error.

EFFECTOS DERIVADOS DE LA REVOLUCION CUBANA

La Revolución Cubana ha servido de reactivo para diversas formas de cristalización del status histórico de la América Latina. En primer término ha revelado que después de las guerras de independencia todas las naciones se habían avenido a un estado vegetativo, de tipo colonial proeresista en casi todas sus manifestaciones políticas, habiendo perdido la conciencia de su situación verdadera. Entre otros muchos factores concurrentes a mantener ese estado de cosas figura adecuadamente programada una educación de "élevage" tendiente a mantener aletargado el espíritu de rebeldía que encendió otrora la llama de la independencia. En algunos de esos países pobres se abotagó el sentimiento de la

dignidad y de la libertad por el relativo bienestar de las clases burocráticas y pequeño-burguesas que pulularon en seguida; y en los países más depauperados se operó por cansancio y desilusión, dejándose en manos de los traficantes de la soberanía la vida y el destino de los ciudadanos.

Las revoluciones emancipadoras que estallan en los años 1810 a 1812, se malogran con su mismo triunfo, por inmaduras e incompletas, y de manos de los funcionarios de la Corona caen en las de los agentes diplomáticos y financieros de Francia e Inglaterra, que comienzan a gobernar la vida de las naciones semilibradas por sus representantes que el pueblo elige como propios. En 1933 todos los países latinoamericanos habían perdido ya su soberanía efectiva que sólo conservaban en el papel de las Constituciones y en el aparato externo de la vida institucional. Prácticamente los Estados Unidos, tanto mediante la política del "garrote gordo" como del "buen vecino", y a su zaga Inglaterra y Francia, dominaban la economía y la política de todo el continente, sacando y poniendo gobiernos más o menos subrepticamente venales y de cariz fascista en todas partes, convertidos a la sazón en contingentes auxiliares de la agresión contra la Unión Soviética. Estaban montados ya tres artefactos teledirigidos contra ella: la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y la España de Franco con el séquito de los demás países europeos socavados por las quintacolumnas. A los países americanos se les puso una impedimenta ingeniosa: los gobiernos de facto, de tipo semitotalitario, que distrajo la atención de otros problemas distantes y de largo alcance. América ibérica tenía su-

ficientes calamidades internas con sus gobiernos de ocupación como para preocuparse de los dominadores de segundo grado, los amos de sus amos. Sólo dos acontecimientos bélicos apuntan por elevación a la verdadera causa de las dictaduras regionales. Las revoluciones de Madero y de Sandino se dirigen fundamentalmente a la recuperación de la soberanía nacional conculcada por sus propios gobernantes, y nadie ve, ni puede entretenerse en ver que esos gobernantes actúan por fideicomiso del Departamento de Estado norteamericano.

Cuba era el ejemplo patente de las revoluciones frustradas y traicionadas, y a la sazón era la nación que representaba a la vez dos tipos clásicos de vasallaje: el del dominio liso y llano, como en Haití, y el del dominio por absorción, como el Estado asociado de Puerto Rico. La Enmienda Platt, puesta en vigor groseramente de 1906 a 1909 revelaba un status general en su forma aguda y desembozada. Los demás países hallábanse en idéntica situación de hecho, y para 1939, año de iniciación de la Segunda Guerra Mundial, las naciones del continente habían sido puestas bajo la tutela de la supuesta defensa de la democracia contra el totalitarismo.

La realidad histórica, la situación verdadera de esos países el grado de subordinación a las empresas explotadoras de sus riquezas quedaron obnubilados ante los peligros inminentes del dominio del mundo por las hordas teutónicas. Era difícil entonces alcanzar a ver la urdimbre de ese tapiz mágico en que se destacaban con colores trágicos las figuras siniestras de una casta internacional de piratas y bandidos que habían ungido

a Hitler como el nuevo Salvador, y que amenazaba con la esclavitud del género humano en masa. Los pueblos tenían que realizar una previa independencia de primer grado, liberándose de sus magistrados y funcionarios, con lo cual el verdadero dominio, al que no le importaban los cambios de figuras, quedaba imperturbablemente asegurado. Era tal la seguridad del dominio al fin de la Segunda Guerra (1945) que no se sospechaba que pudiera producirse una rebelión victoriosa de los pueblos amedrentados e inermes, porque los ejércitos estaban equipados con armas destructoras terribles, los comandos integrados por servidores fieles del sistema de patronato, reducidos a impotencia o desconcertados los sindicatos obreros, sobornados u ofuscados los líderes que mendigaban un alivio de bestias agobiadas para sus electores, y vigente una filosofía del progreso, la paz y el orden que parecían surgir de las mismas cosas. Las formas todas de la vida social hallábanse acomodadas a un reparto de bienes sociales que se juzgaba satisfactorio.

Las revoluciones habían sido, desde 1812, excepto la mexicana de 1910, meros trastornos en los cuadros dirigentes que no perturbaban la estabilidad del sistema económico-político. De esas revoluciones no podía resultar riesgo alguno para los inversores y empresarios, sino un aumento de las fuerzas de represión justificado precisamente por las tentativas de levantamientos populares. La revolución cubana de 1953 a 1958 sorprendió a los gobernantes como un hecho insólito y anacrónico. Se había olvidado el contenido social de las revoluciones de independencia, en razón de que las naciones emancipadas habían entrado en un nuevo orden de

colonialismo con participación de ganancias para mayor número de beneficiarios. Cuando se supo que no se trataba de una revolución de cuartel o de gabinete sino de pueblo, se estremeció el edificio capitalista y se reforzaron las guardias que mantenían la Colonia debajo de la República y el despotismo en la entre-líneas de las constituciones democráticas y representativas. Pero había ocurrido algo mucho más importante y es que al revelarse la historia secreta de la República Cubana, se comprendió que también los otros países tenían una historia secreta y que ya la impostura no podía mantenerse en vigor por más tiempo. Las gentes educadas para la servidumbre descubrieron el embuste, y desde ese momento se produjo una fisura vertical en la estructura de los Estados nominalmente libres: a un lado el pueblo que había descubierto su verdadera situación de bien semoviente enajenado con la tierra vendida, y a otro lado los gobiernos que redoblaron su esfuerzo por mantenerle al dueño la posesión de su presa. Los gobiernos se declararon cínicamente enemigos de sus pueblos y se sometieron a ser verdugos compellidos al genocidio por miedo.

La Revolución Cubana ha colocado a cada país de América en su sitio verdadero dentro del mapa del dominio capitalista del mundo, y ha permitido ver que se los caracteriza con el mismo color que a los demás países del mismo tipo de Asia y Africa. América fue arrancada de su conexión artificial con Europa y entroncada con su cepa de la que fuera desgajada. América era un continente de razas proletarias pintarrajeadas con los residuos de la cultura europea. Se creó, más o menos súbita y naturalmente, un parentesco de

sangre y de destino con las poblaciones y los territorios objeto de explotación exhaustiva. ¿Cómo se contendrán las aguas de un gran río estancado que ha roto los diques y se derrama irrigando con nueva fertilidad las tierras y las gentes sedientas? Ni la intimidación, ni el soborno, ni la perfidia surten ya efecto, porque los pueblos oprimidos han abierto los ojos y sólo la muerte se los puede cerrar. Falta saber si prefieren darles la muerte a darles la libertad.

LA REVOLUCION CUBANA

Aunque la revista *Pan* no me ha solicitado opinión sobre la Revolución Cubana, quiero darla desde sus páginas, no con el propósito de replicar a tal o cual parecer, sino, sencillamente, para colocar tema tan vapuleado en su verdadero encuadre. La Revolución Cubana es acontecimiento impersonal, de masas, como hecho concreto el más importante en el proceso de su propia historia y también de la historia de la independencia de los pueblos americanos. Se produjo, se mantiene y se desarrolla de acuerdo con factores metabólicos integrantes de la misma historia cubana auténtica y no como crisis o evento catastrófico en una de sus provincias: política o económica, étnica o jurídica. Se gestó en la entraña de la nación entera y no consiste en el estallido de un estado de emergencia que se prepara en los cuarteles o en los gabinetes y se utiliza luego para cumplir determinado programa de carácter institucional. No es una revolución política, de formas y procedimientos, y sí una revolución social, total y radical. Hay que aceptarla como lo que es y,

juzgarla en consecuencia, y no como nos habría agradado que fuera.

Debemos admitir que el desenlace de un proceso revolucionario cuyos orígenes están en la trata, el contrabando, la piratería y la administración colonial que creó un estado de factoría en que el ser humano se consideró siempre como mercancía y herramienta viva de trabajo. Excepto los grupos de propietarios de fincas y comercios y de funcionarios, el resto de la población era una colonia de esclavos. El ansia de liberación arrancaba de las raíces de la vida; era unánime, y unánime la voluntad de consumarla. Con noción clara de ese hecho la Asamblea de Jimaguayú declaró el 13 de setiembre de 1895 que la revolución iniciada el 24 de febrero de ese año era continuación de la del 10 de octubre de 1868, y hoy podemos afirmar con no menos exactitud que la de 1953, o del Movimiento 26 de Julio, es continuación de aquella y de las dos.

Cuba ha realizado sólo una revolución desde la sublevación de los esclavos de Aponte en 1812, con diversas peripecias que la malograron, entre ellas las de Narciso López. La primera de esclavos, fracasa por falta de dirección, de organización y de apoyo en la población libre; la segunda (1868-78) por capitulación de distintos frentes, con la engañosa Paz del Zanjón, y la de 1895-98 por usurpación de la victoria de los ejércitos cubanos por las fuerzas norteamericanas que declaran la guerra a España cuando están agotados sus tropas y recursos. El Tratado de París, en que no interviene ningún representante de Cuba, pone a la Isla en fideicomiso de los Estados Unidos con la Enmienda Platt; y, después de su derogación en 1934, con el

control automático de su economía y de su política ya implantado como forma normal de vida. El proceso revolucionario se frustró varias veces y quedó latente y en tensión (tanto en los organizadores y líderes como en el pueblo) la voluntad de constituirse en nación soberana. No ha necesitado el pueblo de Cuba la preparación preliminar por la propaganda política revolucionaria, porque el estado natural del cubano ha sido por siglos el de un combatiente dispuesto a tomar las armas en la ocasión propicia. Para luchar por su condición humana, pues libertad era para él decidir de su destino y no cambiar de amo.

La revolución cubana tenía, sin embargo, su filosofía política, su doctrina moral y su finalidad económica que fueron formuladas por Céspedes y Martí mucho antes de las declaraciones del actual gobierno revolucionario, y que son las mismas en lo esencial. Una vez contra el dominio español y otra contra el dominio norteamericano, y ambas secundariamente contra los gobernantes locales y sus atropellos, cuya táctica no difería de la explotación colonialista sino en la forma y los métodos. La manera como se mantiene y perfecciona esta revolución no responde a una teoría, a un régimen o a un programa preelaborado sino que los hechos crean situaciones categóricas que exigen la solución correcta en cada momento. Se opera sobre los acontecimientos y no sobre los papeles. Así se hizo la guerra de los mambises contra los soldados de Batista y sus jefes de escuela, sin conocer estrategia ni táctica militares pero resolviendo en cada momento las situaciones de hecho; y así también muchas veces los milicianos analfabetos fueron resolviendo problemas difíciles, como el de or-

denar las fuerzas victoriosas encuadrándolas en estrictos límites de corrección y espíritu de solidaridad humana. Si siendo originariamente una revolución popular, sin ideólogos ni jefes de escuela, ha mantenido esa característica de orden y disciplina, ello es lógico; y si ha ido virando hacia la forma socialista que se le ha reconocido oficialmente, débese a que así se gestó y a que el vector de las fuerzas sociales mundiales, y las propias por consiguiente, lleva a esa dirección. Es, diría, el movimiento de rotación de la tierra.

No puede decirse que hayan sido los Estados Unidos quienes determinaron que la estabilidad de este nuevo Estado que asume su soberanía integral se apoye en un sistema socialista hoy, desde que no pudo ser de otro modo sin entregar el fruto del sacrificio a la voracidad de los monopolios como hubieran querido los traidores y los contrarrevolucionarios de todas partes. No pudo ser de otro modo: 1) porque es la forma política-económica más racional y equitativa y concordante con los adelantos de la civilización tecnológica y de la cultura humanística; y 2) porque la recuperación de su patrimonio por el pueblo implicaba la ruptura completa con los poderes que lo mantenían en situación de dependencia y estancamiento. Esto se explicará más fácilmente si tenemos en cuenta que desde 1898 el dominio que se ejerce sobre Cuba es el de un sistema, que es el capitalismo imperialista, y que nunca se trató de personas y de métodos de gobierno de otra potencia sobre Cuba, cuanto de hechos y situaciones de raíz más profunda y de intereses más poderosos que los expresos en el estatuto político y en los tratados de comercio. En 1953 Cuba no tenía que liberarse de una

nación colonialista sino de un sistema de colonización, y no podía liberarse de él sino saliéndose de su órbita de poder. Pero además, es cierto que los Estados Unidos han contribuido, si no determinado, a esa actitud resuelta y categórica, al pretender estrangularla. Independientemente de estas razones, Cuba se encontró en dos momentos de su proceso revolucionario con medidas de fuerza que amenazaban con su fractura instantánea y el regreso a la órbita del sistema, sea depurando o simplemente cambiando los comandos principales, por: a) la cancelación de la cuota azucarera de que dependía totalmente su economía de monocultivo, y b) la negativa a refinar el petróleo que significaba lisa y llanamente la paralización súbita de todas sus actividades de supervivencia. Estas dos medidas de tipo compulsivo de los Estados Unidos obligaron a Cuba a buscar una solución —la única— a tal situación de hechos conminatorios, obteniendo entonces condiciones de venta para sus mercancías y de adquisición de combustibles y artículos indispensables en términos decorosos y favorables sobre el anterior comercio bilateral de plantación y colonia.

Para resistir la coacción, que no tiene precedentes en la historia moderna, los Estados Unidos iniciaron después la maniobra extorsiva de aislar a Cuba del resto del mundo, poniendo en juego las medidas de intimidación, soborno y mentiras descaradas, que es el capítulo más vergonzoso de su historia de apremios y despojos. Prepara en estos momentos una segunda invasión de mercenarios, posiblemente reforzados por sus tropas, con lo que planteará una nueva situación de hecho que

habrá de resolverse otra vez optando entre la vida y la muerte.

Estar o no con la Revolución Cubana no es, pues, cuestión de que concierte o no con las ideas que cada ciudadano tenga del derecho político, la división de poderes, la representación parlamentaria, la democracia, el sufragio, etc., sino de aceptar o no un nuevo sistema económico y político que proscriba la explotación del hombre por el hombre y de las naciones sub-desarrolladas por las imperialistas. Un nuevo sistema de moral pública y de relaciones entre gobernantes y sus pueblos y no con los gobiernos enemigos. En fin, se trata de aceptar la marcha incontenible de la civilización o de tomar partido por las fuerzas retrógradas que han demorado y ensangrentado la historia de la humanidad. Si se defiende esta última posición se está en la ruta que conduce directa e inevitablemente al neofascismo americano con sus típicas reacciones revanchistas, y naturalmente se está contra Cuba como se está contra Copérnico, Pasteur y Darwin, para poner algún ejemplo. El lenguaje y la casuística que se empleen no interesan, pues ya estamos viendo que se pretende enmarcar a la Revolución Cubana, popular y socialista, en los esquemas mentales de la concepción escolástica del derecho y de la sociología en que coinciden los militares, los letrados y los cléricos.

MARTI REVOLUCIONARIO

La importancia y magnitud de la obra específicamente literaria de Martí ha sido el principal impedimento para que la crítica haya podido fijar la efigie veraz y

la verdadera grandeza de su vida y de su obra. La devoción académica, en cierto modo plausible, de sus admiradores y panegiristas, ha ido labrando de él un perfil numismático, y por lo tanto limitado, cuyos rasgos principales destacan su estilo personalísimo y el lugar que ocupó en las filas de los innovadores. Se ha certificado la elocuencia y hondura de su prosa, su don poético que doquier se manifiesta, su erudición segura y sin alardes, sus vastísimos y enciclopédicos conocimientos de "re acibili", su vigilia en la defensa de Latinoamérica, su probidad intelectual, su castidad moral. Nobles prendas sobre las que se han escrito muchos libros y fundado teorías literarias y estéticas, pero que influyeron finalmente en el eclipse de su condición humana excelentísima, de su personalidad básica. Efectivamente, la efígie es fiel, pero Martí no es hombre de un perfil sino de cuerpo entero.

Unamuno ha sido —otra vez de las muchas— quien descubrió el punto de apoyo de toda la complicada construcción intelectual de Martí, al afirmar rotundamente: "era un hombre, todo un hombre", y por eso "tenía estilo, todo un estilo"; dictamen inapelable que redondea con este trazo seguro: "su decir era sobre todo un hacer, sus palabras eran actos". Frases con las que un luchador de su estirpe encuadra correctamente su carácter; y de este modo Martí queda centrado en sí mismo: tuvo un gran estilo porque fue un gran hombre.

El conocimiento y la estimación de la obra de Martí se han basado en otros méritos: en los del poeta y el cronista que todo lo sabía y lo sabía bien; y la silueta que Darío esbozó en *Los Raros* fue para los jóvenes su retrato fiel, que tomaron de modelo posteriormente los

profesores de Literatura. Muchos años también a mí me satisfizo, y creo que todavía hoy habrá quien juzgue que presentarlo ante todo como conspirador y revolucionario es un sacrilegio.

Empero, esa desviación de origen pedagógico no era la opinión corriente en Cuba, en los primeros años de este siglo, de atenernos a la referencia que hizo F. V. Preval (Presidente de la Logia "Unión Latina") en la reedición del libro "Cuba", publicado por D. Gonzalo de Quesada. Afirma allí: "Lo admiraban (a Martí) más como agitador y revolucionario, como alma del movimiento político que culminó en la libertad de Cuba, que como escritor fecundo y fácil poeta; pero conquistado de modo definitivo el ideal que impulsó a aquel cerebro portentoso e inspiró a aquella voluntad indomable, el nombre de Martí como literato adquirió gradualmente el relieve que merecía, y se hizo entonces más interesante el estudio de la compleja personalidad del héroe". Una personalidad se superpuso a la otra, en vez de yuxtaponerse y de mantener su jerarquía natural, predominando la tricomía de *Los Raros* al aguarfuerte de sus autorretratos biográficos.

A este respecto debo señalar que también las fotografías que poseemos de Martí son engañosas: representan a un hombre vulgar, sencillo y bueno, descuidado de sí porque vive para los demás; y esos retratos inducen asimismo a error, en cuanto confundimos la vestimenta con el carácter, que es exactamente lo que se hizo con su obra. Aunque ese que vemos sea Martí, ciertamente, como lo es el autor de "La Edad de Oro" o de los "Versos Sencillos", lo es únicamente en uno de los múltiples aspectos de su humilde grandeza; mas la volun-

tad inflexible, la donación de todo él al prójimo, el holocausto que ya había hecho de sí al quedarse con lo estrictamente indispensable para andar vivo, también está en esos retratos, y hay que saber "leerlos" como se lee, perforándola, su prosa opulenta y brillante. Ni la iconografía ni la pedagogía pueden desviarnos de la recuperación del Martí que ha de quedar como un bloque de granito. Precisamente el Movimiento del 26 de Julio ha dado a Martí una actualidad que había perdido, lo ha restituído a su ser verdadero y, sin necesidad de exégesis, se presenta a compartir el triunfo que se le debe. El Martí que hoy revive es el verdadero, el que hace camino "De Cabo Haitiano a Dos Ríos", el que cuenta que está peleando, y lo cuenta a la manera de Jenofonte. "Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete, y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicinas, y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato".

Ese hombre apacible, de mirada lánguida que vislumbra una tremenda victoria y no un paraíso burgués —la mirada del insomne y no la del soñador—, ese hombre bravo de mansedumbre evangélica era un domador de furias, un siderurgo que al fierro le daba el justo temple de la porcelana; era un fuego sin ira, el cuerpo de una acción que no descansaba. ("Y, usted, ¿cuántas horas duerme? —Cinco, mientras mi patria no sea libre.") Lo que ve el hombre mediocre en Martí siempre es engañoso, y nunca lo es para el de su prole. Por eso no se cohibe de sincerarse con Máximo Gómez, que podía entenderlo: "...era mi vida

sin sueño y sin salud, con el cumplimiento mortal de todo nuestro deber, desde el más alto hasta el más humilde". "Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver." La debilidad de su cuerpo débese al desgaste inmenso de energía en una tarea que no le deja reposo. Es la ceniza de lo que se quema.

Leyendo sus obras y mirando sus retratos pensamos que sobre él recae el peso de una enorme responsabilidad histórica y la pesadumbre de sus desdichas personales, y que para sostenerse está solo. Estamos contemplando una cariátide; ese cuerpo endeble tiene osatura de acero y de ahí dentro ruge (lo advirtió Sarmiento) un león. Se fue despojando de cuanto le estorbaba hasta quedar libre y sin impedimenta. Pues también hizo el holocausto de sus padres, de su mujer y de su hijo para servir un ideal humanitario, más poderoso que los afectos entrañables, que le exigía la renuncia al bienestar y la paz. ("Todo, Figueredo, se lo he dado a mi patria, hasta la paz de mi casa. Todo va bien en este carro mío, menos el eje, que va roto. Entre la frivolidad satisfecha y el destierro austero hubo que elegir, y me costó la ventura de mi vida". Carta del 5-1-1892.) ¿Por qué no se dice que pagó con sangre y lágrimas su apostolado, que abandonó padres y hermanos para seguir la marcha al Calvario, obediente al mandato de su conciencia, el "todo o nada" de Brandt? "La libertad cuesta muy cara —escribió— y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio".

Se ha creído, acaso con criterio piadoso, que debía suprimirse de su biografía, o poner entre paréntesis lo que a juicio del censor vulgar podría desmerecer su

grandeza, como si las debilidades y los sinsabores del grande hombre fueran los del individuo común. No se ha comprendido, al menos suficientemente, que la victoria sobre sí mismo en que va implícito el sacrificio de la familia y de la salud, hace del héroe y del mártir una víctima expiatoria transpersonal. Pues también creo que se da más énfasis al heroísmo de la muerte de Martí que al de su vida. Quizá por eso se ha descuidado ahondar esa última etapa de su biografía que es el "Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos", y las cartas y notas del vivac. Ahí se nos presenta Martí como era y no como parecía; ahí está el hombre que marcha impertérrito a cumplir su último deber; y lo hace como soldado, enfermero y boletínero, con el arma, el yodo y el lápiz. "Allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después, rechazado el enemigo, caíamos en brazos de nuestra gente; allí caballos, júbilo, y seguimos la marcha admirable, a la luz de hachas del monte y árboles encendidos; la marcha de ocho horas a pie, después de dos de combate y de cuatro de camino, de la noche entera, sin descanso para comer de día ni de noche. Yo me acosté a las tres de la mañana, curando heridos." Y allí viste su mortaja: "¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas". Recordemos esta imagen, que no es la de las fotografías; recordemos que murió como Mayor General del Ejército Libertador y no con las palmas de la Academia de la Lengua.

¿Será preciso apartar la vista de lo que Martí tuvo que realizar para ser lo que era, tanto su ascetismo como su labor literaria, a la que no le concedió él otro valor que el de un oficio penoso, aunque fuera una for-

ma indirecta de acción? Anotó en sus "Cuadernos de Trabajo": "Jesús, amigo mío, ¡escribió tan poco! Ganar un alma, consolar un alma, ¿no es mejor que escribir un artículo de oropel, donde se prueba que se ha leído esto o aquello? Menos palmas y más almas".

¿Hemos nosotros, en cambio, de valorarlo por lo que no fue sino un oficio sobre lo que era su misión, su deber sagrado? En 1882 escribe al General Gómez: "El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos, y el miedo de aparecer un agitador vulgar". Muchas veces ha expresado "el temer que yo, en mi humilde parte ni fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas ambicioso y sin riñón; o que era yo víctima del patriotismo inactivo, y de miedos literarios a la obra cruda y sana que hay que hacer". Y en carta al General Gómez (1877): "Aquí vivo, muerto de vergüenza porque no peleo... Seré cronista, ya que ni puedo ser soldado". Y a Figueredo: "Los dos somos bayameses, porque yo tengo de Bayamo el alma intrépida y natural, y los dos somos hijos de la verdad y de la naturaleza"; "¿o como alza contra esta alma militar que Ud. me conoce, que es la ley y acción a un tiempo"; "Militares, como Ud. —y como yo—, ¿no me quiere por militar?"

La magnitud y el mérito intrínseco de la obra literaria de Martí —repito— ha eclipsado el rasgo más auténtico de su personalidad, que es la del revolucionario. Pocos justiprecian este aspecto culminante de su biografía y de su genio, bastándoles lo que representa, como un promontorio, en el panorama de las letras hispanoamericanas, o recortando su trágico fin como un acto de arrojo temerario. Sin duda no necesitaba más

para la inmortalidad que tiene, y es prueba de ello que, aun suprimida casi por completo su producción consagrada a la prédica y a la acción revolucionaria, el material que debe ser juzgado por los valores literarios puros mantiene aún su lozanía original. Con sólo una parte, y no la más insigne, basta; pero creo que una valoración exclusivamente literaria de Martí, o apenas superada con algunas tímidas e incidentales consideraciones de carácter filosófico y político, desfigura más que empequeñece su imagen verdadera. ¿Por qué no decirlo profundamente?: Martí fue sencillamente, por naturaleza, por temperamento y por inteligencia, un revolucionario en la más cabal acepción del término. Me atrevo a decir: de los más concientes y perseverantes que conoce la historia. Un revolucionario, "y todo el resto es literatura".

En este momento sería indispensable establecer netamente el distingo entre revolucionario y agitador, que son tipos genéricos, simétricos y antitéticos. "No soy —consigné en sus "Cuadernos de Trabajo"— un revolucionario empedernido. No ligo mi vida a los tumultos. Pero no me importa que sea impopular el cumplimiento de un deber: lo cumplo aunque sea impopular". Camus ha explorado esta tipología en "L'Homme Révolté", y la digresión exigiría un capítulo. Basta, creo, la advertencia que el mismo Martí hizo de paso, para comprender que su complexión mental revolucionaria tenía como atributo: la prudencia, la equidad, el orden, la exactitud, la voluntad imperturbable, el bien de todos, la vida austera, el decoro. Vale decir, un revolucionario de raza, que tiene conciencia de que "es criminal quien promueve en su país una guerra que

se puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable". Ser revolucionario en una sociedad de clases y privilegios es, simplemente, ser honrado y sentir como propia la injusticia que se ejerce sobre los demás. "Los obreros explotados por razón social y económica fundamental, son revolucionarios; el campesino hambriento y sin tierra, es también necesariamente revolucionario; el estudiantes, el hombre joven es, por temperamento, revolucionario; todo pueblo explotado o toda clase social explotada es, por naturaleza, revolucionario. Pueblos explotados y clases sociales explotadas tenían que ser, necesariamente, revolucionarios. El germen de la revolución estaba en la realidad social y económica de América". (Fidel Castro, discurso de 9-8-1960).

Si dividimos en dos porciones, aproximadamente iguales, la obra literaria que es preciso coleccionar de los escritos de circunstancias destinados a lectores heterogéneos, y la obra constituida por su correspondencia, los discursos y los panfletos (Paul-Louis Courier dio la definición), encontramos que el mayor peso, la más alta calidad y, sobre todo, la más luminosa expresión del genio entero de Martí está en esta última porción. Es en estas obras, muchísimas ocasionales y circunstanciales —también lo advirtió Unamuno— donde encontramos las mismas virtudes del gran estilista inconfundible, dueño de un lenguaje propio, sustancioso y comunicativo, de imaginación poética y de rigor lógico, iluminado el todo por una luz y un fuego que nacían de su entraña e irradiaban esperanza y fe. Ella es el testimonio de su apostolado en tierra extranjera y hostil durante la época más fecunda de su vida. Enten-

diendo por apostolado, claro está, el que resulta de su acción persistente e inquebrantable por la libertad de las Antillas, del pueblo cubano y de la humanidad esclavizada y expoliada. Pues también acerca de esta palabra, de reminiscencias eclesiásticas, se ha tergiversado el sentido, porque ha pasado a ser sinónima de un magisterio redentorista, cuando lo que significa, y así debemos conservarla, es la consagración de toda una vida a un solo fin, con un solo plan y una sola táctica: libertar a Cuba (y a Puerto Rico), organizar la "guerra justa", y reunir voluntades, comprar armas y asegurar la eficacia del ataque. Si admitimos que Martí ha sido un Apóstol, ha sido el apóstol de la Revolución. Y si con el mismo criterio decimos que fue un santo, un héroe y un mártir, debemos agregar que lo fue porque "la desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas".

¿Cuándo comienza su acción revolucionaria?: En el presidio político de Cuba ("Abdala" es su preludio alegórico). ¿Cuál es su primera proclama de rebeldía?: "El Presidio Político de Cuba", escrito a los diecisiete años. ¿Dónde está el germen de su pasión, que crece y se agiganta en su pecho y desborda sobre el Caribe, sobre América y se derrama sobre los pueblos humillados del mundo? En "El Presidio Político de Cuba". Allí descubre que los "presos políticos" son "seres humanos" castigados cruelmente "porque quieren ser li-

bres"; y pide a los verdugos "que seáis humanos, que seáis justos, que no seáis criminales sancionando un crimen constante, perpetuo, ebrio, acostumbrado a una cantidad de sangre diaria que no le basta ya".

Este opúsculo equivale, en su brevedad y en su forma inmadura, a "El Sepulcro de los vivos", de Dos-toiewsky, en cuanto da la "buena nueva" de su encuentro con el ser humano como "Ecce-homo", en su condición de víctima que redime con su tormento el crimen de los que no saben lo que hacen. También en el presidio tiene Martí la revelación del monstruoso crimen que el despotismo comete con las gentes desvalidas. España con Cuba, y del padecimiento sin eco de los que están condenados por alentar un noble ideal que sólo pueden expresar con su protesta inútil. Se le revela (es lo que significa la palabra "apocalipsis") la verdad escondida de un infierno terrestre, lo que está oculto a la mirada; y desde ese momento su destino está decidido. Sale del presidio transfigurado, para luchar por la redención de los huérfanos de patria, cuya orfandad trae aparejada las otras, y para que "de un cabo a otro de la Isla, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los celos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!" Aplica todas sus fuerzas a extirpar, no a paliar ni a mejorar, a erradicar el sistema de opresión y de ignominia del zarismo borbónico en Cuba, y en esa empresa muere gloriosamente veinticinco años después. ¿Cómo cumple el juramento de vivir para el bien de los demás?

Como era pobre, necesitaba trabajar; y como era enfermo (cardíaco y tuberculoso) debía realizar trabajos

sedentarios; y como tenía genio y conocía muchas cosas que casi todos ignoraban, hizo periodismo con el que predicó las virtudes derivadas de su credo; y como nada salía de su cerebro ni de sus manos sin el sello de lo insigne, alcanzó renombre de escritor. Esa era su tarea: vivir y ayudar a vivir a quienes de él dependían; ése era su oficio. También Spinoza pulía lentes. Su vocación, su pasión, su obsesión fue la libertad de Cuba por la guerra, el único camino, el más terrible. Desde enero de 1880, cuando llega a Norteamérica de España, adonde fuera segunda vez preso, plantea categóricamente la santa necesidad de la guerra. No hay pacto posible, no hay siquiera entendimiento con los anexionistas y separatistas, ni con los que se conforman con punto menos que la independencia total y absoluta de Cuba. Había que intentarlo otra vez, y a ello se consagra: "Una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a un caudillo, la revolución contra todas las revoluciones, el levantamiento de todos los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ni ellos ni nadie vuelva a serlo jamás".

Y cuando es incompatible con sus tareas de corresponsal y con sus cargos consulares el deber militante del conspirador, los renuncia. A lo que no renuncia un solo día ni un solo instante es a los trabajos, para él agotadores moral y físicamente, de mantener vivo y caliente el espíritu revolucionario. Si la letra de lo que hizo pensando se reproduce y se repite en cátedras y libros, lo que esa letra contiene de verdadero y de eterno se transmite por la comprensión natural que no necesita de la lectura y que le es dada por igual al docto y al ignorante. "Todo el pueblo fue conociendo el

pensamiento de Martí, y por eso se fue forjando un espíritu patriótico que hizo posible, al fin, la victoria de la Revolución" (Fidel Castro). Sí, exactamente. Si por la letra ha servido su obra para antologías y analectas, el espíritu ha encarnado en todo un pueblo, y se ha expresado como él quería, con hechos y no con palabras en la Revolución que por él se hizo "con todos y para todos".

MENSAJE DE LA LIGA ARGENTINA POR LOS DERECHOS DEL HOMBRE ANTE LA CONFERENCIA LATINOAMERICANA POR LA SOBERANIA NACIONAL, LA EMANCIPACION ECONOMICA Y LA PAZ

(México, 1961)

La Liga Argentina de los Derechos del Hombre ha delegado en mí la representación de la entidad ante la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz. En la imposibilidad de asistir a sus reuniones, elevo a su consideración este mensaje en que, conforme a instrucciones expresas, expongo la posición de la Liga en los asuntos a tratar, anticipándole su asentimiento a todas las resoluciones que se adopten en ellas.

Debo consignar la satisfacción personal con que cumplo este mandato, en cuanto se me aconseja que el tema central de las reflexiones sea la Revolución Cubana, con la que se manifiestan solidarios los cien mil adherentes y simpatizantes que agrupa aquella institución.

Los tres objetivos esenciales que inspiran la convocatoria a esta Conferencia son síntesis de las aspira-

ciones populares tantas veces frustradas, pues la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz son postulados del credo republicano democrático, de los cuales ninguno se había cumplido cabalmente en las numerosas tentativas realizadas antes.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre considera a la Revolución Cubana el acontecimiento más trascendental y saludable en la historia de las naciones mal colonizadas y mal emancipadas, y extiende que toda acción organizada que tome en cuenta las condiciones actuales de esas naciones debe inspirarse en la enseñanza de sus hechos y en la doctrina que resulta de la acción con que, venciendo dificultades increíbles, está cumpliendo su programa revolucionario. Juzga que es Cuba la nación piloto para cualesquiera operaciones cuyo fin sea quebrantar la estructura del sistema capitalista-imperialista y cimentar otro de justicia y paz.

Sabemos todos que el hombre que condujo la revolución y supo infundirle el espíritu de Martí, auténtico padre de la redención de los pueblos oprimidos de América, es el primer ministro Fidel Castro, quien, por haber sobrepasado los límites comunes a la acción personal de los líderes, es hoy el conductor de los pueblos proletarios por el camino de su definitiva liberación. La otra figura consular de América, cuya misión parece ser complementaria, si distinta, es Lázaro Cárdenas, quien asestó la primer pedrada en la frente del gigante devorador de pueblos. Uno y otro prócer encarnan hoy el ideal de libertad y de justicia que a lo largo del siglo pasado revivió sucesivamente en Bolívar, Morazán, Juárez y Martí. Cree la Liga Argentina

por los Derechos del Hombre que Fidel Castro en lo que se ha cumplido, y Lázaro Cárdenas en lo que falta cumplir, deben ser auspiciados como mentores y guías de ese ideal genuinamente americano y humanitario.

La voluntad unánime de los pueblos es de unirse, entenderse y auxiliarse, derribando las vallas que se levantaron para reducirlos a aislamiento e impotencia. Y esas fuerzas desintegradas y fragmentarias necesitan un plan, una dirección y una bandera. En dos planos: en el de las conquistas a obtener y en el de las conquistas obtenidas, ambos adalides sean la bandera que reclute y dé vigor y altura a la ciudadanía de América que en cada lugar cumplirá su propia tarea.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre tiene más de veinte años de experiencia en la lucha por defender los derechos y garantías que se afirman en las leyes y se burlan en las calles, en los ministerios, en los cuarteles y en los tribunales. Clausurada y perseguidos sus dirigentes, en largos lapsos tuvo que trabajar en la clandestinidad en socorro de los presos políticos y de sus familias, precisamente contra los supuestos defensores de la ley y otros farsantes del estado de derecho. De esa experiencia ha sacado una lección.

Mi país pertenece al grupo de naciones prósperas, de vasto territorio y numerosa población, que ha padecido con menos rigor el repartimiento de América como presa mostrenca y como botín de guerra. Los padecimientos de sus hermanas sólo recientemente han llegado a sus oídos y despertado sus sentimientos de fraternidad. Aunque no gobernada por caudillos de látigo y sargentes de péñola, sí lo ha sido por camarillas oligárquicas

o por lacayos sin librea que pusieron sus riquezas naturales y el trabajo de sus compatriotas en manos de sus enemigos más peligrosos, las buenas naciones benefactoras. Mi país no pertenece, pues, al grupo de las naciones avasalladas por las fuerzas armadas del capitalismo cosmopolita, en cuanto tropas de desembarco y ocupación, pero nadie puede negar que está copado por las fuerzas permanentes de seducción e intimidación, y sometido, como consecuencia, a la órbita de los gobiernos de embajadores y prestamistas.

Allá los tres ideales que proclama esta Conferencia se dan por cumplidos desde hace ciento cincuenta y un años, y por eso no se ve la impostura que ha reemplazado a la violencia con la capitulación silenciosa. Expongo esta situación meramente a título ilustrativo, porque quiero significar que la libertad o soberanía de los pueblos americanos se divide en dos categorías, según los grupos de naciones que no la disfrutaron: el que sabe que le ha sido usurpada y el que lo ignora. Allí donde se ignora que el país ha sido ocupado y las autoridades sustituidas, la lucha está coartada, pues para inmensa cantidad de ingenuos y de bribones atacar a las fuerzas secretas de ocupación es atacar la seguridad del Estado y la santidad de las instituciones. Donde es ostensible la invasión, la batalla contra las autoridades es lisa y llanamente la resistencia contra el enemigo intruso.

Nuestro enemigo es uno, de múltiples tentáculos subrepticios, y en cada lugar se viste con el traje que usan todos, se hospeda en sus hogares y habla su lenguaje. Descubrirlos y delatarlos es difícil y arriesgado, pero se ha de hacer como previo deber imperativo. Con

toda valentía debemos mirar a las magistraturas y a las instituciones que debieran ser venerables, como templos pero también como refugios en que se guarecen e invulneran los traidores y falsarios de la libertad. Y si son los magistrados o si son las instituciones los reducidos de nuestros enemigos, debemos atacarlos como talos sin que nos contenga el supersticioso respeto a las investiduras que ellos han profanado y convertido en atavíos litúrgicos de una religión cívica fraudulenta.

Bien sabemos lo que ha ocurrido. Los métodos de conquista y explotación de las tierras y las gentes americanas son ahora distintos de los que emplearon antaño las naciones colonizadoras, pero la situación es la misma. El Caribe y Centroamérica están en la fase transitoria de la colonia al protectorado y el dominio, y los fenómenos de opresión que aquí ocurren se perciben con un relieve singular, porque todavía están vigentes los procedimientos compulsivos. Si pudo existir un engaño que nos impediría ver y palpar esa realidad, ha sido revelado por la Revolución Cubana, que ha planteado de manera inequívoca y en términos categóricos de rebelión, cuál es la verdad de nuestro estado, las rémoras de nuestro atraso, el manantial oculto de nuestras tribulaciones y el obstáculo insalvable a nuestro progreso. La violencia desembozada con que el capitalismo militarizado se opone a la soberanía política, a la emancipación económica y a la paz de ese país, deben alertarnos sobre la verdadera causa de nuestra situación y sobre los impedimentos que decididamente debemos liquidar.

Cuba pertenecía, por circunstancias históricas bien conocidas, al grupo de naciones-factorías, en que la tra-

ta y el contrabando no se disimularon bajo las apariencias del trabajo asalariado y del comercio libre. Pero desde 1899 ingresó en el grupo de las naciones emancipadas, que es la otra categoría. También aquí hubo el fraude que en las demás. La Enmienda Platt es el símbolo del vasallaje en la independencia, de la esclavitud en la manumisión; y esa cláusula existe tácitamente en todos los tratados que los Estados Unidos han celebrado en América. Es correlativa de la Doctrina Monroe en una de las innumerables formas en que puede ser aplicada. Aunque no se le hubiera dado forma de atropello jurídico, no le importaba al capitalismo cosmopolita que la Enmienda Platt figurara en un apéndice de sus constituciones, si se reservaba la instancia de intervenir en los asuntos políticos internos y de poner en el gobierno a sus cónsules comerciales. Esa es otra de las verdades que se nos han revelado en la Doctrina Monroe, su razón de ser, y que correlaciona la Enmienda con la defensa del continente apoyada en las bases de Samaná, Guantánamo, Panamá y las Islas Cisne. Desde la independencia de Cuba en 1899 y la de Panamá en 1903, todas las declaraciones de trato equitativo y de reciprocidad encubren astutas perfidias de leguleyo. En el vocabulario diplomático independencia quiere decir dominio sin gastos ni molestias de administración.

Aparte de lo que significa la Revolución Cubana en el proceso histórico mundial, para los pueblos que aceptan la cruda denominación de subdesarrollados, ha sido el reactivo que puso en evidencia la trama estrecha de una red invisible que apresaba e invalidaba el fruto del trabajo y de la inteligencia, por igual convertidos en

movimiento mecánico de noria que perpetuaba por su desarrollo muscular su condición de mula con los ojos vendados. Reactivo y piedra de toque por añadidura.

La Revolución Cubana ha probado el efectivo valor de las instituciones y las personas, de las tradiciones y convencionalismos, de los mitos y los prejuicios, de la fe verdadera y de la superchería, del carácter del hombre común y de la cobardía de los héroes de presupuesto. Después del 1º de enero de 1959 no podemos pensar, sentir, juzgar ni hablar como antes. Los juicios que basábamos en referencias y razonamientos conjeturales se basan ya en los hechos; los hechos han probado lo auténtico y lo falso de la sociedad cubana hasta esa fecha, y el veredicto ha de ser válido para todas las demás naciones de su configuración, americanas, africanas, o asiáticas. Se ha probado la resistencia de los materiales, la consistencia de las estructuras sociales, el temple del hombre; la Judicatura, el Ejército, la Iglesia, la Docencia y la Burocracia han rendido cuentas de sus desfalcos ante un tribunal público que ha comprobado que estaban en déficit si no en falencia. Podemos asegurar que eran órganos catabólicos que, absorbidas las sustancias vitales del esfuerzo colectivo, las expelían en residuos tóxicos y estupefacientes. Tenemos el testimonio probatorio de cuál había sido su función y cuál su atuendo en la evolución y el adelanto, en el estancamiento y la postración de los países subdesarrollados. Como saldo hemos perdido la fe de nuestros mayores y adquirido la de nuestros hijos. Pusimos nuestro reloj en hora.

El respeto y la devoción supersticiosos quedan en el museo como remaches de la cadena que el hábito de

llevarla hizo insensible. En lo sucesivo los valores todos, desde el precio de las cosas hasta el mérito de las virtudes se tasan, pesan y miden sobre los nuevos patrones de la buena fe. No solamente hemos sido liberados sino honrados; hemos recuperado la confianza en la natural sabiduría de los pueblos y perdido el fetichismo de los hombres providenciales. Los bienes que se ofrecían a todos, como las fuentes públicas, eran agua estancada que aplacaban la sed y producían aftas. ¿Quién puede creer en los ídolos si se ha descubierto la estratagema, en los dioses de barro orificado, en los impostores adorados como próceres, si eran fantoches de una comedia siniestra? Los pueblos conocen ahora a sus maestros, sus guías y sus traidores; conocen también sus propias fuerzas y recursos para trocarlos entre sí y no para venderlos a los estafadores.

Si me detengo en estas reflexiones es porque de esa situación básica se derivan los atropellos e infracciones a los derechos individuales, como lo ha comprobado la Liga Argentina por los Derechos del Hombre en su incesante brega contra los instrumentos de opresión. El ejército y la policía son en todas partes como en la Argentina, los encargados de la vigencia y cumplimiento pacífico de aquella cláusula tácita de la Enmienda Platt que no figura, ni lo necesita, en los tratados ni en las convenciones internacionales. La defensa de la patria en cada nación es equivalente a la defensa del continente por los Estados Unidos.

El aparato escénico de las persecuciones y torturas tiene a este trasluz una escondida finalidad: además de intimidar, la de distraer la atención pública de los problemas fundamentales como el de la enajenación de

la soberanía y entrega del patrimonio que así se perpetra sin testigos. La defensa de los derechos humanos y de las garantías individuales forzosamente debe ejercitarse en su primer plano elemental a que lo rebajan las dictaduras policiales. Se defiende la libertad, no contra el derecho injusto, sino contra los guardacárceles, porque el aparato represivo es en todas partes de América tan pavoroso, con sus gabinetes de tortura y sus sargentos expertos en suplicios, que se procura de urgencia recuperar las vidas y mitigar los tormentos. Especie de salvataje en un incendio o un naufragio. Convertido el país en colonia penitenciaria, se piensa únicamente en atajar la avalancha de la barbarie institucionalizada. La táctica de aterrar aquí para robar allá pertenece al nazifascismo resurrecto. Pues si es cierto que los derechos individuales están en la base de todos los derechos sociales, no lo es menos que la privación de ellos, e incluso la atrocidad con que, ante la impavidez de los tribunales, se ataca la vida misma del individuo y la familia, distraje la atención de otras finalidades que debe cumplir el Estado. El Estado degradó la Hermandad del Santo Oficio y la Justicia descendió a menesteres de comisaría. Como Argentina, y peor, naciones enteras se convirtieron en campos de concentración de las empresas imperialistas. De modo que no puede hablarse ya sino con sarcasmo de los derechos humanos ni usar las vías habilitadas para hacerlos valer.

Fenómeno correlativo a la fascinación pávda que ejercen las dictaduras, perennes e intermitentes en Latinoamérica, está la maquinaria montada en la tramoya para entregar los pueblos intimidados al arbitrio de los

señores de plantaciones. Justamente con otras instituciones venerables transformadas en artefactos de sumisión, la Justicia emergía en el naufragio como un faro de esperanza cuyas luces parpadeantes sirvieron más bien para desorientar. Lo que ocurría en el derecho privado acontecía en el derecho público y en el derecho de gentes. Los tribunales internacionales estaban compuestos, precisamente, por quienes debían ser acusados. Eran tribunales en que los reos usurpaban la función de los jueces. Ahí morían de muerte jurídica los derechos de las naciones débiles cuando se invocaban contra las omnímodas. ¿Quién tenía títulos y autoridad para representar el derecho de una nación, y hasta de un grupo de naciones, y ante qué tribunal, si se estaban debatiendo esos derechos universales tal como los minúsculos en el terreno de las fechorías policíacas? El derecho de las naciones a no ser vejadas y castigadas lo proclamó Cuba ante la Organización de las Naciones Unidas. ¿Alguien pensó siquiera en la posibilidad de que en el recinto de las Naciones Unidas se oyera la misma voz que defendió con acentos bíblicos el derecho a la revolución de una ciudadanía ultrajada, y en el mismo tenor, hablando al mundo como a los jueces federales, y expusiese el derecho social ante el derecho particular del más fuerte? Desde ese día también se pudo distinguir el lenguaje de la franqueza y la lealtad del lenguaje de los diplomáticos, los juristas y los políticos.

En resumen, sabemos cómo pensar en voz alta y cómo hablar; no tenemos miedo y ya los pueblos han asumido legítimamente la función de jueces, legisladores y ejecutores. El lenguaje de las personas decentes es el

mismo de las naciones decentes, y no existe una moral chica y una moral grande, una para el ciudadano y otra para el Estado, como pensaban Maquiavelo y Napoleón. Una nación cuyos portavoces mienten con desfachatez defendiendo con cinismo la mentira, es una horda de gitanos regimentada; y una nación pequeña que habla al mundo como se habla entre hermanos, es una república de hombres libres. Ese derecho no pueden invocarlo los gobiernos mercenarios y acomodaticios, pero sí un pueblo que ha sufrido durante quince generaciones la humillación y el castigo; no serán comprendidos por los pueblos que se han beneficiado en una u otra forma del expolio, pero sí por todos los pueblos que conocen los mismos rigores y las mismas inclemencias. Y así también la Revolución Cubana ha delimitado dos categorías de naciones y de gentes. Esta es la fuerza que une a los pueblos en la solidaridad de los sacrificios y en la aspiración a un bien común. Por otra parte, ésta es la debilidad de las naciones predatorias cuya aspiración es perpetuar el dominio de una casta privilegiada sobre la inmensa recua de los seres humanos.

Aunque supiéramos todo esto, no teníamos conciencia de ello. No formaba parte de nuestras convicciones, sino simplemente de nuestras ideas rutinarias, el saber que, como en el caso de Cuba que era el nuestro, nos encontrábamos en igualdad de condiciones con el Congo, Egipto, el Irán, en un grupo de colonias; y que con Panamá, Guatemala, Nicaragua, la República Dominicana y Paraguay, y así sucesivamente, integrábamos un grupo de naciones soberanas sin soberanía: co-

relatos de Puerto Rico sin enmienda y sin estatuto de Estados asociados.

Constituíamos, sin saberlo, provincias de una región colonial que abarca ocho décimas partes del planeta y cuatro quintas de su población. Aunque algunos ciudadanos cultos y adinerados se parecieran a los duques ingleses, los pueblos se parecían a los chandalas y coolies, parias sin tierra en su tierra y tántalos famélicos en el edén de los frutos. No medíamos a nuestras naciones por sus pueblos sino por sus funcionarios metropolitanos, sus guardias de corps y sus amanuenses. Ninguna voz se había alzado en Iberoamérica para exigir vida mejor para naciones enteras, aunque se alzaron muchas para señalar los desmanes más notorios y reclamar los derechos mínimos. Porque se tenía vergüenza de confesar toda la verdad: que éramos pobres e ignorantes y que estábamos desnutridos, alojados en bohíos y jacales. Los mismos defensores de pobres y auyentes que propiciaban mejoras de salario y de trabajo, pedían clemencia más bien que justicia, ignorando la sentencia de Martí, de que los derechos no se piden sino que se imponen. Las reclamaciones se hacían siempre ante las autoridades locales, los jueces pedáneos, digamos e invocando derechos minúsculos a un poco más de jornal y a un poco menos de fatiga; y cuando los delegados iban a las reuniones y congresos internacionales, el lenguaje se les tornaba meliflúo y perifrásico. En la orquesta que tiene director vitalicio se avenían a ejecutar la partitura "compuesta para el acto". Fue Fidel Castro en calidad de Primer Ministro de una república libre, el primer estadista que mostró la miseria de los pueblos pobres ante el mundo, sus castigos in-

merecidos, sus llagas y sus vicios congénitos, descubriendo la superchería de que fueran libres, fuertes y ricos. Llevó la denuncia ante la opinión pública mundial no sofisticada y acusó al verdadero culpable de esos crímenes de lesa humanidad. No sólo exhibió la prueba del porqué de nuestro desarrollo detenido, de nuestro atraso y anquilosis, sino que denunció que existía una organización tenebrosa que seguía explotando a las naciones soberanas como antes se explotaba a las encomiendas; organización decidida a conservar sus posesiones aun a costa de perder el honor de la nación y de la raza. Y así fue que supimos que el gigante se pudría de una enfermedad vergonzosa, que acudía a drogas heroicas y que su estertor amenazaba con aniquilar el planeta.

Contra Cuba se desató la agresión económica y la agresión terrorista, como se echaban los perros amaestrados contra el esclavo prófugo. Los gobernantes de los países hermanos festejaron la raza de los sabuesos; los pueblos sintieron el dolor en sus carnes. Y percibimos entonces que el mantener a los pueblos en un adecuado crepúsculo mental, en una conveniente miopía era, además que un crimen, una indecencia; y el capitalismo financiero fue acusado en su papel clandestino de ramera seductora. Los problemas de economía y de finanzas se metamorfosearon en problemas de moral pública cuando el gigante mostró sus entrañas. Invulnerable a todo ataque con armas y argumentos, vimos que el sistema que en su mole corporal representaba, se desmoronó cuando se dijo en voz alta la verdad. Y todo esto también se lo debemos a Cuba.

Ya no podemos envanecernos de pertenecer a la fa-

milia de los opresores, porque sabemos que nuestra familia es la de los desheredados y perseguidos, de los que claman en el desierto; que estamos emparentados histórica, económica y políticamente con las otras naciones que nos habían enseñado a mirar con desdén, con el desdén con que los mucamos miran a los menesterosos. La verdad nos está curando de un viejo mal hereditario de miseria ensoberbecida, la de los hidalgos harapientos. Nos habíamos considerado vástagos de las grandes naciones superdesarrolladas y supercivilizadas, como la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y el Japón del Mikado; comensales de la mesa epulenta en que se consumían los manjares del progreso y los vinos de la cultura, y en verdad comíamos en el tinelo de la servidumbre, vestidos como los amos con sus ropas usadas, y recibiendo agradecidos las sobras de sus platos. Pues no éramos de la parentela de los dueños de casa sino de la por ellos despreciada ralea de los servidores solícitos. Facilitábamos la compostura y el disfrute en paz de la fiesta.

De súbito se nos presentó clara la verdad de una historia que no figuraba sino como lámina coloreada en los libros de texto: la verdad que desde los primeros pasos de la Conquista, y por la repoblación con esclavos negros y excarcelados para la aventura, éramos nosotros y con nosotros nuestra tierra madre, un territorio extracontinental de Africa, con el indio y el negro por animales de trabajo y de cría; que nuestra suerte era la de los pueblos irredentos y no la de los vencedores. Supimos que teníamos que luchar junto a nuestros hermanos y no en pro de nuestros protectores; que nos habían rapado la cabellera aborígen

para quitarnos la fuerza, como a Sansón. Y que no sólo nos desvigorizaron corporalmente, sino que también nos tusaron la inteligencia. Hasta la inteligencia había sido industrializada para la exportación. Los hechos de la historia actual de Cuba son nuevo libro de texto para la juventud. La escuela de civilidad social de Cuba ha enseñado a leer a los que aprendieron en las escuelas la lectura horizontal de izquierda a derecha. En su escuela se aprende a leer en profundidad, y así mismo de derecha a izquierda. La letra no mata ya al espíritu, y los textos de la publicidad informativa y literaria son descifrados a primera vista. Los márgenes de esos libros son el mundo. Hasta los analfabetos saben leer la realidad, y suelen ser perspicaces exégetas. Si ya no pueden engañar, ¿cómo podrán vencer?; si no se les deja robar y embaucar, ¿cómo podrán vivir?; si sólo le quedan los cañones, la intriga, la mentira y la co-dicia, ¿cómo no han de ser escupidos en vez que temidos?

Redescubrimos otras muchas verdades que habían sido sepultadas en los archivos y en los libros. Por ejemplo: en los mapas y en los cálculos secretos de las regiones del cobre, el estaño, el plátano, el café, el azúcar y el caucho, teníamos coloración y cifras que coincidían con el mapamundi del Departamento de Estado, con la planta de los Estados penitenciarios del sur más que con los Estados puritanos del norte; con el status de los negros y los blancos pobres más que con la Constitución de Virginia. Supimos que para los caballeros de las libertades cívicas, que eran plantadores de tabaco, hacia 1823 ya habíamos sido condenados a labrar las tierras y a laborar las minas como colonias adicio-

nales y territorios de reserva. Se nos aclaró con nueva luz la política que parecía incoherente, y unimos a Monroe con Teodoro Roosevelt, a Polk con Eisenhower, al "garrote gordo" con el "buen vecino". El monstruo de piel metálica en sus proteicas apariencias se iluminó por dentro, y resultó ser un mapa de la piratería y la trata cuyas factorías antiguas ostentan hoy el confort de los bancos y las asesorías letradas, de los hoteles para turistas y de los teatros de ópera. Vimos, en fin, que habíamos sido defraudados; que la soberanía política, la autarquía económica y la paz eran un embuste del que habíamos hecho un credo, una filosofía y una retórica. Descubrimos que entre los panegiristas de la grandeza de las naciones pobres había espías, incantos, seductores y proxenetas, unos de vocación y otros de estipendio, que desviaban nuestras miradas de los platanales, los cafetales, las caucheras, los ingenios y los arrozales donde se trabaja por veinte centavos al día con el agua a la rodilla y bajo un sol de llamas, para mostrarnos los palacios y los espectáculos de los comerciantes de la miseria y la desesperación. Así como desviaban nuestra mirada de los verdaderos problemas del coloniaje para llevarnos al estupor de las cámaras de torturas, así como los ayes de dolor de centenas y centenas de millones de desdichados se confundían con el himno coral al progreso y al bienestar. Y vimos por qué se consideran subversivos los intentos de dar efectividad a los preceptos teóricos, y por qué los defensores del pueblo con frecuencia son sus peores enemigos. El hombre que ha roto el ensalmo todavía es negado por los escribas, los fariseos y los centuriones.

Aunque permanezca lo mismo, todo ha cambiado. Des-

de que las milicias campesinas demostraron que el coraje encendido en la sed de justicia es el arma del triunfo, no se contempla ya a los ejércitos ni a las gendarmías como salvaguardas de la Ley y el orden, sino como fuerzas motorizadas del capitalismo imperialista. Se los ve en su función y no en su papel, como se ve a los jueces y legisladores de su tipo, disfrazados con sus investiduras. Desde ese momento se comprendió que los derechos humanos no deben ejercitarse contra los guardacárceles sino contra los comandos secretos, sean el Pentágono, la FBI u otro "gang" similar. Desde ese momento percibimos que las leyes que custodian los jueces, la moral que preconizan los actuales misioneros y el patriotismo de fanfarrias y escarapelas son celadas de doble fondo. Sorprendimos a los bandidos transfigurados en héroes y a los héroes verdaderos execrados como bandidos. Y esa nueva conciencia profana e indocta que tiene el hombre de la calle advierte la unidad que se le había desmenuzado en porciones desajustadas. Conciencia más clara significa razonamiento más delicado, lenguaje más veraz y decisión inquebrantable de ser libres.

Hemos aprendido el lenguaje de la sinceridad, sin el cual no pueden plantearse y resolverse los problemas de la vida diaria; hemos recuperado el lenguaje de las gentes que no lo usan para encubrir su pensamiento. Ya nos suenan a voces fatuas las jergas de las escribanías, los parlamentos y las cancillerías, de los cánuculos y ateneos; hemos oído decir con palabra valiente y franca que allí donde el ejército castiga al pueblo que pide justicia y honor, ese ejército no es de soldados sino de "unos hombres indignos que convierten el uniforme militar en delantales de carniceros".

Después de haber oído la palabra honrada de la dignidad y la verdad, ha caído otra de las fortalezas del dominio por la corrupción.

Este trastorno en la base de un sistema que parecía indestructible aunque carcomido, produjose porque la revolución no abortó en un motín ni en un "gentlemen agreement". De una revolución de veras no teníamos experiencia y apenas idea lejana y desfigurada de lo que pudiera ser. Naturalmente, una revolución que no era un desfile militar ni un arreglo entre caballeros, que por fin arrancaba las raíces soterradas hondamente del colonialismo, tuvo que ser contemplada aun por los que Spengler llama "clubes de socialistas" con perplejidad; y este es el sentimiento que prevalece en los espíritus indecisos ante la consumación de un hecho que era deseado y temido al mismo tiempo. Se esperaba otra revolución casera, entre parientes mal avenidos. No se la deseaba tan profunda que dejara aflorar a la superficie la armazón secreta de un sistema del que se veían únicamente las aberraciones más notables. Pero mayor perplejidad hubo en los que se habían asegurado a perpetuidad el disfrute tranquilo de sus negocios, convencidos de que siempre cualquier cambio sería para su bien. La reacción es, por lo tanto, multiforme y profusa: para los liberales es un exceso peligroso de sus audacias burguesas; para los más heridos es la rabia de que el juego haya sido descubierto, señalada la trampa y divulgada en público la clave para individualizar a los traidores infiltrados en las filas de los hombres de buena fe. Ahora hay que jugar limpio y con las cartas sin marcar a la vista. El camino de la revolución social está expedito después de haberse

quebrado sus fortalezas morales, después de haberse entregado a los pueblos el arma de la victoria, que es la solidaridad basada en la justicia y mediante el empleo de sus recursos naturales: la violencia o la desobediencia civil y la resistencia ultranza a pactar con el enemigo.

La lucha que las entidades republicanas y democráticas libran diaria y penosamente en defensa de los derechos humanos, paradójicamente contra quienes tienen la misión y el deber de respetarlos y hacerlos respetar, ha de dirigirse en adelante, directa y resueltamente, tanto contra los bandidos como contra los instigadores de manos limpias. La jurisprudencia y la ética de esos derechos constan en un documento judicial histórico que se levanta a la altura de la Apología de Sócrates y de la Autodefensa de Gandhi; es la defensa acusatoria del líder del Movimiento 26 de Julio, cuando desde su banquillo de acusado se eleva al sitio de los jueces y coloca a éstos en el de los reos de lesa patria. También hemos aprendido que cuando se defienden los principios universales de justicia y de dignidad, el código que se aplica no es el de los juristas sino el de los justos.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre desea vehementemente que la Conferencia Latinoamericana de México halle la forma de unir la voluntad y la acción de los pueblos del continente, para obtener la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz de las naciones hermanas.

Ezequiel Martínez Estrada

Copresidente de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre
La Habana, marzo 5 de 1961.

Lunes de Revolución, 10 de abril de 1961.

CARTA DE CONFRATERNIDAD Y DE AGRADECIMIENTO

José Pedroni: amigo,
paisano y compañero.

Te quiero agradecer tu hermoso "Canto a Cuba",
ese canto sencillo y fuerte como el viento,
que ha llegado a la Isla
atravesando el Continente y el Océano
con fresco aroma a trigo y alfa
de tus feraces pampas de horizontes abiertos.
Vino a dar testimonio de que los hombres y mujeres
que allá, tan lejos,
trabajan en la diaria faena
de fecundar y embellecer la tierra en que descansan los
hermanos son de estas mujeres hacendosas y abnegadas
y de estos hombres resistentes, humildes y sin miedo.
(Además, tu canto me conmueve
por otros sentimientos.
Yo oí tu voz cuando era de enamorado adolescente
y vuelvo a oírlo en el registro de un patriarca proecto.
Sí, querido Pedroni:
vamos estando viejos,
pero no envejecidos como muchos de nuestros
del gremio siempre joven de escribas y fariseos.
Nos encontramos al partir, y ahora volvemos a
para hacer juntos la jornada del regreso.
¡Qué alegría, que sea Cuba
el lugar del encuentro!)

La primera impresión que tuve al leer tu canto
fue la de que estabas, no sabré decir cómo, prisionero
en un país que luchó otrora por ideales democráticos,
aproximadamente hasta la muerte de Sarmiento,
y que después, ya rodando, ya rolado al garete
y a tumbos, conducido por guías tartajosos o por pilotos
se ha puesto a retaguardia de la tropa que marcha a
de una vida mejor, de paz y de progreso.

¿Dónde está la Argentina
de San Martín, Belgrano, Rivadavia y Morcno?
¿Descendientes de aquellos grandes hombres
son estos liliputienses y pigmeos?

Con qué tristeza he de decirte
que cuando miro hacia la patria, veo
que traidores farsantes torturan y encarcelan,
invocando las santas leyes y los sagrados Evangelios,
a quienes quieren ser ciudadanos y hombres
y no seres en libertad condicional sin estar presos.
El cuadro que percibo a la distancia
es el de un pueblo laborioso y culto, de un gran pueblo
custodiado por guardias civiles y militares, y con jefes
que cobran puntualmente en dólares sus sueldos.
Un pueblo culto y laborioso; ¿pero es fuerte?
Vive a media ración y lo maltratan en el cepo
mientras las garrapañas y los piojos
engordan con la sangre de su cuerpo.
Lo mismo que en los días del gringo centinela
que le tiraba "chumbos" y lo estaqueaba a Martín
¿Cuándo dirá: "ya basta"

y de un revés los bote a todos juntos contra el suelo?
Bastará que se niegue a ser recua de mayores
que lo llevan del arado y la rastra a los abrevaderos,
y que diga que no, cuando lo obliguen
a respetar a los bandidos que han hecho un hampa de
[la Casa de Gobierno.

Ahora no es el gringo, sino el hijo, abogado
que asentó aquellas glosas que Hernández puso en verso,
y es senador, ministro, presidente
y cualquier otra cosa que dé prestigio y privilegio.

Opera y espectáculo
con personajes de anverso y reverso,
de día caballeros impecables
y de noche vampiros y murciélagos,
en una vida duplicada de etiqueta por fuera
y de chancleta y chiripá por dentro:
capelo, toga, charreteras,
poncho y chambergo;
ceremonias, desfiles, recepciones, discursos,
y el domingo candombe y jaleo.
¿Y habremos de seguir embelesados
presenciando esa farsa de fantoches que entran y salen
[por la tramoya al proscenio?

Farsa de la que tanto impostor se enorgullece
y obtiene aplauso y rédito.
Todo eso está podrido, bien podrido,
podridito hasta el tuétano;
podrido de raíz y hasta la copa
y hay que raerlo,
raerlo de raíz,
y no hay otro remedio.
¿Pero qué he de decirte que no sepas

y lo estés en carne viva padeciendo?
¿Acaso no compartes la suerte de aquellos grandes
[hombres
que hemos echado sin piedad a morir en el destierro?

Si estuvieras aquí, te llevaría a recorrer la Isla
de paisaje apacible y hogareño,
paisaje que se humaniza con la palma
que tiene talle de doncella, y cuerpo
de princesa morena y africana,
y con la ceiba maternal y con el cedro;
tierra de colinas y arroyos, de bosques aromáticos,
todo en tono menor y en la escala de lo delicado y lo
[pequeño.

¿Sabes? Fue este lugar de paz y de poesía donde más
[fiera y largamente
se luchó por la libertad, la igualdad y el respeto
para todos los seres
nativos y extranjeros,
desde Céspedes, Agramonte,
Martí, Crombet, García, Gómez y Maceo
hasta la reciente epopeya de la Sierra Maestra
que expulsó para siempre a los piratas y negreros.

Podrías ver las casas
que han levantado con sus manos los labriegos,
improvisados ingenieros y mecánicos,
agrónomos, veterinarios y arquitectos.
Este vergel, por varios siglos
fue lugar de desdichas y tormentos,
donde los hijos recibían de los padres
la condición de ilotas condenados a trabajar y procrear,
[como animales, para el dueño.

Hubo aquí, hasta hace poco, miserables bohíos que
[albergaban

a ancianos agotados y a chiquilines enfermos,
parias que no tenían ni el pedazo de tierra
estrictamente indispensable para caerse muertos.
Se trabajaba todo el día para un amo
desconocido, despiadado, voraz, lujurioso y violento,
para un puñado de políticos,
de estafadores, perjuros y fulleros
que comerciaban con la patria, con la fe y la miseria,
la desesperación y el desaliento.

Policías, rufianes y soldados
custodiaban los templos,
los Tribunales y las Cámaras, los bancos, los prostíbulos
y las casas de juego.
Todas empresas nacionales
con capitales y gerentes extranjeros,
todo industria honorable
y honorable comercio.

Y cuando sobre la plantación de esclavos blancos
reducidos a la misma condición de los esclavos negros,
nuevos hogares en lugar de establos
se estaban construyendo,
y en lugar de cuarteles hubo escuelas, cooperativas,
estadios, hospitales y huertos,
llegaban día a día las avionetas norteamericanas
a tirar en los cañaverales bombas que lo arrasaban todo
[con el fuego.

Y más tarde, porque siempre había modo
de sofocar los incendios,
arribaron en barcos y en aviones,
por el mar y por el cielo,

hordas de delincuentes
y batallones de asaltantes atraillados como perros
a matar en la noche a seres que dormían
cansados, inocentes e indefensos.

Y andando por la Isla, observarías
centenares de miles de maestros
voluntarios, muchachos y muchachas,
enseñando a leer a adultos analfabetos.
Muchas de esas maestras son obreras
que en las horas de asueto
ayudan a las mujeres en las casas
y a los hombres en las granjas, los talleres y los
[ingenios;

y labran, siembran, podan, riegan, carpen
y hacen otros trabajos inherentes a la misión social que
[están cumpliendo.

A la noche, la cena, algún relato
y la satisfacción de haber vivido el día con provecho.
Estas que son maestras labradoras
también son milicianas que manejan las armas como
[soldados diestros
y que defenderán hasta la muerte
la patria que es ya hogar y no colonia penitenciaria de
[su pueblo.

Contra estas gentes y estas obras
se desató la rabia de los que quieren salvar así del
[comunismo el Hemisferio.

Ese acto vandálico se cometió impunemente
con aquiescencia y beneplácito de casi todos los
[gobiernos,
y cuando voces indignadas se alzaron protestando,
los mandarines y sátrapas del Imperio

*del Dólar, el Banano y el Petróleo
las sofocaron, implorando el pago de esos servicios luego.
América ha tenido que contemplar ese acto de barbaria
con estupor, pero en silencio.*

*Y ahora mismo, cuando el Pentágono prepara
una invasión en masa con sus mesnadas y sus propios*
[ejércitos]

*todavía hay Estados soberanos,
con sus Judicaturas y con sus Parlamentos,
que se disponen a secundar esos planes
en papel de verdugos y testaferros.
Pero esta vez, Pedroni, no les será posible
amordazar y maniatar a los pueblos
y si atacan a Cuba y la destruyen,
como a Numancia y Covadonga, será el fin también*
[para ellos.]

*Esto es lo que tenía que decirte;
nada más, compañero.*

*Desde Cuba, territorio libre de América,
con la consigna: "Patria o Muerte. Venceremos".*

CHE GUEVARA, CAPITAN DEL PUEBLO

Fui a escuchar al comandante Guevara en la plaza Cadenas de la Universidad de La Habana. Hablaría sobre *El papel de la Universidad en el desarrollo económico de Cuba*, tópico que coincidía con el principal objeto de mi viaje a ese país. Empero, más me acució, determinándome a afrontar la posibilidad de permanecer en pie varias horas, el interés por observar y estudiar a este prócer de la Revolución, sobre quien se ha formado ya una leyenda. Era excelente oportunidad para explicarme en alguna forma el hecho, perceptible desde mi llegada a Cuba, de que el movimiento popular de liberación está vigorizado por un *élan* religioso. Yo lo he sentido así, y declaro que no me noto capaz de explicarlo por simple razonamiento sin acudir a un lenguaje que no me es extraño aunque tampoco agradable. Un lenguaje alegórico.

Al presentarse en público iluminado por concentrados focos de luz, la asamblea prorrumpió en un aplauso efusivo que evidenció el fervor que Guevara ha despertado en los jóvenes. Lo escuché con intensa atención, en actitud crítica, para captar en sus palabras y en sus gestos lo que pudiera haber de escénico, ya que la prensa asalariada lo presenta, lo mismo que a Fidel Castro, como a un mistagogo demagógico. Tengo alguna experiencia de esa clase de histriones de la democracia, producto aborigen de nuestras tierras, y cierta pericia de sus artilugios. Mi posición era, pues, de simpatía desconfiada.

Habló con elocución tranquila, sin ademanes ni patetismo en la inflexión de la voz, sin énfasis ni recur-

ses oratorios. Habló con dominio del tema y con seguridad de sí. No se dirigió a un auditorio sino a una familia numerosa: llano, con dignidad. Dijo primeramente cuál era la situación de las industrias nacionales, mantenidas en estado de dependencia con respecto a la producción primaria de azúcar, tal como conviene que sea a los países capitalistas que así estancaron a Cuba en condición de país subdesarrollado. Se refirió asimismo a la falta de técnicos para desarrollar otras actividades que esas del monocultivo, sobre cuyas bases iniciar la liberación del mercado fabril extranjero, y entró en el tema de la función que tuvo la Universidad con respecto a las necesidades de la nación y el pueblo, y de cuál ha sido el provecho que ambos obtuvieron de la enseñanza que a los egresados costó el erario público. Declaró la necesidad urgente de coordinar esa enseñanza universitaria de los tres institutos nacionales con la acción del gobierno revolucionario, empeñado en colocarla al nivel de otras actividades sociales que se le van adelantando.

Pronto lo escuché con unción más que con curiosidad, lo confieso, y lo admiré en su actitud de tribuno de la plebe, docto y circunspecto como un patricio. La palabra engarza perfectamente en la persona: por lo que dice se sabe lo que es. Exteriormente su figura es la de un personaje bíblico que viste uniforme de fajas en vez de túnica; el cabello y la barba intonso enenadrándole un rostro de adolescente fatigado, los hombros altos y el torso aplanado, sin ninguna robustez corporal, y sin embargo, resistente y poseedor de fuerza comunicativa, de dominio sobre los demás. En todo da la impresión de poder más que de fuerza.

He leído después su discurso y he advertido que la fría letra impresa conservaba el influjo suasorio de su voz, y que, efectivamente, como él lo dijo con simple convicción, los dirigentes del movimiento revolucionario "son, sin discusión de ninguna clase, los líderes del pueblo", y que "representan para los amos poderosos todo lo que hay de absurdo, de negativo, de irreverente y de convulso en esta América que ellos desprecian, pero que representan, por otro lado, para la gran masa del pueblo americano (del americano nuestro, del que empieza al sur del río Bravo) todo lo que hay de noble, todo lo que hay de sincero y combativo en estos pueblos llamados despectivamente "mestizos". Verdad fundamental, inciso de un credo efectivamente revolucionario expresado en pocas palabras, pues desprecio tanto como codicia es lo que hay en los dominadores de los indefensos. En la voz de este hombre resuena otra voz más fuerte que habla por su boca, y esto es lo que indigna a los que usan de la palabra para embaucar y difamar. La voz del pueblo —*vox Dei*— pocas veces se oye sino por altoparlantes estridentes, y entonces no es la voz de Dios sino de los megáfonos. ¿Cómo no comprender que la Revolución Cubana es la de los macabeos, y que renueva el lema de su caudillo, de que "quien combate a los tiranos sirve a Dios"? Si han llevado consigo, no tras de sí como los jefes de regimiento, a poblaciones enteras que abandonaron sus hogares por un albur dudoso en que la muerte era lo cierto; si hombres, mujeres y hasta niños han combatido, afrontando los más crueles sacrificios y penalidades, es porque ese pueblo enfervorizado posee la fe que puede trasladar montañas, meter la montaña en la ciudad,

como lo han demostrado los hombres y los hechos increíbles.

Guevara es testimonio de que estamos en presencia de hechos y de seres nuevos, que se apartan de los caminos de recua (pavimentados, por supuesto) y abren una brecha en el monte por donde iban los esclavos fugitivos y los animales acosados. Hechos y seres que revelan a los ojos más escépticos la existencia de un carisma histórico, cualquiera sea el nombre que se le de, cualquiera sea la fórmula con que se le exprese.

Este argentino que es ya americano más que cubano, ha encontrado lejos de su patria, como Jonás, la patria en que cumplir con un gran deber de humanidad. Aquella noche nos dio la explicación, al referirse a la vocación como impulso de liberación en busca de sí en quien está cautivo. (El se refirió a la vocación, sin darle el sentido que para mí tiene de destino.) Su profesión es la de devolver la salud y defender la vida de los demás; y esto es lo que no constituyó en él una profesión sino un destino, al proyectarse en dimensiones continentales. Un saber terapéutico personal se convirtió en una potestad salutífera mundial. Así Albert Schweitzer.

Me preguntaba yo, oyéndolo: “¿Por qué este cubano tan auténtico, este peregrino no habla mi lenguaje de hombre que todavía está retenido por cadenas impalpables; por qué todos los cubanos saben que, positivamente, nació en Cuba? Comprendo que se le obedezca y se le ame como a quien dejó patria y familia para unirse a los suyos, a quien de lejanas tierras vino para cumplir un deber humano tan grande como era el de redimir a una de las naciones más castigadas de la fa-

milia hispánica. Aquí estaba su patria porque aquí estaba su deber. Nuestra patria está donde es necesario que estemos, nuestros hermanos están donde los encontramos esperándonos. Cuba es el hogar de los desterrados, la casa solariega de los huérfanos.

Guevara es un símbolo en su persona y en su vida; representa al hombre liberado tanto como al libertador. Nos enseña que antes que nada debemos liberarnos de nosotros mismos y servir a un ideal y no a un dogma. Hombres así (me dicen que nacieron y se multiplicaron en la guerra) retrotraen la historia industrial a la historia humana; de la noción de guerra entre naciones venales que defienden intereses mercenarios saltamos a la mitología, a la guerra de los ángeles contra los demonios, de la luz contra las tinieblas, a la concepción de “la historia como hazaña de la libertad” (Croce). ¿No fueron derrotados tácticos de escuela y ejércitos motorizados por la fe y la voluntad de vencer al mal? El lema de la bandera victoriosa, ¿no era “vergüenza contra dinero”? *In hoc signo vinces*. ¿Qué intereses defendían los labradores, los nietos de los esclavos de las plantaciones de caña, sino alcanzar para ellos y sus hijos, y para nosotros, una vida honrada de paz y de bienestar? ¿Es que están venciendo hoy, cuando se les incendian implacablemente los cañaverales, o es que están matándose entre sí de rabia, como alacranes con su picadura? ¿No se ha realizado el prodigio de un pueblo entero que se levanta de su abatimiento y mira a sus enemigos con altivez y dignidad? ¿Con quiénes estamos nosotros?

Nunca, hasta los días trágicos que viví en Cuba, entendí sino como blasfemia que se llamara santo “al Se-

ñor Dios de los ejércitos"; pero lo comprendí al contemplar la humildad llena de fuerza de un capitán del pueblo, y al pueblo que es su tropa. Asediado por atentados y sabotajes comprendí que se está librando en el mundo la batalla contra los falsos ídolos; la de los pueblos irredentos contra los déspotas satánicos que mienten y asesinan. Así debieron ser los patriarcas, los jueces y los caudillos, así los profetas, así los héroes de la independencia americana antes de engalanarse con entorchados y charreteras.

Este hombre pálido, de semblante doliente, que abandonó las filas de la marina de guerra para alistarse en las falanges del pueblo, con los campesinos y obreros contra los militares corrompidos, dejó el uniforme de los mercaderes de la patria para combatir por los débiles y los vencidos, transformándolos en poderosos y triunfantes.

Ha sido para mí, cansado y lejos de la patria, un bien reconstituyente platicar más tarde con a quien puedo también yo nombrar Che Guevara. ¿De qué conversamos? De Argentina, de personas, lugares y cosas que ambos conocimos y que están donde estaban. Los dos conservamos de allá una bandera no mancillada que podemos desplegar en cualquier parte. Che Guevara me transmite la sensación de que también yo puedo hacer algo por mis hermanos y mis hijos desconocidos dondequiera que me lleve el destino.

El escritorio está atestado de papeles; sobre una mesita hay un mate con bombilla, especie de amuleto que únicamente conmueve a los iniciados. Rubén Darío lo llamó "calumet de la paz", porque se bebe en común. Es símbolo de la amistad. El mate, que indefectible-

mente nos acompaña cuando hemos partido, es lo último que conserva para el paladar el sabor de la tierra nativa. Nos reconocemos sin habernos conocido. Dialogamos como si bebiéramos mate. No hay ningún desnivel entre su altura y mi pequeñez. Estamos juntos, codo con codo, platicando de igual a igual, pues la condición humana oblitera a todas las otras. En su compañía descanso. Insensiblemente el diálogo toma cariz confidencial y sin advertirlo nos hallamos cambiándonos recuerdos como prendas de amistad. Oigo a un hombre de ingénita sinceridad, llano y transparente, que cautiva entregándose y que inspira seguridad. Guevara olvidó cuanto aprendió y sabe y vive de nuevo una vida que no le pertenece. Ojalá pueda yo hacer lo mismo.

Che Guevara le llama el pueblo que ignora que en guaraní quiere decir "mi" Guevara. Es del pueblo, efectivamente, y se ha recuperado entregándose a él. Huyendo, como Jonás, ha cumplido un deber imperativo. La mano que lo conduce es visible en el camino que anda.

Me ayuda a incorporarme y paternalmente, él que puede ser mi hijo, me conduce del brazo como si cumpliera conmigo su misión de amparar y guiar. Así nos despedimos y no nos separamos. Lo miro fijo para no olvidarlo; abarco toda su faz de Judas Macabeo, y siento en mi brazo una energía que me hace sentirme más libre y más resuelto. Comprendo que debo contar, lo mejor que pueda y en la forma más fiel, lo que me ha sido revelado. Cumpliré ese deber hasta el fin. Le digo: "En sus manos hay muchas vidas, y también us-

ted está en otras manos". Las manos del buen Dios, a quienes sirven, sépanlo o no, cuantos combaten a los tiranos.

MENSAJE A LOS ESTUDIANTES ARGENTINOS

Fermín Luis Meléndez regresa a la patria, después de representar en la Conferencia de los Pueblos, a la juventud argentina, en su carácter de delegado de la Federación Universitaria Argentina. Ha cumplido con varonilidad y altura su misión confraternal, expresando el sentimiento de los estudiantes y de cuantos aman la libertad y la justicia; de cuantos ven en la Revolución Cubana el triunfo de los ideales de paz y de progreso que hermanaron antaño y hermanan hoy a los pueblos de América. Pongo en sus manos esta exhortación paternal a los jóvenes de mi patria, con la certidumbre de que se mantendrán fieles al mandato de los próceres.

Esta es la hora decisiva que anunció Martí, hora de la segunda Emancipación; y en este movimiento de avance, unánime y continental, Cuba es el portaestandarte de las reivindicaciones sociales, la voz vibrante de la nueva ciudadanía, el brazo fuerte de los derechos de las naciones a ser tratadas con respeto y equidad. Sus enemigos pululan en las aguas estancadas del mundo y adoptan las tácticas más diversas, pues les es lícito emplear las fuerzas armadas o las fuerzas morales, el lenguaje de los seductores y mercaderes o la jerga de los juristas y los sacerdotes. Sus enemigos son los nuestros, los tenemos al frente y a la espalda.

Cualesquiera sean las apariencias engañosas del viejo dominio de las Metrópolis sobre las Colonias, tenemos el deber de descubrirlo, denunciarlo y juzgarlo públicamente. Nuestros tribunales están en las calles y las plazas. La consigna es no cejar y no transigir. Todavía los usurpadores usan las investiduras de los jueces, y la opinión pública los ha colocado en el banquillo de los reos de lesa patria. Mienten, pero no pueden engañar. Cuba ha pronunciado en alta voz la sentencia inapelable con sólo una palabra: ¡Mienten!, y ha roto el sortilegio que mantenía en el sopor del desaliento y la postración a los nietos de los mártires que dieron su vida para fundar una sociedad mejor. Al levantarse sola y por el esfuerzo y sacrificio de sus hijos más humildes, Cuba se ha enfrentado al poder de un Estado despótico que pretende tutelar a las naciones soberanas, y exigirles, porque son débiles y pobres, el servicio obligatorio de una obediencia de reclutas. Contra un Estado totalitario que es asimismo verdugo de su propio pueblo. Cuba ha proclamado, con escándalo y pavor de los senescales de la servidumbre, la igualdad jurídica y ética de los Estados al mismo nivel de la de los ciudadanos; ha restaurado el imperio de la dignidad nacional por sobre el poder del arma, el dinero y el látigo. En las Naciones Unidas y en la Organización de los Estados Americanos ha destruido el mito de Goliat y Holofernes, y a los impostores de la libertad y la democracia los ha desenmascarado como verdaderos cartagineses y vikingos de la historia contemporánea.

Cuba ha dado el ejemplo de cómo se conquista una libertad que no lleve marca de fábrica, y ha revelado

con lealtad el alto precio que hay que pagar por ella. En tres años ha realizado una obra inmensa de reconstrucción y se la ha de juzgar por lo que hizo y está haciendo, y no por lo que digan los servicios de prensa del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia. Recuperó los bienes patrimoniales que le fueron arrebatados; reconquistó el ejercicio de sus poderes públicos por el pueblo y para el pueblo; dio la tierra a los agricultores y las fábricas a los obreros; desecó pantanos y construyó millares de viviendas y cooperativas; transformó en escuelas los cuarteles; multiplicó los hospitales y las maternidades; impartió educación escolar y cívica a todos sus habitantes, eliminando en un año el analfabetismo, y, por añadidura, demostró con la prueba que es cierto el apotegma de que la unión hace la fuerza. Fundó para siempre inquebrantable la unidad del pueblo, la nación y el estado socialistas, y se solidarizó con la suerte de todas las naciones y pueblos proletarios del mundo. Los sofismas de los leguleyos no podrán apagar jamás el fulgor de los hechos heroicos y magnánimos, y la historia de Cuba ha sido escrita con sangre, y no con pluma de ganso.

Con Cuba se levantan los pueblos expoliados y humillados, y con ella proclaman su voluntad inflexible de gobernarse conforme a su propia voluntad, de administrar su patrimonio y de decidir su destino. En estos días de fines de enero se han polarizado por gravitación natural las dos grandes fuerzas históricas del progreso y del retroceso. Cuba encabeza el hemisferio del alba, con sus cohortes de jóvenes sanos y resueltos; los Estados Unidos acaudillan el hemisferio del poniente, con la suma de los desperdicios que quedan en la

marcha. Bajo la tiranía del régimen nazifascista redi-vivo, moviliza sus divisiones motorizadas del ejército, la banca, la industria, el comercio, las comunicaciones y la propaganda difamatoria. En la Conferencia de los Pueblos oímos la voz poderosa de los legítimos descendientes de Bolívar y San Martín, de Washington y Artigas, de Hidalgo y Céspedes, de Louverture y Tiradentes, hasta ahora amordazados en sus propios países por los adelantados y corregidores de la nueva conquista imperialista. Porque también el pueblo norteamericano es víctima de ese poderío que pesa sobre sus hombros como un yugo extranjero.

Por contraste, y al mismo tiempo que la asamblea popular de La Habana, en Punta del Este se reunía el serrallo de cancilleres que tuvo la desvergüenza de levantar el telón y exhibir ante el mundo la venta clandestina de las progenituras nacionales por un plato de monedas de mendigos y volatineros. En La Habana hablaron con altivez los ciudadanos de América que quieren para ellos y sus hijos una vida decorosa, sin privaciones y sin miedo, sin espías y sin verdugos; los nuevos hombres y mujeres que han abierto los ojos ante la verdad que le tenían oculta y que han jurado no cerrarlos sino para morir. Tras las cumbres de la Sierra Maestra lució un nuevo amanecer en la historia de la independencia americana, así como en Punta del Este parpadeó el crepúsculo de los dioses.

Cada día renovemos, como una oración patriótica, el juramento de combatir con todas nuestras fuerzas y posibilidades al enemigo común, indecente y astuto, altanero e inhumano, que bajo atavíos de progreso y civilización atesora y perpetúa los residuos de miseria,

* dolor e ignorancia de la historia de la humanidad. Sabemos quién es nuestro enemigo y quiénes militan en su tropa. Opongamos la verdad a la mentira, la razón a la fuerza y el ideal a la venalidad. Coreemos el grito de guerra de Cuba por la libertad: Patria o Muerte. Venceremos.

La Habana, 28 de enero de 1962.

Hugo Gambini,
Bacacay 3829,
Buenos Aires.

Este primero de mayo de 1961 sea la fecha inicial de un movimiento de masas de los trabajadores argentinos para combatir al nazifascismo capitalista. Para destruir al imperialismo plutocrático castrense que, después de agotados los métodos pacíficos de expoliación de los pueblos, ha iniciado en Cuba la última etapa, de agresión militar. Hay que combatir al enemigo universal y a sus tropas de ocupación, armadas o desarmadas, y a sus cabos de órdenes, gobernantes o magistrados traidores. Los trabajadores argentinos deben reafirmar el lema de combate "Proletarios del mundo, uníos", y jurar su solidaridad a muerte con todos los pueblos que luchan por su libertad y dignidad. Con la consigna

de Martí: con todos y para el bien de todos. ¡Viva la República Argentina libre de traidores y de mesnaderos!

La Habana, agosto 10 de 1961

Amigo y compañero David Tiefenberg:

Me ha pedido usted para *La Vanguardia* alguna noticia sobre mi vida fuera del país en los últimos dos años, para trasmitirla a los muchos buenos amigos que dejé en Argentina, y aquí está:

Las tareas que desempeño en la Casa de las Américas, de La Habana, se relacionan estrictamente con la investigación histórica y sociológica que forma parte de las funciones específicas de esta institución. Como director del Centro de Estudios Latinoamericanos he organizado trabajos sistemáticos, de seminario y por equipos, para documentar dos aspectos muy importantes de la vida política de Centro América y del Caribe. Uno sobre el tema "Teoría y Práctica de la Unión de Naciones hispanoamericanas" y otro sobre "Martí y las revoluciones emancipadoras americanas".

He aprovechado los conocimientos y la experiencia de un año de investigación en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, atendiendo un seminario y preparando una obra, contratada por ese instituto, titulado "Se-

mejanzas y diferencias entre los países de la América Latina", que está en prensa. La consulta de más de trescientas obras, citadas en la bibliografía, me han confirmado en la opinión de que a los pueblos de este continente les falta lo que Dewey denominó "conciencia de situación". La aceptación cotidiana, en grandes o pequeñas dosis, de la violencia y la arbitrariedad les ha creado una deformada visión del mundo y de sí mismos que los mantiene en resignada condición de subditos desvalidos, sin que sepan con alguna certeza de quiénes. Resulta, a mi parecer, que la educación para la obediencia data de las primeras reducciones de indios por la Compañía de Jesús, y que cualquier intento de emancipación verdadera, individual o colectiva, resuena por atavismo como un atentado contra la sagrada trinidad: Dios, Patria y Hogar. Pero esta es otra historia, es decir, la etiología de mis jaquecas.

Tanto aquellos trabajos en México como los que realizo ahora en Cuba, han sido hechos con absoluta libertad de opinión, ajustándome estrictamente al estudio imparcial de los hechos históricos y a las conclusiones que a mi juicio se infieren lógicamente de ellos. En México y aquí he tenido completa libertad en la ordenación de las piezas documentales a mi criterio de mayor autoridad, y en la interpretación que con buena fe creo correcta. Mis compromisos en México están cumplidos con la entrega de los originales de la obra que allí se me encomendara, y los que he contraído en La Habana se aproximan a su fin. No sé todavía qué haré más adelante, pues creo que la fase actual del proceso revolucionario reclama la aplicación de todas las fuerzas materiales y espirituales a consolidar el ré-

gimen socialista, atacado con las formas más sutiles a veces y a veces más bárbaras de la agresión directa, de la insidia diplomática y periodística y de la presión del bloque de naciones que obedecen las órdenes de los comandos militares y financieros del Departamento de Estado norteamericano. En esa faena inmensa y pesada yo poco puedo hacer, y mi situación de ciudadano argentino —que no ha renunciado a su ciudadanía, como se propala por ahí—, me cohibe de cualquier extralimitación de mi deber. Yo encontré hecha la revolución y no puedo usufructuarla. De modo que sino encuentro justificada por mi contribución la hospitalidad que se me da, me iré. Entretanto me complace compartir los peligros de este gran pueblo rehabilitado, y correr la suerte de todos.

La tarea cultural es difícil cuando se vive en constante alarma, con el fusil al alcance de la mano, reparando las averías que la desencadenada campaña de sabotajes y agresiones lleva a cabo tenaz y sistemáticamente, bloqueando la Isla y obligando a su población a malgastar la mitad de su esfuerzo constructivo en estar alerta de un ataque sorpresivo o reconstruyendo lo que se les destroza. Ahora mismo se prepara en Miami y en otras bases, una nueva invasión, esta vez —se dice— con tropas y banderas norteamericanas. Con pretexto o sin pretexto, eso se hará con beneplácito de los legistas amantes de la ley del pez. Vale decir que esperamos un ataque por sorpresa del tipo de Pearl Harbor. A vista y paciencia de las naciones libres de Iberoamérica se prepara la destrucción de una gran nación que ha cometido la imprudencia de arrojar de su territorio la plaga de explotadores de la miseria y

la ignorancia que fueron los mejores aliados del capitalismo fascista internacional.

Mis estudios en México me han permitido conocer más a fondo la estructura y el funcionamiento diabólico de lo que entendemos por esa palabra anfibológica, "imperialismo", y puedo asegurar que no se tiene idea de cuáles son sus verdaderas tácticas de dominio, que abarcan desde la compra y alquiler de los magistrados hasta la prostitución por hambre y desesperación de millones y millones de hombres y mujeres reducidos a la condición de animales de trabajo y de cría. ¡Y todavía hay intelectuales que defienden públicamente esa infame aberración, el tráfico predatorio de productos y de seres humanos! ¿Qué saben ellos y qué se sabe de todo eso?

Esta es la vigésima vez que digo que la historia de los países latinoamericanos ha sido escrita por economistas, diplomáticos, políticos y profesores de historia, y no por hombres imparciales y rectos, libres de los prejuicios de clase y de profesión. Vale decir que se la ha reducido a una crónica y a una estadística en que las fechas, los nombres y las cifras reemplazan en un álgebra taimada, a los seres humanos, la humillación, la fatiga, la soledad, el hambre y la muerte. Con la historia de Cuba, de las más patéticas y heroicas de América, el caso es más flagrante, y todavía hoy los lectores de aquellas imposturas académicas leen los sucesos de aquí con ojos estrábicos y daltonianos en calidad de patrañas que les administran las agencias de información. Y dentro de la historia cubana, la biografía o la historia cívica de José Martí, convertido en poeta modernista, en crítico de pintura, en cronista de

periódico y reducido a la estatura promedial de los pobres representantes de la cultura literaria de América. Para extraer de esos monumentos funerarios de yeso polieromados al hombre vivo y valiente, promotor de la revolución emancipadora real de la América Latina, y fuente perenne del espíritu revolucionario, limpio y popular, he venido a trabajar a Cuba, y mi tarea está cumplida en la parte más penosa, que fue reunir los documentos fehacientes de la empresa de ese gran luchador y libertario.

Repito que si encontrara cómo justificar por la eficacia práctica de mi trabajo el pan que como, amasado con el sacrificio de todo un pueblo, me quedará. De no, buscaré dónde pueda ganármelo sin desdoro ni claudicaciones. Pues aspiraciones más fueron, al margen de otras, ocuparme de la vida de los pueblos oprimidos de América y de sus grandes personalidades desfiguradas por intereses extraños a la verdad histórica, como las de Martí y Artigas entre otras. Dos de esas aspiraciones mi destino me permitió cumplir y me falta la tercera. Es posible que en Uruguay pase el próximo año de mi vida —no diré el último—. Lo que debo confesar a mis compatriotas es que a mi país no quiero volver en tanto esté a merced de sus enemigos tradicionales y hereditarios y sólo se columbre la posibilidad de recaer en las formas más ignominiosas de su pasado lejano e inmediato, esta vez por capitulación "tranquila y honorable". Porque lo que en 1806 y 1807 les resultó mal a los abuelos, hoy puede resultarles bien a los nietos que han aprendido a desembarcar de noche y cuando no se calienta aceite en las azoteas. Hay cosas que he podido hacer y cosas que no pude y que

jamás haré. Entre ellas unirme a los que crían sebo allí donde yo he quemado mi vida en una hoguera de pasión encendida para alumbrar un camino en la noche, pero que hasta ahora sólo ha dado humo y cenizas.

Buena suerte, compañeros.

La Habana, agosto 5 de 1961

Querido Barletta:

¿Me publica usted en "Principios" el desmentido que le mando adjunto? Gracias.

De un día para otro estoy esperando poder escribirle largo sobre las cosas de aquí, porque no se pueden contar a la ligera, y el tiempo se me va.

De la patria sólo me llegan las noticias que me afligen, pero sé que se lucha denodadamente contra los verdaderos enemigos del pueblo, y que las mentiras de la Agencia del Servicio de Inteligencia ya sus agentes serviciales no las pueden hacer tragar ni con aceite de ricino ni a balazos.

Hay ya tropa para un ejército rebelde de liberación, pero faltan los jefes con barbas. Me alegra cuando me cuentan que está usted firme en su puesto de combate, y que les da en la cabezota de bodoque con la fusta de "principios". En la cabezota y en el trasero, traidores y monigotes. ¡Bravo compañero!

Un abrazo, el de siempre.

REPLICA A UNA DECLARACION INTEMPERANTE *

Un grupo heterogéneo de escritores uniformados en el propósito de dar curso a especies, desmonetizadas ahora, de la propaganda denigratoria de la Revolución Cubana, ha firmado una proclama de contenido y de forma impropios del atributo que invocan, de intelectuales argentinos. Algunos de esos nombres han salvado las fronteras de la fama local; y no obstante que sería en descrédito de sí mismos y de la causa que defienden el que se divulgara en otros territorios del habla, creo es mi deber subrayar, simplemente, las más notorias inexactitudes del libelo. A. Borges, Mujica Láinez, Mallea, Bioy Casares y conmitones me dirijo.

Señores intelectuales argentinos defensores de la "democracia" norteamericana contra la "tiranía" cubana: Cuando la declaración que ustedes firman fue propalada, ya el presidente de los Estados Unidos, John

* Este es el texto del manifiesto de intelectuales argentinos al que responde dignamente Martínez Estrada:

"Los últimos acontecimientos de Cuba son un episodio de la guerra entre el mundo libre y el mundo esclavizado. Detrás de Fidel Castro están las fuerzas que se proponen someter todos los pueblos a la monstruosa uniformidad del régimen soviético. Nuestro deber de intelectuales es alentar la constante y misteriosa voluntad de la especie humana que quiere que las naciones y los individuos se hallen a sí mismos y logren su cabal perfección en la diversidad de sus caracteres.

Presentar los hechos de Cuba como una prueba del imperialismo norteamericano es una trampa que se tiende para

Kennedy, había revelado con cínico impudor a la faz del mundo, su participación personal en las operaciones secretas del Departamento de Estado para invadir a Cuba con tropas mercenarias. Para entonces se sabía que instructores y técnicos norteamericanos prepararon clandestinamente en Puerto Rico y Guatemala a los esbirros embarcados en Nicaragua que habrían de consumar el acto vandálico de asaltar a Cuba, custodiados por aviones y destroyers de los Estados Unidos.

No había ninguna incertidumbre, cuando ustedes firmaron la declaración de principios, de que ese acto era una brutal violación del derecho de gentes, de los tratados internacionales sobre el respeto a la soberanía de los Estados y al sentimiento universal de la moral pública. Ustedes califican ese hecho vandálico de "un episodio de la guerra entre el mundo libre y el mundo esclavizado", lo cual es evidentemente cierto, aunque no como ustedes lo creen. Tienen ustedes en la cámara fotográfica de sus cerebros la imagen invertida del mun-

que los ingenuos caigan bajo el imperialismo ruso. Cuba tiene derecho a volver al mundo de la libertad, para que se cumpla su destino de nación independiente, destino imposible en el mundo soviético, que le ofrece la suerte de Polonia, de Rumanía, de Checoslovaquia, de Bulgaria, de Alemania Oriental y de Hungría.

No apoyamos una causa antirrevolucionaria y antiamericana; todo lo contrario. Quienes heroicamente luchan hoy contra Fidel Castro son los mismos que ayer lo acompañaron en su lucha contra el predecesor de la tiranía. Nos hallamos ante una revolución traicionada. La democracia representativa ya no existe en Cuba; las elecciones que el plan revolucionario prometió no se convocaron; los partidos

do, de la libertad y de la esclavitud. De manera que cualquier razonamiento para disuadirlos debiera comenzar por una reacomodación de los aparatos a la realidad, y ésta es una empresa posiblemente inocua. No puedo pretender enseñarles a ver, suponiendo que estén ustedes equivocados, pero es innegable que desconocen ustedes la historia de Cuba, la de la Revolución y la situación actual del pueblo cubano y de su órgano de acción que es el gobierno revolucionario. Que atribuyan ustedes a defecto lo que es precisamente la razón de ser del sistema socialista implantado en Cuba, y al Primer Ministro doctor Fidel Castro funciones de dictador, todo eso está en la concepción de la sociedad y del Estado que se han forjado ustedes en la experiencia de la historia nacional.

Es para mí penoso repetir que los textos oficiales de historia en nuestro país, y en todos los de su tipo, han deformado la imagen del mundo aun en ciudadanos de talento. No tienen ustedes experiencia de lo que es un

políticos fueron suprimidos con excepción del comunista; en nombre de la Reforma Agraria se procede a implacables confiscaciones estatales; la libertad de opinión ha sido abolida (diarios, radiotelefonía y televisión son instrumentos del gobierno); se han cerrado algunas Universidades y se han militarizado las restantes; a los profesores, periodistas y miembros de numerosas profesiones liberales, que no se sometieron al comunismo, no les ha quedado otro camino que el destierro, el silencio o el paredón de los fusilamientos. Ninguna retórica antiimperialista puede ocultar estos hechos.

Apoyamos a los cubanos que luchan contra la tiranía de Fidel Castro y que, hoy o mañana, recuperarán su patria y su dicha y restituirán a sus hijos la dignidad de ser hombres".

pueblo que ejerce la soberanía delegada por lo regular en traidores y farsantes, ni qué es un líder popular cuando encarna la voluntad general verdadera como instrumento de ella y no como promotor. Es dudoso que ustedes hayan pensado con buena fe en estos temas. De lo que no hay duda es de que ustedes han procedido por decisión espontánea, y que el servicio secreto de la Agencia Central de Inteligencia no los ha estipendiado para la propaganda. En esto son ustedes bisoños e incautos: ellos tienen amanuenses más astutos y, en definitiva, han desacreditado ustedes la ideología liberal de la democracia del dólar y del acorazado.

La carga que se les puede llevar a ustedes con éxito por el flanco de izquierda, también se les puede llevar con igual resultado, por el flanco de derecha, pues esa posición ostentosamente reaccionaria y mal encubierta por un vocabulario liberalizante, ya no la defienden ni los lugartenientes intelectuales del capitalismo. Usan ustedes una fraseología macarthysta que equivale a esos trucos de prestidigitación que el público conoce y puede realizar sin entrenamiento. Pelean ustedes con espingardas contra nuestras ametralladoras de último modelo, y yo no me ensañaré usando de esta ventaja. Mas, si reaccionaran ustedes contra mi indulgente prevención de que están en un culpable error, les demostraría que piensan ustedes como los librepensadores. Les aconsejo a este respecto, la lectura de algún libro de Benda, por ejemplo "La trahison des clercs", que fustiga a los sofistas, a los contorsionistas e histriones de la inteligencia y, sobre todo, a los escritores que creen que pensar con inexactitud no es una inmoralidad.

Piensen ustedes como los lectores de historias fantásticas y de periódicos de la prensa en cadena, y tienen del socialismo una idea de curas párrocos. Es increíble que algunos de los buenos escritores argentinos sean crédulos lectores de los infundios elaborados concienzudamente en los laboratorios de la Agencia Central de Inteligencia. Esta palabra, fascinante de por sí, los ha ofuscado, pues pertenecen ustedes a la "intelligentsia" de la oligarquía, o sea el despotismo ilustrado, y hallan inteligente lo que ese organismo de perversión espiritual prepara como barbitúricos para los esclavos libres del fascismo imperialista.

Además de esta ignorancia orgullosa con que declaran ustedes, a cara descubierta, que ignoran en qué mundo viven, en qué hora de la historia universal y de Latinoamérica, y hasta la historia del capitalismo y del socialismo, que aquí, en Cuba, territorio libre de América, conocen ya hasta los niños, hacen ustedes, pública confesión de pertenecer mentalmente a las huestes laicas del Vaticano y el Pentágono, al fanatismo religioso laico y a la barbarie militar. Más que con un deber de intelectuales burgueses liberales cumplen ustedes una consigna secreta del Santo Oficio y del Comando Supremo, que antes tuvieron Prebostes de la Hermandad y ahora escribas y fariseos de péñola.

No intento polemizar, sino cumplir como ustedes un deber de veracidad, pues se han colocado ustedes en un terreno que no conocen y han abierto la guardia con tan olímpico desprecio del instinto de conservación, del buen sentido y de la honradez intelectual, que ustedes mismos se han puesto fuera de combate por el uso insensato de sus propias armas. ¿Es posible el manejo

tan desenfadado de las ideas y las palabras? Mencionan ustedes las repúblicas populares, como reductos del imperialismo soviético, y nombran sin conciencia de lo que esos nombres representan hoy en la historia, a Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Alemania Oriental y Hungría. Callan, porque sería de veras una ignominia mencionarlos siquiera, los reductos penitenciarios y de torturas de España, Portugal, la República Dominicana, Puerto Rico, Haití, Guatemala, Nicaragua y esos otros países en que la gendarmería norteamericana sostiene y subvenciona a los Poderes Públicos y los Estados Mayores que encarcelan y ametrallan a sus pueblos con el beneplácito de los intelectuales que permanecen "au dessus de la mêlée".

Les recordaré solamente dos párrafos, de elocución macarrónica por añadidura del libelo difamatorio que con "mucha honra" y poco esfuerzo han dado ustedes a luz. Dicen: "Nuestro deber de intelectuales es alentar la constante y misteriosa voluntad de la especie humana que quiere que las naciones y los individuos se hallen a sí mismos y logren su cabal perfección en la diversidad de sus caracteres". Este párrafo, que es impropio de un escolar presuntuoso, y que además adolece de la retórica anfibológica de las alocuciones demagógicas, es testimonio o testamento que el historiador de la cultura y sus derivados, mañana no deberá olvidar. Quizás ustedes mismos se avergüencen y arrepientan de éste y de los demás exabruptos de la declaración. Háganlo o no, debo decirles que registran ustedes en ese documento una mínima en la curva descendente del pensamiento político argentino, y me confirman en mi vieja certeza de que la "intelligentsia" de ese país, cuyas

desdichas ustedes acrecientan con impávida irreflexión, está afectada de la dolencia endémica que Groussac definió como atrofia de los órganos pensantes. Es imperdonable que quienes invocan su carácter de intelectuales sirvan de aparato registrador de las fallas constitucionales de la cultura de librería. ¡Pobre país cuyos guías no son "dictadores" del tipo de Fidel Castro sino ciegos y sordos como ustedes! Insistiendo en la frase: la "constante y misteriosa voluntad de la especie humana", o no tiene sentido o es precisamente todo lo contrario de lo que ustedes creen representar y encarnar como defensores de una ideología medioeval que se empecina en acusar ante los tribunales de la Inquisición a los herejes. Lo que ustedes atacan como voluntad de la especie humana es su afán por liberarse de los impedimentos a su desarrollo —ya en el mito de Prometeo— sean de naturaleza económica y política empleados por los colonizadores de plantaciones, o por los embozados predicadores laicos de la Compañía de Jesús. No sea que por oponerse al socialismo se recluten ustedes en las huestes de Ignacio de Loyola.

El otro párrafo dice: "Presentar los hechos de Cuba como una prueba del imperialismo norteamericano es una trampa que se tiende para que los ingenuos caigan bajo el imperialismo ruso". Defienden ustedes el imperialismo norteamericano justo en los días en que exhibe sus entrañas gangrenadas, y dan vuelta como un guante, para presentar la verdad por el revés, a esta otra frase, exacta, cabal y en uso por el hombre de la calle: "Los hechos de Cuba se presentan como coaccionados por la Unión Soviética como trampa que se tiende para que los bribones y los incautos caigan en las

redes del imperialismo norteamericano''. Esta sí es la verdad, que ustedes ven cabeza abajo.

En fin, esa declaración con la que desengañan a los aficionados a la literatura de imaginación que creyeron que pertenecían ustedes a la intelectualidad argentina —a la alta, por supuesto—, deja la convicción de que ignoran ustedes cómo se vive, se trabaja, se estudia y se construye sobre las ruinas de un régimen ominoso un nuevo mundo de paz y de confraternidad en Cuba. Yo estoy aquí y lo veo. No comprendo que se pueda impunemente ofender la verdad y la santa causa de la redención de los pueblos sino por el método que ustedes usan de desnaturalizar el sentido real de las palabras y con ello de la verdad. De aquí ha vuelto a la Argentina, después de una breve estada y de haber visto parte mínima de esta empresa increíble de rehacer desde sus bases una sociedad, un escritor que perteneció al grupo de "Sur". Podrían ustedes haber conversado con Bianco que salía ciego de las tertulias en que ustedes malgastan la vida y el talento, y ha vuelto con los nuevos ojos que da la revelación directa de la verdad. El les dijo lo que vio, y ustedes, también como a otros, le dieron vuelta a la espalda y le cerraron las puertas para que, en los umbrales de la vejez, se gane el pan con el sudor de su frente redimida. ¿No son ustedes los centuriones intelectuales que crucifican al que defiende de corazón todo lo que ustedes defienden de palabra? De veras que el imperialismo fascista del Pentágono y del Vaticano no tienen vigías y avanzadas más perjudiciales a su causa perdida que quienes se alimentan de sofismas, los degluten, los expelen y después duermen en paz.

ANVERSO Y PERVERSO

La Comisión Argentina de Auspicio de la Conferencia Latinoamericana de México publicó una proclama, el 18 de abril último, inmediatamente de conocida la invasión de mercenarios a Cuba, donde exponía que "El gobierno de los Estados Unidos es el único responsable ante todos los pueblos del mundo y, especialmente, ante los pueblos latinoamericanos, por la sangre que hoy vierte el pueblo cubano. Esta criminal invasión está dirigida a reconquistar los intereses de los monopolios yanquis nacionalizados por el pueblo cubano, después de soportar durante muchas décadas la opresión, la incultura, la amoralidad y la succión de sus riquezas y del esfuerzo de su pueblo". Más adelante definía: "Al defender a Cuba defendemos nuestra propia soberanía, nuestra autodeterminación y el derecho a construir nuestro destino de argentinos, sin interferencias imperialistas".

Firmaron la proclama el ingeniero Alberto T. Casella, ex presidente de la Universidad Nacional de La Plata, y los vocales de la Comisión, señores Alejandro Clara, Bensión Curiel y Alejandro Gómez, este último ex vicepresidente de la República desplazado por Frondizi.

Ese es el anverso. Por detrás ocurre que el diputado nacional del Parlamento Argentino, al que se dirigieron aquellos buenos patriotas, Agustín Rodríguez Araya, visitó a Cuba de incógnito —pues nadie se enteró, ni fue agasajado— en una incursión relámpago de dos días. De regreso a su idílico país, hizo a la UPI, en Caracas, declaraciones en que afirmaba: "quienes se atreven en Cuba a defender a los presos políticos deben

jugarse la vida, esconderse o asilarse en las embajadas..." "He presenciado la agresión a un ciudadano por milicianos, a quienes le hicieron disparos de metralla, cargando luego al perseguido en un jeep, e ignoro si está vivo o muerto..." "Lo que a mí me extraña es que políticos argentinos que han estado en Cuba, hayan podido dejarse engañar habiendo vivido en la Argentina desde 1930 a 1960".

Rodríguez Araya es prósbita: ve bien a lo lejos y mal de cerca. En 48 horas vio en un país lo que en su país no ha visto en 48 años. Como parlamentario no vio, ni ve todavía hoy, que en las comisarias, cárceles y cuarteles se tortura a los detenidos, se los condena sin juicio y por un organismo policíaco, el SIDE o el DIPPA, y que de allí se los traslada, siempre sin fallo judicial, a las prisiones de Ushuaia o del Chaco. A vista y paciencia de la Legislatura, del Poder Judicial y por mano del Poder Ejecutivo funciona el órgano denominado con la sigla CONINTES (plan para la Conmoción Interna del Estado), cuya misión es producir actos de terrorismo y encarcelar arbitrariamente a los supuestos responsables. Muchos de esos casos han sido denunciados por la heroica Liga Argentina por los Derechos del Hombre, en sus Informativos y folletos, como los titulados "Navidad sin presos", "La farsa sangrienta del terrorismo", "Ley de Amnistía, clamor nacional", "¡Vuelve la 4144! (ley de Residencia), agresión nazi a la cultura", etc., etc., sin otro resultado que la clausura de la institución, el allanamiento del domicilio de las autoridades y su orden de arresto. La Policía Federal, el Ejército y los organismos creados para la represión de la decencia cívica funcionan sin

que el diputado Rodríguez Araya se haya enterado de los atropellos que cometen contra las leyes y la moral. La LADH ha publicado periódicamente la nómina de los detenidos y condenados por disposición del Plan Conintes, sin intervención judicial, que suman centenares. La lista de las últimas víctimas se publicó en el Suplemento Extraordinario del Informativo número 35.

Rodríguez Araya, sordo y mudo, ciego e insensible a lo que ocurre a su alrededor, repitió al llegar a Buenos Aires el grito final de la entrevista de Caracas: "Cuba es un infierno". Sentencia propia de un ángel del gobierno policial argentino que está acostumbrado a vivir en el Paraíso y a oír el hosanna que elevan los presos todos los días al amanecer.

OTRA VEZ SOBRE LAS LENTEJAS

La noticia transmitida por la Associated Press (A/P) a diarios de Argentina, afirmando que había ya decidido adoptar la ciudadanía cubana, es falsa. Esa noticia ha causado sorpresa únicamente en dos sectores de la opinión pública: el de la gente humilde que entiende que eso no se debe hacer, y el de los que creen que eso puede hacerse sin salir del propio país, y más cómodamente fuera. El resto de la población, la que prospera y pernocta en el país, vive indiferente a estas pequeñas cuestiones de registro civil.

Aquella pobre gente todavía se aferra a su nacionalidad, aunque le haya sido enajenada, y se hace matar en las calles por que no le quiten lo que al fin no es suyo; y esta otra halla muy natural que se cambie de ciudadanía como se hace con un coche viejo por otro

de último modelo. La noticia ha sido fraguada con alguna intención, y no merecía el trabajo de transmitirla, de no ser porque lleva dosificada sutil carga de escándalo, y porque está adecuada al consumo obligatorio de especias enervantes que se le administran diariamente al pueblo que lee y escribe para que aborrezca lo que debe amar y defienda lo que debe destruir. En países de cepa inmigratoria como el mío, el sentimiento de la nacionalidad, el patriotismo cerril, suele ser un arma de conquista, la que primero aprende a manejar el advenedizo. El inmigrante aventurero toma posesión de la patria como toma posesión de la tierra, y desde entonces declara extranjero a quien se le opone como a invasor que es. En países así invadidos, que hacen de la nueva patria título de propiedad, la pérdida de la ciudadanía suele operarse por el pase insensible de un estado de soberanía más o menos nominal a otro de servidumbre más o menos manifiesta. Para ellos la transferencia pacífica del patrimonio nacional es una restitución de bienes a los dueños ausentes, de los que se consideran legítimos herederos, y se encuentran cómodos cuando el aborigen y el criollo bien arraigados son declarados fuera de la ley y de la ciudadanía. El ciudadano no necesita molestarse en ningún trámite consular, porque puede acontecer que de la noche a la mañana sea vendido en calidad de bien semoviente, tal antaño los siervos de la gleba. Para operar esa transferencia de la soberanía y del patrimonio nacionales al dominio extranjero, no es menester hoy la invasión del territorio y la usurpación de los poderes públicos desde fuera, puesto que ello puede realizarse desde dentro por la impostura, si deja en pie

las instituciones y las leyes cambiándoseles simplemente la finalidad y la función. La anatomía del Estado queda intacta o, con otras palabras, queda a salvo la gramática de las cosas y se falsea únicamente la semántica, que es asunto exclusivo de doctos y lingüistas. Pero los pueblos ignoraros no entienden de esos artilugios y siguen amando tercamente a su tierra como a sus padres y a sus hijos.

No he de entretenerme en escarbar en este terreno de la venalidad patriótica, o de la simonía que negocia con objetos sagrados como con mercancías de bric-à-brac; sólo quiero aprovechar el caso flagrante de una noticia falsa que me afecta personalmente, para referirme al tan desacreditado oficio de amanuenses del capitalismo, a los soldados civiles de la guerra fría cuya misión es ofuscar, ablandar y corromper. Desde Fouché y Talleyrand la ciencia oculta de pervertir en masa ha hecho siniestros adelantos. Rosenberg y Goebbels hicieron de la impostura una razón de Estado y un deber ético: diré, con franqueza, una prostitución sagrada. De prostitución por el espíritu. Desde que implantaron la táctica científica de usar de los reflejos condicionados ensayados por Pavlov en el instituto canino de Leningrado, y de la sugestión masiva y obsesiva de la propaganda comercial norteamericana, el mundo de los lectores de periódicos degradó a un nivel inferior al de la barbarie analfabeta. Creado el reflejo, hasta que el lector perciba uno de los signos clave, por ejemplo la palabra *comunismo*, para que comience a secretar saliva y bilis, deje de razonar y voceare o caiga en estupor.

Se usó de la inteligencia para su propia destrucción; se fundó una nueva fe en la palabra fementida de los órganos de empresa, y se puso en circulación legal la deslealtad y la mentira. El primer paso, dice Guglielmo Ferrero, lo dio Napoleón, el primer corruptor sin ambages de la moral pública. Más de un siglo después, deshecha la máscara teutónica del nazismo, siguen funcionando aún con no menor eficacia los mecanismos de embrutecimiento e inmoralidad con que se suplantó la ignorancia del que nada sabía con la ignorancia del que todo lo sabe mal. Al triste estado de ignorar la verdad sucedió el pavoroso bien de conocer únicamente ese perfil desnaturalizado de la verdad que es la mentira. Y la mentira ha llegado a ser el arma más terrible del parque de los ejércitos de seducción y castra en la guerra fría.

Pero juntamente con esa ciencia de pervertir el pensamiento y por la misteriosa enantiodromia que descubrió Heráclito, se ha descubierto el arte de leer, como en los palimpsestos, el texto obliterado de la verdad: el arte sutil de desenmascarar las supercherías, que está latente en el instinto de salvación del animal humano. Y esos estafadores de la ingenuidad de las gentes crédulas, se encuentran frente a sí mismos descubiertos y puestos en la picota del ludibrio y el repudio de la conciencia pública. Verdad es que cuando no pueden embaucar torturan y proscriben, y que sólo les quedan ya los recursos de la fuerza bruta y de la amenaza de destrucción en bloque de la vida en la tierra. En esa tarea están juntos los fabricantes de armamentos y de imposturas, y en su pro cuentan con fuerzas prehistóricas y ancestrales. El empleo de la mentira como sis-

tema y como dogma llega a surtir el mismo efecto de la verdad en los espíritus lábiles al fanatismo, la pereza y la crueldad, que ahora se explota por tenebrosos sabios de laboratorio. Productos de ferretería y de farmacia.

Hoy le es imposible al individuo atareado el compulsar por sí mismo lo cierto con lo falso, lo verdadero con lo mendaz, pues no dispone del ocio y de la información ilustrativa indispensables. Se abandona de buena fe, o porque no tiene escapatoria, a lo que se le dice y se le predica con autoridad, y por eso la mentira periodística es un crimen intelectual y moral en opinión de Simone Weil. Un crimen que se perpetra diariamente en escala mundial, e impúnemente.

U. S. A. UBER ALLES

No es posible entender la historia de los países latinoamericanos, particularmente de la región del Caribe, sin tomar en cuenta que se trata de un territorio de esclavatura, en que el factor humano como tal casi llegó a perder su significación específica. Si los norteamericanos nos consideran inferiores, es porque esa idea feudal se inculcó tanto en ellos como en nosotros traumatizándose en sendos complejos que nos impiden entendernos. Los conquistadores tenían sus cronistas y amanuenses, también indígenas y mestizos, y las cosas a este respecto también han cambiado poco.

Historiadores y estadistas afiliados a esa secta fanática de dominadores, consideran que los métodos de vasallaje sobre estas tierras y gentes pueden ser otros que aquellos que dinamizan la vida interna de los paí-

ses que han alcanzado amplio desarrollo económico y espiritual. Los intelectuales, por lo regular de formación exótica, comparten los prejuicios de los aventureros, y hasta en los países expoliados defienden los intereses y finalidades de los expoliadores. Intervienen muchos coeficientes, como el de la inercia mental, mas es indiscutible que también los deslumbra el montaje espectacular de los conquistadores, y que por eso muchos de ellos defienden la justicia personal aunque no la justicia social. Me sugiere estas reflexiones el hecho de que el ataque criminal a Cuba, el último de otros, no ha encendido en el continente la indignación que habría provocado, creo, un atraco callejero.

El concepto de naciones proletarias, que engloba la totalidad de las actividades de los ciudadanos sometidos, es muy reciente y no ha sobrepasado el sector de los pensadores revolucionarios. Comparada la "conciencia de situación" de los americanos de hoy con la de hace siglo y medio, percibimos una degradación de carácter moral. La atribuyo a que la política de dominio ha contado, como agente adicional, con la educación de los pueblos para la servidumbre. Esta es, en resumen, la más tenaz resistencia que se encuentran los países subdesarrollados en su camino de superarse y emanciparse. Del poderío americano se ve únicamente lo que es simple y mecánica conquista del género humano en su esfuerzo civilizador, y se ocultan o no se perciben los aspectos, no menos sensibles, de la brutalidad de un vasallaje que va implícito en la división del mundo en dos hemisferios: el de los vencedores que imponen su voluntad, y el de los vencidos que deben acatar sus

decisiones bajo condena de ser castigados y, llegado el caso, diezmados. Esto era propio de la Trata.

La historia de los países colonizados no puede ser entendida con los mismos preconceptos de los colonizadores, y la mentalidad de los historiadores que interpretan los hechos desde el punto de vista de éstos, es una función retardataria tanto más grave cuanto afecta a la inteligencia, que es instrumento indispensable para cualquier liberación. El cuadro que presenta la élite intelectual de los Estados Unidos, perfeccionada dentro de un círculo vicioso, es sinceramente deplorable. A este respecto la liberación de sí mismos es en ellos más difícil que la nuestra. Pero ellos pueden perseverar sin contratiempos inmediatos en su mentalidad sin horizontes y nosotros no. Los elementos históricos de los países coloniales, especialmente la zona del Caribe en América, son otros que los europeos incorporados a su filosofía feudal por los norteamericanos. Comunes denominadores de esa historia, mucho más americana que la otra, desde el descubrimiento hasta hoy, son la trata, el filibusterismo y el contrabando. Estos temas pueden ser episódicos en una historia política y militar, pero son esenciales en una historia social. Sus rizomas se extienden por todo el continente y afloran en la psicología de los gobernantes y los líderes. Vale decir que los países conquistados por España, Portugal, Gran Bretaña, Francia y Holanda fueron factorías y no han dejado de serlo. Ni en los hechos ni en la concepción del mundo de los panegiristas de la conquista, sea en una u otra forma.

El filibusterismo ocupa los siglos XVI, XVII y XVIII: pero desde entonces lo que cambia gradualmente son

los procedimientos y los argumentos, no las situaciones estructurales. El comienzo del comercio continental, como el de Asia y Africa —cuyo parentesco y semejanza de destino vamos comprendiendo poco a poco—, ha sido la piratería y la trata, con su apéndice el contrabando. Esta historia se suelda y confunde con la de las grandes empresas capitalistas, una vez que la flota de bucaneros se convierte en las dos Compañías de la Indias Orientales y de las Occidentales, en que monarcas y magnates de la nobleza y de las finanzas tienen las acciones principales. El libro "El Filibusterismo", de J. y F. Gall contiene una reseña de las actividades de ese tipo. Nos presenta la metamorfosis de los barcos y tripulaciones piratas a flota mercante y de guerra al imperio y el almirantazgo. "El campo de acción de la piratería —dicen allí los autores— se extendió comprendiendo tres zonas: 1) las Bahamas (Antillas), demasiado peligrosas desde la alianza franco-española, por lo cual fueron abandonadas por los piratas; 2) la América del Norte, de Nueva Escocia al río Savannah en Carolina del Sur; 3) el Mar Rojo y la Costa Malabar. La gran novedad fue ese desplazamiento de los sucesos del filibusterismo hacia el continente asiático. Los piratas tenían siempre sus bases en América del Norte, pero se aventuraban hacia la India. La América del Norte era un mercado mucho más vasto de lo que habían sido las Antillas." Se sabe que la isla de la Tortuga era el apostadero de los bucaneros, y que la primitiva organización industrial de la piratería fue la "Cofradía de los Hermanos de la Costa". Ya era una organización mercantil-capitalista.

La British East India Company, fundada en 1600,

con la intervención de Sir Francis Drake y con el patrocinio oficial de la reina Isabel, insensiblemente en todo sentido pasa de la piratería al comercio regular interoceánico; y lo mismo ocurre con la Compañía de las Indias Occidentales. La nobleza británica era accionista, y se otorgaban títulos nobiliarios a los filibusteros más descollantes, nombrándoselos almirantes y gobernadores. Muchos pares son de esa sangre. Los virreyes acumulaban metales preciosos y productos con el sacrificio de millones de esclavos, y los ingleses, los franceses y los holandeses los trasbordaban en alta mar con menos fatiga y deshonor.

Como la historia inglesa por los ingleses, la de los Estados Unidos ha sido escrita por apologistas de la dominación de las naciones débiles por las poderosas; pero aparte esa concepción imperial de la civilización, que arranca de asimilar la historia moderna con la romana y medieval, existe otra historia, que podemos llamar secreta, a la que me estoy refiriendo. Sobre ella se ha colocado una hoja de parra. Compra de territorios con sus habitantes o incautación de ellos por la fuerza, son los dos métodos antiguos de aumentar el poderío, y los argumentos en su pro varían según las circunstancias. Entre todos los países predatorios, España es, al fin, el único que no ha transvaluado en honra el crimen y el despojo. Y así como paralelamente a los grandes hombres que sin disputa ha producido Norteamérica y que labraron la verdadera grandeza de ese país, una pléyade no menos insigne de pioneros "bandeirantes" ha labrado su grandeza material. Ya dijo Thoreau, tomando una frase de Jefferson, que el pueblo americano había realizado su obra de progreso

a pesar de sus gobernantes. La historia confunde a unos y otros y son distintos —tampoco son conjugables—, como distinta es la historia de los adelantos técnicos y mecánicos de la de los bandidos y piratas. A la dinastía de los Emerson, Fulton, Poe, Graham Bell y Edison se contraponen la de Polk, Grant, McKinley, Th. Roosevelt, Cutting, Blaine y muchos otros. Wendell Phillips, encomiado por Martí, es, sin duda, un ejemplar norteamericano; pero también lo es William Walker. Del patrimonio inglés que nacionalizan los Estados Unidos, la piratería y sus tácticas son un lote. No se avergonzaron ni renunciaron a él, sino que lo acrecentaron con todo el instrumental tecnológico que manejan con pericia y astucia. Lote en definitiva degradado pero que tuvo preclaros orígenes: Francisco I, rey de Francia, instituye la piratería como flota del Estado y la integra en la economía fiscal, entendiéndolo que era un recurso legítimo el de participar en esa forma del esquilmo que sus congéneres realizaban con el beneplácito de Su Santidad, “pues no se consideraba desheredado de Dios”. Adoptada la razón de Estado por Isabel de Inglaterra, Sir John Killigrew, fue el primer organizador racional del comercio interoceánico de piratería, que fundó con miembros de su familia la primera sociedad por acciones para su explotación. Luis XIV siguió la misma política, y también Cromwell. Es natural, pues, que los Estados Unidos se consideraran derechohabientes de Inglaterra y de Francia en el Caribe, cuando ambas naciones pierden Nueva Inglaterra y Haití, que era la llave marítima del dominio de las Antillas y Centroamérica. En ese juego siniestro de transferencia y arrebatos de posesiones, los españoles pueden

alegar que España fue la potencia naval que representaba el derecho y hasta la clemencia para con los indígenas y los esclavos negros, pues sus rivales extremaban la ferocidad y la rapacidad, incendiando y saqueando ciudades costeras, pasando a cuchillo a las poblaciones e imponiendo el terror como sistema de dominio. Estas naciones tienen todavía posesiones en América, presas de esas correrías. Las Guayanas, mucho más que otras posesiones (Belice, Jamaica, Trinidad, etc.), son territorios cercenados a Venezuela y Brasil, testimonio de que el derecho ha consagrado la conquista de la violencia. Con un matiz de diferencia formal, la mitad de México es arrebatada en un acto de la misma especie, y Puerto Rico, que “ingresa como Estado-asociado en la Unión”, más Santo Domingo, Haití, Nicaragua y Guatemala integran tanto el mapa de los Estados Unidos como el de la piratería. Toda argumentación en contrario es especiosa, y corresponde a la historiografía de los panegiristas del despojo.

El último de los filibusteros, equipado y patrocinado por el gobierno estadounidense —el caso de Cuba pertenece a la etapa de la piratería de guante— fue William Walker, típico espécimen saxoamericano: médico, abogado, periodista, diputado, orador, militar y corsario. La biografía de este bandido, que llegó a ser presidente de Nicaragua manu militari —como otros— y tuvo el reconocimiento del gobierno federal, es un pionero auténtico de la historia del expansionismo norteamericano. Realiza lo que otros predicán; prosigue la empresa iniciada en Texas de incorporar nuevos Estados a la confederación esclavista del Sur, y mereció el título de benemérito de la Nación, como Teodoro Roo-

revelt, W. Wilson, Elihu Root, J. B. Kellog y C. Hull merecieron el premio Nobel de la Paz. El objeto de mencionarlo aquí es establecer la unidad de doctrina y de conducta de los Estados Unidos con respecto a la política de Francisco, Isabel y Luis XIV, una vez desplazadas las naciones europeas de América (de ahí la doctrina de Monroe). En lo sucesivo, la piratería toma diversos nombres, y se encubre en organizaciones financieras, económicas y culturales según la pauta de Sir John Killigrew. Allí donde se enseña a respetar a individuos de ese jaez, y más todavía si se los califica como contrafuertes de la nacionalidad, los ciudadanos no pueden discernir lo auténtico de lo falso, lo correcto de lo incorrecto, lo justo de lo injusto. Podrán adquirir vastos o profundos conocimientos, pero carecerán de sensibilidad moral, y si se los prepara para dirigir la suerte de los Estados pueden alcanzar la dimensión de una calamidad pública e internacional. Los hombres de Estado norteamericanos han sido forjados en una mentalidad hierática y escolástica de ese tipo, transmitida por la "circulación de las élites" y alentada por la marcha sin freno que ellos llamaron "la marcha hacia el Oeste" (que es también la marcha hacia el Sur). Hoy es casi imposible destruir o ablandar siquiera esa mentalidad cristalizada por la prédica cotidiana de la prensa y demás órganos de presión sobre la opinión pública. Así, por ejemplo, la Doctrina Monroe (y su corolario Polk, de 1848, que condiciona a la voluntad de los Estados Unidos el derecho a la libre determinación de los países americanos todos) es un dogma escolástico y, por su flexibilidad calculada desde su formulación, pone de manifiesto la incoherencia de la norma jurídica con sus

pautas de conducta internacionales. Mas esta incongruencia, como las de índole religiosa, no empece los razonamientos lógicos ni las deducciones silogísticas. Para todo el mundo, menos para ellos, el lema "América para los americanos" —usurpado por ellos el toponímico— resulta evidente y sin ambages. Hoy se lo percibe claramente, pero no así hace ochenta años, cuando comienza la campaña de aplicación práctica del precepto. Contra ese lema propuso Roque Saénz Peña, en la Primera Conferencia Interamericana, el de "América para la humanidad", que Martí comentó en una carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui como "el excelente discurso que acaba con una declaración admirable, que he de poner una y otra vez donde todo el mundo la vea y le he de dar la forma que merece" (y así lo hizo). A este respecto quiero transcribir algunas opiniones del gran cubano, expuestas cuando aún la Doctrina Monroe no había sido desmontada como artefacto diabólico ni, por lo tanto, caído en el descrédito. "¿A qué invocar, para extender el dominio en América, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning, para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar a la libertad un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro? ¿O se quita la extranjería, que está en el carácter distinto, en los distintos intereses, en los propósitos distintos, por vestirse de libertad, y privar de ella con los hechos— o porque viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles?" (Ahora, porque se ve y además lo declaró Coolidge, resulta claro que "tras los dólares iban los acorazados"). Y esta incriminación que concluye con una actual refe-

rencia a la genuflexión de los países que se inclinan ante el látigo del Gran Cosaco: "¿O se ha de pujar la doctrina en toda su fuerza sobre los pueblos débiles de América, el que tiene al Canadá por el norte y a las Guayanas y a Belice por el sur, y mandó mantener, y mantuvo a España, y le permitió volver a sus mismas puertas, al pueblo americano de donde había salido...? ¿O los pueblos mayores de América, que tienen la capacidad y la voluntad de resistirla, se verían abandonados y comprometidos por las repúblicas de su propia familia que se les debían allegar para detener, con la fuerza del espíritu unificado, el adversario común, que pudo mostrar su pasión por la libertad ayudando a Cuba a conquistarla de España, en vez de ayudar contra la libertad a España, que le profanó sus barcos y le tasó a doscientos pesos las cabezas que quitó a balazos a sus hijos? ¿O son los pueblos de América estatuas de ceguedad, y pasmos de inmundicia?" (Cuarta carta a La Nación de Buenos Aires, noviembre 2 de 1889).

Ya en 1810 había advertido Justo Sierra, en un artículo titulado "El Istmo de Panamá y la Doctrina Monroe": "Si esta doctrina no sólo quiere decir que las naciones europeas no deben tener una intervención en los asuntos políticos de los americanos, sino que las grandes obras que hay que ejecutar en los países de más acá del Bravo no pueden hacerse sin el beneplácito, mejor dicho, no pueden hacerse sino por los americanos, no podemos asentir a ello. Los americanos del norte nos tratan con este motivo como si en realidad no existiéramos o como si se nos pudiera suprimir de un golpe". Desde entonces la Doctrina Monroe se ha devaluado, y hoy es una moneda falsa aunque de circulación

forzosa entre tahures. Nunca engañó a nadie, y ya no engaña ni a los diplomáticos ni a los políticos que ni en las diez Conferencias Interamericanas ni en las cuatro Reuniones de Cancelleres han podido encontrar una fórmula menos impúdica para la defensa del continente".¹ La historia de los apremios de los Estados Uni-

1 La eficacia de la Doctrina Monroe ha consistido en su manejo y aplicación directamente por el Departamento de Estado norteamericano e indirectamente por sus órganos subsidiarios como la Unión Panamericana y la Organización de Estados Americanos, por ejemplo. Con diferentes métodos, la política del Buen Vecino sigue siendo la del Garrote Gordo. Esta doctrina no se aplicó en los casos del ataque del brigadier español Isidro Barradas a Tampico (México) 1829; a la invasión anglofrancesa en el Río de la Plata, en 1825; a la incautación por Gran Bretaña de las Islas Malvinas, en 1833; al bloqueo francés de Argentina en 1836, 1838, 1845 y 1850; a la invasión anglo-franco-española de México en 1862; a la recuperación de la República Dominicana por España en 1861; al imperio bonapartista de Maximiliano en México, de 1863 a 1867; al bombardeo por la flota española de Valparaíso (Chile) y de El Callao, Perú, en 1866; a las tentativas de Inglaterra de fundar un reino indígena-mulato en Mosquitia (Nicaragua), ni al bloqueo y bombardeo de puertos venezolanos, por cobro de deudas, en 1902. Este hecho originó la declaración del gobierno argentino que se conoce como Doctrina Drago, en que se establecieron, aparte las razones jurídicas, algunas razones acerca de las causas verdaderas de esa clase de agresiones. Se dijo: "La abstención de adquirir nuevos dominios coloniales en los territorios de este Continente, ha sido muchas veces aceptada por los hombres públicos de Inglaterra. A su simpatía puede decirse que se debió el gran éxito que la doctrina Monroe alcanzó apenas promulgada. Pero en los últimos tiempos se ha observado una tendencia marcada en los publicistas y

dos hechos sin reparo a ninguna convención ni derecho internacionales, fueron: la apropiación de parte de Colombia en 1903; de Puerto Rico, Filipinas y Guam en 1898; el fideicomiso de Cuba en 1902, y los ataques a la República Dominicana,² Haití,³ Nicaragua⁴ y Gua-

en las manifestaciones diversas de la opinión europea, que señalan a esos países como campo adecuado para las futuras expansiones territoriales. Pensadores de la más alta jerarquía han indicado la conveniencia de orientar en esta dirección los grandes esfuerzos que las principales potencias de Europa han aplicado a la conquista de regiones estériles, con un clima riguroso, en las más apartadas latitudes del mundo. Son muchos ya los escritores europeos que designan los territorios de Sudamérica, con sus grandes riquezas, con un cielo feliz y un suelo propicio para todas las producciones, como el teatro obligado donde las grandes potencias, que tienen ya preparados los instrumentos y las armas de la conquista, han de disputarse el predominio en el curso de este siglo".

2 Ocupación militar, destitución del presidente constitucional Francisco Henríquez y Carvajal, intervención de las aduanas y control de la Renta, designación de un agente interventor.

3 En el conflicto de fronteras con la República Dominicana, los Estados Unidos intervienen como mediadores y se convierten en árbitros, fijando por se los nuevos límites.

4 Uno de los más horrendos crímenes del imperialismo civilizador norteamericano —escribe Vicente Sáenz—, tuvo lugar en Ocotil, 16 de julio de 1927. Pocas horas después de aquella espantosa carnicería de seres humanos, publicaron amplia y detallada información sobre la misma los grandes diarios de la Federación anglosajona. ¿En resumen? Trescientos nicaragüenses muertos y cien heridos por las fuerzas aéreas de ocupación que tenían órdenes expresas del bri-

gada. Desde 1900 hasta 1934, los Estados Unidos hicieron cuarenta intervenciones armadas en Latinoamérica, entre ellas: a Haití (1915-1934), Santo Domingo (1916-1930), el bombardeo y ocupación de Veracruz (1914, siendo presidente Wilson y subsecretario de Marina Franklin Roosevelt; de Nicaragua (1909-1961) y de Guatemala (1954-1961).

Inevitablemente, una raza aventurera de origen y de costumbres tiene que estereotipar un canon mental concordante, y una filosofía y una praxis política, una economía y una moral que cristalice en un dogma. Ese dogma, expresado en una frase sintética, "destino manifiesto", forma parte de la mentalidad básica del norteamericano. Apartarse de él implica una herejía más que una insensatez, y ninguno de los treinta y tres presidentes (excluidos, por supuesto, Washington y Lincoln) ha incurrido en la reprobación de la feligresía. Uno de los puntos cardinales de la plataforma política

gadier general Logan Feland, para bombardear a los sandinistas dondequiera que se los encontrase (ap. "Rompiendo Cadenas"). "Con respecto a la doctrina Monroe, a las intervenciones en el Caribe, Roosevelt afirma su carácter de típico representante del gobierno wilsoniano. Durante esta época puede decirse que Franklin es, en verdad, digno sobrino de Teodoro, y no era de suponerse que se escondía en él el estadista que tanto haría por universalizar los postulados del panamericanismo. Si en su correspondencia encontramos varias menciones de su actividad para lograr el envío de infantería de marina a Santo Domingo y Haití, sus papeles oficiales acusan hasta qué punto ejerció el Departamento de Marina una auténtica dictadura sobre estos países". (Francisco Cuevas Cancino, "Roosevelt y la Buena Vecindad").

de los dos partidos que durante la historia institucional de los Estados Unidos han compartido alternativamente el gobierno, ha sido la hegemonía sobre los otros países de América. Se ha constituido así un dogma que hace indefectible la necesidad de incluir en la plataforma política ese tópico que ha llegado a condensarse en una creencia unánime, de la que más o menos se ha esfumado su intención imperialista. El análisis ideológico de la política gubernamental norteamericana llevaría a probar que ella contiene perfectamente estructurada una filosofía totalitaria que, ensayada en Italia y Alemania, ha pasado a ser hoy la filosofía del poderío racial y plutocrático de los Estados Unidos. Los historiadores han considerado siempre el aspecto material y técnico del desarrollo de ese país, y la política se ha cohesionado como instrumento de acción adecuado a ese tipo de adelantos; de modo que muy excepcionalmente, y en obras que pocos leen, figuran con el relieve que deben tener, la conquista y el sojuzgamiento de otras naciones. Tampoco los historiadores y escritores latinoamericanos han concebido el proceso histórico sino como un desarrollo natural de esa expansión que se juzga inherente al desborde de la energía industrial y financiera. Asimismo el canon de una historia de fuste europeo aplicado a la conquista y colonización de América ha pospuesto a la acción civilizadora la acción barbarizadora, que es característica de la explotación a ultranza de las riquezas naturales del continente, considerado el hombre como unidad mecánica de trabajo. El prejuicio, que ha calado profundamente en las clases intelectuales y dirigentes, dificulta cualquier análisis imparcial y valorativo de los elementos de atraso y es-

tancamiento que trajo consigo, primero la dominación militar y luego la dominación económica, que han sido una misma. Todavía existe gran resistencia en los historiadores de cátedra a reconocer los términos cabales del dominio imperialista de las naciones rectoras sobre las subordinadas, y aún puede afirmarse que existe una prevención fácilmente irritable contra quienes plantean en sus verdaderos términos la cuestión del capitalismo. Contra ellos se tiene a mano el cómodo recurso de tildar de comunistas a quienes intentan aplicar a ese estudio otro criterio que el formado y transmitido por los defensores de la dominación europea, identificada erróneamente con la civilización occidental.⁵

El trato que los Estados Unidos han dado a los Estados y gobiernos del Caribe, desde los comienzos de su política de dominio (esbozada por Jefferson en 1809 y perfeccionada por Monroe en 1823) es el de fundos esclavistas pariguales con los Estados del Sur, y ese concepto no ha cambiado hasta ahora. Las tesis divinas y humanas que hizo aparecer como una cruzada cristiana contra la barbarie el dominio de las potencias europeas, las retoma y hace suyas la Unión desde que la invasión napoleónica quiebra el poderío de las multi-seculares naciones europeas. ¿Cómo no ver que la Revolución Americana sigue el mismo proceso que la Revolución Francesa, y que los ultrademócratas del 1800 tienen la misma ideología imperialista de Napoleón,

5 ¿Qué civilización llevaron a las Guayanas, Belice, Jamaica, Trinidad y Tobago, Martinica, Saint Barthélemy? Cayena es una célebre colonia penitenciaria.

con la variante de que mantendrán siempre una conducta de caballeros para entrecasa, y otra de merodeadores nocturnos para fuera? Napoleón decide el curso de la historia americana y Louverture, que independiza a Haití, decide el curso de la historia europea. Ambos hacen que los Estados Unidos, por la fatalidad de los hechos, vengán a encontrarse en situación de suplantar a las potencias colonialistas europeas. Todo será cuestión, en adelante, de maniobras diplomáticas muy difíciles, y de ir estableciendo las bases estratégicas, primero jurídicas y económicas y luego militares, que con el tiempo den derecho a la posesión, y a medida que los pierdan las naciones colonizadoras.⁶

El primer paso se dio con la autonomía de Texas y el ingreso como Estado en la Unión (1836), y el segundo con el robo a mano armada de Nuevo México y California (1848). Los pasos subsiguientes se darían en otras condiciones, y para ello era preciso preparar el terreno y establecer la táctica dentro, de ser posible, del marco de la legalidad. Esa táctica ha sido, como lo declaró Lucas Alamán al Congreso de México: "pro-

6 Obras de mucho valor documental y teórico son: "La expansión territorial de los Estados Unidos", de Ramiro Guerra, y complementariamente su "Manual de la Historia de Cuba"; "Las doctrinas de Monroe y Drago", "Intervención" y "Los Estados Unidos contra la libertad", de Isidro Fabela. Libros como "El imperio del banano", de Kepner y Soothill o "Democracia y tiranías en el Caribe", de William Krehm, con un excelente prólogo de Vicente Sáenz, más bien acentúan la venalidad y vesanía de los gobernantes que la perfidia diplomática de sus corruptores.

vocar una revolución a favor de la independencia, proclamar su reconocimiento, solicitar auxilio y pedir la anexión". Nunca consideró Estados Unidos al cinturón tropical en paridad con las naciones continentales del Sur, y sus supuestos derechos a la colonización empresarial y al sometimiento de los Estados se expresaron desembozadamente por los portavoces del gobierno, incluso casi todos los presidentes.

La política diplomática cambia después de la Guerra de Secesión, es decir, del asesinato de Lincoln, pero los argumentos con que se cohonestaban las actitudes avasalladoras serían los mismos en adelante, tal como, salvo ese hiato de 1860 a 1865, desde Jefferson hasta Kennedy. Paladines de esa "filosofía del despojo", como la denominó acertadamente Fidel Castro en la O.N.U., fueron Polk, que cercena a México la mitad de su territorio, McKinley, que se apodera de Puerto Rico y las islas Filipinas y Guam poniendo en fideicomiso a Cuba, y Teodoro Roosevelt que amputa Panamá a Colombia y se apropia de la Zona del Canal. Uno de los más perversos de los doctrinarios o sectarios de la hegemonía norteamericana sobre la América Latina, como resultado de su "destino manifiesto", fue el secretario de Estado Mr. Blaine, cuyas miras fueron valiente y clarivamente denunciadas por Martí en ocasión de la Primera Conferencia Interamericana (1889-90) urdida y maniobrada por él. Desde su campaña electoral para la presidencia de la república, en 1886, en su programa de gobierno figura el de la extensión del dominio de los Estados Unidos sobre toda América. Poco después comienza a preparar aquella primera reunión de delegados para tratar asuntos de común interés, parti-

cularmente el arbitraje, y que vino a resultar el aborto tardío si no la caricatura grotesca de la malograda (por ellos) reunión de Panamá a que convocara Bolívar en 1826. Para esa ocasión ya Martí había descubierto la psicología endemoniada de ese perincrito precursor de los sucesivos secretarios de Estado moldeados en su cuño: Root, Kellog, Knox y el inefable sosías de Fouché y Himmler, Mr. John Foster Dulles. "Blaine persigue a sus enemigos sin caridad y sin guante, tal como lo persiguen (escribió Martí en *La Nación* del 7 de noviembre de 1886). Hasta el cabello, que le cuelga en guedejas sobre la frente, revela en Blaine la implacable pasión de su política: sus raras condiciones agresivas deslumbran y enamoran a sus mismos enemigos, en este país de agresión y de combate. Su versatilidad, su catolicidad, su genuina fuerza de palabra, avivan el encanto sentido por hombres que en su mayoría carecen de ella; y en los mismos defectos de Blaine, en la hábil venta de su influjo político, en el despejo imperturbable con que afronta las acusaciones más graves y probadas, en su decisión terca de poner su persona con toda clase de artes por sobre los que se oponen a su paso, en la falta visible de escrúpulo y pudor para cometer y ocultar sus culpas públicas, parece como mirarse y perdonarse la masa del país, que ve en ese pecador político que triunfa la sanción de su amor desenfrenado al éxito. Luego, él tiene el tacto de ver por dónde va la pasión momentánea de su pueblo; y con saltos magníficos de tigre se pone a la cabeza de la pasión que pasa. Nada lo deprime. No lo abate nada. Y esa pasmosa capacidad de supervivencia, esa fe ardiente e indómita en sí y en su fortuna, le aseguran la

admiración y el dominio de la gran masa de un país hecho de hombres que ven la vida como un campo de conquista, y asaltan serenamente la tribuna de los sacerdotes, el banco de los abogados, el foro político si les va mal en su hacienda de cerdo o en su comercio de zapatería. Ese hombre dúctil representa bien a este país elástico".

Tal la figura cabal del demagogo más representativo de la política interamericana, a quien Martí reencuentra dirigiendo como maestro de ceremonias la Primera Conferencia, por lo que le es fácil descubrirle todos los trucos con que trató de embaucar a los delegados ingenuos y de apocar a los débiles.⁷ Pero Blaine no es un iniciador sino un epígono. El rival de Lincoln a la presidencia, Stephen Douglas, dijo en el Senado Federal en 1853: "El gran pueblo americano, cuyo des-

7 Refiere Hernán Ramírez Necochea, en "Historia del imperialismo en Chile": "Para realizar lo anterior (respaldo de Estados Unidos a Perú en la guerra con Chile) Blaine imaginó la posibilidad de transformar a Perú en protectorado americano, "incorporándolo en la Unión, previo plazo de diez años, que destinaba a instruirlo y cambiar sus costumbres, para gozar del honor de figurar entre sus Estados, y tener opción a una estrella en su bandera" (Gonzalo Bulnes: "La Guerra del Pacífico"). Al pensar así, Blaine compartía las proposiciones de Christiancy, ministro de los Estados Unidos en Lima; éste, en carta del 4 de mayo de 1881 expresaba: "Cincuenta mil ciudadanos emprendedores dominarían toda la población y harían al Perú totalmente americano. Con el Perú bajo del dominio de nuestro país, dominaríamos todas las otras repúblicas de Sudamérica y la doctrina de Monroe llegaría a ser una verdad; se abrirían grandes mercados a nuestros productos".

tino manifiesto es la hegemonía sobre todos los países del continente, no debe comprometer su desarrollo económico y político porque un ideólogo ponga su firma al pie de un papel que nada significa... No es posible que nos ganen con documentos diplomáticos, tras inútiles conferencias de paz, lo que nosotros podemos tomar a nuestro arbitrio con acorazados y cañones". Declaración que, como la de Christiancy, constituye uno de los argumentos tácitos de la Doctrina Monroe, y que el mismo presidente Buchanan proclamó con motivo de haber caído prisionero en Pulding el filibustero Walker, el 7 de enero de 1857: "Está en el destino de nuestra raza el extenderse por todo el continente de la América del Norte, y esto sucederá antes de mucho tiempo..." Pero es con motivo del golpe de mano, astutamente preparado, que arranca Panamá a Colombia, cuando Teodoro Roosevelt expone con impavidez de jerrarca nazi su tesis de la superioridad de la raza nórdica (él se consideraba descendiente de los normandos) sobre la latina que desprecia, considerándose heredero de los vikingos y de sus derechos a sojuzgar a las naciones débiles y atrasadas. Es en verdad un manifiesto su mensaje al Congreso del 6 de diciembre de 1904, en que anticipa la "filosofía del despojo" que Hitler pliega y ejecuta. "Los malos procedimientos crónicos —declamó— o la impotencia que da por resultado el relajamiento general de los lazos de la sociedad civilizada, pueden dar lugar, a la postre, tanto en América como en cualquier otra parte del mundo, a la intervención de una nación civilizada, y en el hemisferio occidental la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede obligarlos, aun contra su voluntad, a

ejercer funciones de policía internacional en los casos flagrantes, ya señalados, de malos procedimientos o impotencia".

No es exagerado decir, pues, que esos paladines de la civilización aria han sido precursores de las teorías racistas del nacionalsocialismo, ni que Hoover, Coolidge, Truman, Eisenhower y Kennedy sean continuadores de sus continuadores, ni que sus *gauleiters* de razas inferiores preparen el advenimiento del reino de Wotan en la tierra. Efectivamente, no hubo en ningún país civilizado, si se exceptúa el Tercer Reich, prohombres de la vida pública que hayan alcanzado la osadía que en Norteamérica. Pero esas declaraciones, aunque descarnadas, ¿no son similares a las que desde los tiempos de Drake, Morgan y Raleigh formularon los historiadores del Imperio Británico con respecto a Asia y Africa? Este es otro capítulo inédito de los orígenes de la dominación imperialista en América también, sobre todo en el Caribe. Tampoco figura el capítulo ni en la excelente obra de Tocqueville, "La Democracia en América" (1836) ni en la de Siegfried, "Norteamérica alcanza la edad adulta", donde, empero, se historia el Ku Klux Klan de pasada. Sin embargo, un hombre sin escrúpulos y de mirada penetrante, Cecil Rhodes, que realizaba en Africa lo que Polk, Buchanan y McKinley realizaban en América, vio que América era para los Estados Unidos lo que Africa para Inglaterra. Lo expuso a manera de vaticinio en una entrevista que le hiciera un corresponsal de "The New York Herald", en 1899: "El trabajo final de los Estados Unidos será la dominación de Sudamérica. Ustedes probablemente comenzarán con México y la adquisición de los Estados

de la América Central,⁸ y entonces será el turno de los Estados sudamericanos, hasta que ustedes tengan en su poder todos los territorios situados al sur de su país. Todos esos Estados tienen gobiernos incompetentes, bárbaros, y el deber que ustedes tienen consistirá en dar a cada uno de ellos un gobierno de hombres capaces". El consejo fue aprovechado de inmediato por el presidente McKinley y por el vicepresidente Roosevelt, su sucesor.

Pero la historia del mundo ha virado en lo que va de este siglo, y cada día más caducan estas predicciones de los profetas y pioneros de la explotación del hombre por el hombre y de las naciones por las naciones. Se perfilan como el estertor agónico de un sistema de piratería y de trata al que no es posible regresar. En este sentido, tanto la mentalidad como el instrumental de conquista heredado y perfeccionado por los Estados Unidos colocan a este país, que en el orden de la grandeza material es grande, a la zaga de otros pequeños que en el orden de la grandeza moral son mucho más grandes, y que, por añadidura, apuntan a una meta a la que ellos han dado la espalda.

Casa de las Américas, núm. 6, 1961.

⁸ Norteamérica compra: en 1803 la Luisiana, a Francia; a España, en 1810 la Florida occidental y en 1821 la Florida oriental; en 1867 Alaska a Rusia, y en 1917 las islas Vírgenes a Dinamarca. Repetidas veces intentó comprar Cuba.

POR UNA ALTA CULTURA POPULAR Y SOCIALISTA CUBANA

He llegado a la convicción de que toda la obra escrita de Martí es, bajo innumerables aspectos, la misma obra de redención y liberación a la que consagró su vida. Independientemente del valor intrínseco de algunas de esas piezas, sobre todo las de ficción y de crítica, su real grandeza está en la fuente de donde todas fluyen como ramales de un río caudaloso. Ello es lo que da vigor, claridad, nobleza, hondura, ternura y belleza a toda su producción, y no se requiere mucha perspicacia para percibir que su biografía contiene esas mismas cualidades. Además de ese caudal secreto de energía, que es su pasión por la libertad, la justicia y la dignidad del hombre, hallamos su voluntad inflexible, su perseverancia heroica en la difícil empresa de llevar a cabo ese apasionado ideal, que apunta en su primer opúsculo *El presidio político en Cuba* y se mantiene en todas las subsiguientes estaciones de su Vía Crucis. La obra es, en este sentido, por sobre sus méritos intrínsecos un yacimiento de donde pueden extraerse materiales nobles y sólidos para las obras de construcción de una sociedad de ciudadanos sin privilegios y para la modelación de una cultura funcional que sea su expresión correlativa.

La ordenación sobre esta base de la dispersa y diversa labor literaria de Martí, que fue periodística por su decisión de trabajar para vivir y de dialogar con el pueblo, da unidad al conjunto a la vez que engarza las piezas restituyéndoles su significado efectivo como fragmento de un gran mosaico. Por lo regular, cada una

de estas piezas tiene un valor autónomo por el hecho de haber sido labrada con el esmero y la minuciosidad de una joya. La obra literaria es política a cierto sesgo, y recíprocamente. A ese trasluz puede apreciar cuán fecundas son sus ideas, y bastará el ejemplo de una de ellas, contenida en el artículo "Maestros ambulantes", que dio el portentoso fruto de la alfabetización masiva de la población infantil y adulta de la Isla en el término de un año. Esta idea es a la vez un inciso del capítulo sobre cultura de su obra americanista, que puede llevar el título que él mismo dio a un grupo de sus mejores trabajos: Nuestra América.

¿Cómo utilizar en un área tan dilatada y accidentada antropogeográficamente como es la de la cultura, lo que es agible en la circumscripción zona de la educación popular? Deseo exponer cuál es, a mi parecer, el procedimiento y los supuestos previos para insertar en el organismo todavía impúber de la Revolución el afluente de las fuerzas espirituales. Tal como yo lo considero, en función del servicio social que Martí le exigía, el problema de por sí difícil de la cultura aplicada directamente al servicio del pueblo, o lo que podría llamarse la socialización de la cultura, se dificulta aún más por no habérselo planteado antes correctamente, y extraído soluciones inoperantes por equivocadas o tendenciosas.

El criterio con que Martí considera la cultura es el de los etnólogos contemporáneos y no el de sus coetáneos, que la juzgaban patrimonio de quienes la heredaban, usaban, perfeccionaban y transmitían, producto genuino de las élites, su propiedad privada legítima. Anuló el prestigio que daba prioridad a la cultura de

gabinete sobre la cultura de intemperie, y descubrió en ésta la esencia inmortal que reaparecía en las altas culturas como las flores de los seculares árboles por la savia que subía a ellas desde las raíces soterradas. Martí considera la cultura en función social, y de acuerdo con ella la califica, por lo que estima en muy poco el saber egoísta y profesional, que por lo regular se adquiere por compra y transferencia, si no se lo pone al servicio del deber supremo del maestro que es enseñar al hombre a ser hombre. Los doctos y los cultos regularmente usan en beneficio propio del patrimonio nacional, y universal por implicación, como depositarios infieles. Esto lo expresa repetidas veces, y lo concreta en pocos párrafos de su admirable elogio a Nicolás Azcárate: "Debe el hombre reducirse a lo que su pueblo, o el mayor pueblo de la humanidad, requiera de él, aunque para este servicio sumo, por la crudeza de los menesterosos, sacrifique el arte difícil de componer para la dicha social los elementos burdos de su época, el arte, en verdad ínfimo, de sacar a pujo la brillantez de la persona, ya esmerilando la idea exquisita, que se viene marcada del universo viejo, ya levantando, a fuerza de concesiones inmorales, una vulgar fortuna"; "Vive infeliz, y como fuera de sí, el hombre que no obedece plenamente el mandato de su naturaleza, ni emplea íntegra, sin miedo y sin demora, la suma de energía y entendimiento de que es depositario. Son nulas y deshonorosas, a veces, las capacidades del hombre, cuando no las usa en el servicio del pueblo, que se las caldea y alimenta".

¿No puso él su genio, que fue de los más poderosos e inmaculados, al servicio de su pueblo, y no llegó en

su humildad en ese servicio al grado de la santidad? "Alfombra somos, para que pise el pueblo", llegó a decir. Y para cumplir él mismo su mandato puso a los pies de su pueblo su genio, su santidad, su martirio en el destierro, y su vida.

Martí pertenecía sin embargo, a la alta cultura de libros y de cátedra, que debemos denominar señorial y aristocrática, pero el saber no lo cegaba para reconocer que existían otras formas más rústicas del saber, que podemos denominar silvestre y anónimo, en que la savia y la sangre que en ellas circula son las mismas que circulan por todos los organismos vivientes. Nunca perdió él el sabor del pan y de las frutas silvestres ni el amor a la Naturaleza, porque era un hombre natural y artificial, que vivía en comunicación con las fuerzas de la tierra y del cielo que los antiguos llamaban "genii loci", dioses del lugar. Cantó en *Versos Sencillos* (II): "Yo sé de Egipto y Nigricia, / Y de Persia y Xenophonte; / Y prefiero la caricia / Del aire fresco del monte. / Sé de las historias viejas, / Del hombre y de sus rencillas, / Y prefiero las abejas / Volando en las campanillas".

Su mensaje a este respecto consiste en normas tampoco formuladas en preceptos, para incitarnos al modo socrático al hallazgo en nosotros mismos de bienes que él hubiera podido ofrecernos como dádiva; pero con el hallazgo de las claves que remiten toda su obra a unos pocos focos centrales, el tema de la cultura se aclara por la conciencia clarividente en él de qué es Nuestra América. Como creador que era, pensó para nosotros una cultura americana nueva y no como innovador en la reforma y ajuste de la vieja cultura de

eufio salmantino y complutense. Para tener ideas claras de lo que pueda ser una cultura americana en su base popular y en su cúspide de altos valores, antes debemos tener ideas claras de qué somos, de qué recursos disponemos, y de lo que puede sernos benéfico o perjudicial. En consecuencia de esta previa averiguación, mero inventario, encontrar los métodos adecuados para el aprovechamiento racional y exhaustivo de esos coeficientes verídicos de la realidad americana. Creo que los escritores hispanoamericanos en su mayoría no se han planteado esa cuestión previa, y que han pensado en una cultura americana sin pensar en América. Puedo decir que han pensado en sí mismos, y en modernizar los temas y las técnicas como si se tratara de cambiar un repertorio y un instrumental que notaban anticuado. Una "puesta al día" y no una "puesta en forma". Martí está colocado en el centro de todos los problemas americanos, y su americanismo es un credo más que una filosofía. Tuvo conciencia de lo que éramos, de dónde veníamos y a dónde nos encaminábamos, y de los elementos heterogéneos que configuraban nuestra personalidad básica; y esto en tiempos en que sólo se tenía idea confusa y maleada por prejuicios de qué había en nosotros de diferentes y semejante con otros pueblos de Europa y Asia —no de Africa, como lo señalaba el mapamundi—. Aceptó la realidad, sin apartar lo malo y lo negativo, pues supo que también con ello tendríamos que forjar una nueva sociedad y un nuevo espíritu, y que se convertirían en factores buenos y positivos según el tratamiento que les diéramos. Sus tres conferencias publicadas con el título de "Nuestra América" y "Mente Latina" (1889,

1891 y 1884) a las que precede el discurso en el Club del Comercio, en Caracas, el 21 de marzo de 1881, son el examen de los elementos de su americanismo. Ese conocimiento profundo de la historia de la América hispánica lo auxilió marginalmente para distinguir la aportación efectiva que en las revoluciones políticas llevaron los caudillos civiles y los jefes militares, y lo que aportaron como estéril tributo de sangre los pueblos contra los que más tarde se revolverían unos y otros. Y como aceptó todos los elementos de la realidad, la que afloraba a la superficie y la que yacía en el subsuelo; y por la base de honradez y de veracidad con que trató la historia, exaltando en los próceres los valores humanos, de carácter y dignidad que hallaba también en las gentes anónimas, las normas que dio permanecen incommovibles. Sin conocer la realidad de la vida americana no podríamos salir del círculo de embustes y supercherías que hicieron posible que giráramos ciegos en torno a las causas de nuestros infortunios, como mulas en la noria. Y aquello que aconsejó Martí, la Revolución lo convirtió en evidencia que hasta los niños perciben. Si hoy vemos con ojos de visión recuperada qué somos y qué son los vecinos próximos y lejanos, es porque él nos enseñó a ver y tener confianza en que veíamos la verdad.

Martí conocía también la función estabilizadora, de giróscopo, de las instituciones, y ya en los apuntes de sus cuadernos de estudiante expresaba que la historia les debe poco. La cultura que él fustigó en leguyeyos y dómines con tan acerba crítica, es la que se adquiere en los institutos oficiales de Hispanoamérica, donde la enseñanza es un instrumento político que moldea las

inteligencias y los sentimientos conforme a los intereses de clase y a los planes de gobierno. Amante de la libertad, muy pronto descubre Martí que la enseñanza, que es el vehículo más poderoso y eficaz de la cultura, junto con el periodismo, es uno de los resortes ocultos del dominio colonial. La cultura directamente administrada en esos países por los poderes públicos o en posesión de élites en una u otra forma ligadas a ellos, es precisamente la más arraigada en los órganos directivos y ejecutivos, y la que es preciso confiscar como uno de los disimulados contrafuertes de la propiedad privada. Martí considera la cultura como una manifestación específica de las sociedades organizadas y no como expresión de cualidades personales y precarias, patrimonio de un estamento o de una clase. Como para los etnólogos, a su juicio la cultura es el estrato profundo de la psique ecuménica, lo último que puede ser removido por la revolución que es un sismo en ese terreno. Está en la raíz y es su alma, y por eso pertenece a los pueblos y no a las épocas ni a las escuelas, que es lo que antes se enseñaba en los libros de historia de las civilizaciones. Esta propiedad eterna y elemental dormita en las razas aborígenes y en las oprimidas que no han alcanzado libertad y aptitud para expresarse. Martí lo sintió en su alma como una verdad apodíctica, al contacto con las ruinas arqueológicas y con las gentes que eran también ruinas arqueológicas vivientes de las culturas desaparecidas de la tierra americana. De ahí que afirmara que no se le puede trasplantar sin que degenera, ni hibridar a capricho sin que se esteriliza. Su desdén por la cultura de fábrica y de laboratorio tiene esa vivencia por base, y la tuvo presente al ocu-

parse de ese delicado problema en otros planos, cuando meditó, no en la cultura en sí, sino en las posibilidades de crear en la América hispánica una cultura genuina, liberada de tutoría y padrinazgos. Zahirió la imitación y la adaptación de formas europeas y tradicionales, señalando la cría enteca y canija que producían las universidades y las escuelas, donde profesores y maestros sentían vergüenza de la pobreza mental de los educandos, pobreza que era congénere de la de su vestido y alimento. Descubrió en los andrajos y tarrajeos de las poblaciones de México, Guatemala y Honduras, que habían resistido el aprendizaje de la lengua de los conquistadores, que los ritos y costumbres que conservaban y defendían como el idioma, eran los últimos bienes que no les habían arrebatado. Vivían refugiados en ellos. Ahí estaba la cepa de lo que podría llegar a ser una cultura americana. Desde entonces propugnó, con la necesidad de la libertad política y económica, la del espíritu. "El problema de la independencia (escribió en "Nuestra América", 1891) no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu"; y con frecuencia reiteró que "La libertad política no estaría asegurada mientras no se asegure la libertad espiritual. Urge libertar a los hombres de la tiranía de la convención, que tuerce sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso" (Apunte inédito, Trópico, XXV, pág. 184). Aconsejó: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas" (discurso del 30 XII 1891), y, complementariamente: "En los países con indios, los gobernantes aprendan indio".

Tocar la cultura es poner las manos en el plasma germinativo de la vida espiritual étnica, y regularmente lo que se marchita a ese contacto son los elementos originarios que se perpetúan, como en ánforas herméticas, en la religión y en las otras formas de reverencia a lo inefable por la portentosa transmisión oral del follore. Entendiendo bien a Martí no debemos temer el caer en las aberraciones de las religiones dogmáticas, ni en las aberraciones dogmáticas del materialismo. Pues algo que se olvida con frecuencia, o se soslaya temerariamente, es que anastomosadas a la cultura perviven muchas de las formaciones arcaicas que sin duda sería preciso eliminar si el nacimiento de una nueva cultura sin privilegios y sin clases debiera suceder por partenogénesis, lo cual parece imposible. Pero no para el advenimiento de una cultura integral basada en la complexión específica del hombre entero, espíritu y materia. Posiblemente todo el simbolismo del arte, incluso el más realista, es una liturgia. Esos elementos tendrán que ser reconstituídos ya que no pueden ser aniquilados. Negar la existencia de esos demiurgos vengativos, o matarlos en sus simulacros, dice Jung que es exponerse a ser asesinado por ellos, y por la espalda cuando se proclama orgullosamente haberles dado muerte, como le aconteció a Nietzsche. Digo esto, porque acaso lo que amenaza de muerte a las nuevas culturas superiores y ecuménicas que se ha ensayado crear con fórmulas de laboratorio, se deba a la omisión de que en la cultura y no en los objetos recipientes de ella, perviven los dioses arcaicos, y que si matamos, como Jung le atribuyó a Nietzsche, el simulacro supersticioso de ellos, creyendo haberles dado muerte, nos engañaremos

porque lo que realmente ellos son, el ansia de infinito, de perfección y de justicia, son sustancia de nosotros mismos. Hay ya abundante literatura sobre los mitos y sus metamorfosis en los "mitos modernos" para que deba insistir en este punto; mas debo agregar que, a mi parecer, el fracaso de las tentativas hechas hasta ahora para configurar una cultura adecuada a una sociedad socialista es que se ha prescindido en los proyectos y las intenciones, del elemento "impalpable y maravilloso", que hoy más que nunca vamos entreviendo hasta en el mundo de la materia bruta, y que si bien ha dado origen a las más groseras supersticiones, también ha inspirado la creación de las más grandes obras en las artes, las letras y la filosofía. Pues artistas, pensadores, poetas y científicos trabajan para develar lo divino de la naturaleza, para que las cosas lleguen a ser, como decía Walt Whitman, la imagen de sí mismas.

Creo que si se trata de buscar sobre qué fundamentos ha de forjarse una cultura socialista, el problema es otro que si se tratara de perfeccionar o revitalizar las culturas decadentes occidentales. Esos fundamentos no pueden buscarse fuera de la organización y del ciudadano de una república popular democrática. Vale decir que el problema no se plantea como cuestión de formas y técnicas, sino como problema concreto y vital. Una cultura de ese tipo no puede ser ornamental, de pasatiempo o puramente lúdica. Durante muchos siglos el fundamento para las letras y las artes fue la religión, y Dante y Miguel Angel son ejemplos magníficos de ello. El hombre reemplaza al Dios en el canon del Renacimiento, y la razón a la fe en el canon del Huma-

nismo; pero se trata simplemente de un cambio de símbolos, y el común denominador que es el mito subsistió y persiste todavía. El elemento mítico es inherente a la naturaleza humana, y las investigaciones de Frazer, Freud y Jung, o más cercanas, de Frobenius, Kerényi y de Ferdinandy lo encuentran transfigurado en la mayor parte de las creencias actuales; y Bachelard lo extiende a las ciencias. El elemento mítico correspondiente a la nueva mentalidad y sensibilidad socialista no puede ser sino el hombre en su proyección social, es decir, el pueblo. El nuevo mito del pueblo, muy antiguo también, no sólo tiene que ser concebido como concebía Comte el de la razón, sino sentido, amado e inspirado de fe y ansia de superación, que son la esencia de los mitos arcaicos. A este respecto, las sociedades socialistas han rechazado al pueblo como mito, y lo han aceptado como lo que no es: como realidad física, corporal, colectiva. Es un mito pensado y amado en consecuencia de esa idea, lo que significa que no es un mito verdadero sino un simulacro de él, y la frialdad y endeblez se acusa en todas las obras literarias y artísticas de los países socialistas, sin excepción. Aunque en las capas superficiales de las formas y los argumentos esa decadencia de valores pueda explicarse por otros motivos técnicos e ideológicos, lo cierto es que en el mundo subterráneo los dioses están muertos.

¿Será inevitable que una cultura nueva deba contener parte tan aparentemente vinculada a los valores que deben ser liquidados y suplantados por otros casi antagónicos? Si eso fuera ineludible habría que ensayar previamente un método terapéutico análogo al de la desintoxicación. Pues parece ser que en el aprove-

chamamiento de remanentes de las viejas culturas decadentes se han dejado pervivir ingredientes nocivos de ellas y en cambio se anularon otros vitales. Si se tratara simplemente de adecuar la cultura de una a otro tipo, bastaría dejar subsistentes, como se hace con los bienes de la civilización, todo el aparato material y técnico en que consiste, cambiándole la finalidad de la función. Entonces el artista y el escritor pueden seguir produciendo la misma clase de obras que producían antes, y la sociedad seguirá usando de ellas como lo hizo anteriormente en concepto de juego de ingenio y de paciencia. Esto ha ocurrido con el ballet y la ópera. Al artista y al escritor que piensen así no puede interesarle el problema de la creación libre si no afecta a su trabajo, y sólo coarta la libertad política de expresar ideas o sentimientos contrarios al sistema social vigente. Los creadores de obras de ficción no pueden molestarse por ello, y si se notan molestos es porque necesitan expresar algo que trasciende de la función puramente lúdica y técnica de su creación, y que esc que desean expresar es contrario al sistema vigente. Es decir, no son revolucionarios; y si lo son, porque la actividad revolucionaria es conminatoria en ellos, son contrarrevolucionarios.

La Revolución Cubana, y todas las revoluciones populares que la precedieron, se encuentran con que, además de fomentar en el orden cultural la formación de una alta cultura de tipo socialista, tienen que cumplir la tarea previa de crear una conciencia de libertad y autodeterminación en las almas; lo cual es más difícil que en el plano económico y político ejecutivo. Son dos etapas porque son dos órdenes de realidades.

En resumen: que la cultura no está anastomosada a las cosas que pueden cambiarse por disposición gubernamental, sino al alma del pueblo y a su creación específica más expresiva de su íntima naturaleza: el lenguaje.

Ni aquí ni en ninguna parte ha existido conciencia pública de que la emancipación espiritual no es más fácil, aunque sea menos cruenta, que la libertad política, y gran parte del malogro de nuestras revoluciones de independencia debióse a que los libertadores no estaban liberados de sí mismos sino en lo que estrictamente necesitaban para creer en la razón y justicia de su empresa. Mentalmente liberados y subconscientemente encadenados, porque aceptaban la estructura de las culturas europeos cambiándoles las formas y sólo parte del contenido, como se hizo con las instituciones políticas. Los esfuerzos ímprobos de Bello, Sarmiento y Larraín en Chile son buen ejemplo. Una revolución de fondo, por lo mismo que rompe la continuidad jurídica e histórica, no encuentra territorio abonado para una nueva siembra de ideas, y si los mismos revolucionarios no se han independizado antes, suelen ser los portadores de los gérmenes de disolución. ¿Cómo no han de ser los que despiertan a la revolución cuando estalla, y piden armas que no saben manejar?

Pienso que si ha fallado el pronóstico de que los países industrialmente más avanzados serían los que primero hicieran la revolución social libertadora, puede deberse a que a la vez esos países eran los culturalmente más avanzados, y que esta circunstancia pudo ser factor negativo y de impedimento. La inteligencia es una especie de capital, también, con sus intereses de clase y

sus instituciones multiseculares. En general, los revolucionarios intelectuales eran producto del medio que trataban de cancelar, no oriundos del pueblo al que en la mayoría de los casos conocían por vecindad. Los intelectuales que después de consumada una revolución de fondo han intentado enseñar o transmitir su saber al pueblo, ofreciendo su colaboración a la obra colectiva, no han pensado que debían comenzar por entenderlo con el corazón, y que esto exige, más que estudio, perseverancia y amor. En muchos casos su contribución ineficaz si no perturbadora, era una actitud de circunstancia más o menos imprevista, y no una situación que formara parte de su vida habitual. No pudieron prepararse de improviso, y no se habían preparado antes, puesto que hasta el amor que sentían por el pueblo —en casos más raros aún—, era también un sentimiento aprendido en los libros, como decía Martí, y no de la nodriza. Los intelectuales de Nuestra América mucho más, sin duda, que los europeos que fueron sus maestros, vivieron divorciados de los sufrimientos, humillaciones, frustraciones y cargas inicuas que agobiaban a las gentes humildes, aunque comprendieran racional y compasivamente esa situación. A sus razonamientos les faltaba la levadura irracional del instinto de la solidaridad humana, que precisamente habían embotado los libros. La inmensa fuerza creadora y liberadora de Martí no era el conocimiento de las desdichas del pueblo que era desdichado. No lo defendería como abogado y filósofo que era, sino como hombre que siente en su rostro la bofetada que el poderoso da al infeliz. En esto difiere por igual de los escritores y de los libertadores.

En resumen: el esfuerzo de nuestros intelectuales ha sido más bien apartarse en todo lo posible del pueblo, usando una especie de dialecto convencional y hierático de sentido gramatical y semántico únicamente para los iniciados. Mediante la depuración de su vocabulario, eliminando voces de la plebe, del *sermo rusticus*, se alejaban más que se elevaban, y es indiscutible que lo que en la locución de los snobs de cátedra era "la deshumanización del arte", no pasaba de ser la deshumanización del artista, su contrato de trabajo con la sociedad deshumanizada de la Banca, la Industria, el Comercio y la Cultura. Con la deshumanización de las letras y las artes se llegó al extremo de borrarse como manchas del pecado original de ellas cuanto tuviera alguna semejanza con los seres y las cosas o evocaran la condición humana en el pensamiento y la sensibilidad. El arte abstracto y la poesía pura son las formas críticas de ese repudio al lenguaje espontáneo del pueblo, y nada más repelente al pensamiento y la sensibilidad de Martí, que usó el habla llana del tercer estado y usó el periodismo como medio de comunicación con los lectores de toda clase.

Una sociedad socialista que ha de curarse de los males específicos de la civilización capitalista que está fundada en el desprecio de la vida y en la obnubilación de los instintos profundos de la solidaridad humana, tiene que romper con esas superestructuras teratológicas y genocidas de los explotadores de la inteligencia como productora de bienes de propiedad particular. La reeducación, o la rehabilitación que Martí asignaba a la escuela era la de enseñar al hombre a ser hombre, a hu-

manizarlo en primer lugar, a que nada humano le fuera extraño y dejase de ser lobo entre lobos.

Al trabajar en la obra revolucionaria de Martí colateralmente percibí que la Revolución, que había cumplido la parte más ardua y cruenta de esa liberación integral, estaba en condiciones óptimas para habilitar el ideario cultural martiano, seguro de que se hallarían en él orientaciones y sugerencias que, inteligentemente aprovechadas, sirvieran al menos para crear conciencia de lo perenne y lo caduco de la herencia que recibía del pasado. Esa contribución de Martí no se aprovecha porque está en la parte censurada de su obra. Debo confesar que encontré, no con mucha sorpresa, que el mayor obstáculo para hacer del mensaje martiano la espagírica en que los valores humanos y caracterológicos reemplazaran a los ornamentales y estéticos del poseer y el saber, eran "los intelectuales pequeño burgueses con ropa de trabajadores". Exactamente lo que con esas palabras enérgicas y con espíritu libre de las idolatrías de tribu, expresó Mao Tse Tung: "Nuestros artistas y escritores —dijo en Yenán— deben trabajar en su propio campo, que es el arte y la literatura; pero su deber primordial consiste en comprender y conocer bien al pueblo. ¿Cómo se comportaron a este respecto en el pasado? Yo diría que fueron incapaces de conocer bien al pueblo, incapaces de comprenderlo, y permanecieron como héroes sin espacio para desplegar su heroísmo. ¿Qué fueron incapaces de conocer bien? Fueron incapaces de conocer bien al pueblo. No conocían bien ni lo que estaban describiendo ni a su público; eran completamente extraños a ambos. No conocían bien a los obreros, a los campesinos, a

los soldados y sus respectivos cuadros. ¿Qué fueron incapaces de comprender? Fueron incapaces de comprender el lenguaje, vale decir, carecieron de un adecuado conocimiento del rico y vivo lenguaje de las masas del pueblo". Mao Tse Tung pertenecía, antes de su conversión, a la clase de esos intelectuales que desdeñó luego, y por ello confiesa con acento cáustico y catártico: "Podía ponerme las ropas de otros intelectuales porque pensaba que eran limpias, pero no podía ponerme las ropas pertenecientes a un obrero o a un campesino, porque sentía como si fueran sucias. Hallándome convertido en un revolucionario, halléme en las mismas filas de los trabajadores, campesinos y soldados del ejército revolucionario, y paulatinamente me familiaricé con ellos al tiempo que ellos se familiarizaban conmigo. Fue entonces, y sólo entonces, cuando acaeció un cambio fundamental en los sentimientos burgueses y pequeño-burgueses implantados en mí por la enseñanza burguesa. Llegué a sentir que aquellos intelectuales que no se habían moldeado de nuevo eran los impuros, comparados con los obreros y los campesinos, mientras que éstos son, después de todo, la gente más limpia y pura, más limpios que los intelectuales burgueses o pequeño-burgueses, aunque sus manos, conserven las oscuras huellas de su labor o sus pies huelan a bosta. Esto es lo que queremos expresar al hablar de transformar nuestros propios sentimientos, de cambiar los sentimientos de una clase en los de otra. Si nuestros artistas y escritores procedentes del sector intelectual quieren que sus obras sean bien acogidas por las masas, deben transformar y moldear de nuevo sus pensamientos y sentimientos. Sin transformación y un pro-

ese moldeador semejante, no podrán hacer nada bien y serán incapaces de adaptarse a cualquier género de trabajo".

Todo esto es perfectamente aplicable a la situación de los escritores y artistas de la América Latina. En nuestros países, las poblaciones, tanto las famélicas e ignorantes como las ahitas y barbitúricas, viven despiertas una vigilia letárgica, y los intelectuales, picados también por la mosca china tsé-tsé que produce tan extraño sueño, habían dedicado muy poco tiempo de sus ocios y asuetos al tema de la libertad de los pueblos; o, mejor dicho, la libertad de los pueblos se les había presentado como tema literario. Y mucho menos habían hecho algo para cooperar en su logro. Auspiciaron que los obreros, los campesinos y los estudiantes lo hicieran, saliendo a la calle a que los mataran, y esperaron, indignados, a que llegase el momento de la victoria para ver qué podían hacer, con buena fe sin duda, para ponerse al frente y dirigir la historia. A lo más, compadecían al pueblo como las damas de caridad, pero no lo amaban aunque lo compadecían. En la feria de vanidades lucían ropas de trabajadores, y así muchos de ellos aparecieron en las reuniones convocadas para deliberar sobre el servicio que podrían prestar en la reconstrucción de una sociedad más justa y de nivel más elevado.

En los congresos y foros de escritores donde se discutió el resultado obtenido ya en los países socialistas, creo que no se planteó la cuestión de si esa nueva literatura se había preocupado en aprovechar las fuerzas latentes en el alma popular, sin ser taxativamente las del folklore, y sí, más bien, a controlar su ajuste

con las demás piezas del mecanismo socialista, y, naturalmente, del valor intrínseco de ellas. En muchas ocasiones se habló de literatura "comprometida", y se entendió que el compromiso no era con las necesidades tróficas del pueblo sino con la política de partido. A mi parecer, lo que falta en esas literaturas, además de otros valores, y en grado mayor cuanto más se orienta conforme a las consignas válidas en las demás secciones movilizadas para la construcción de una sociedad sin clases, es la absorción de ese caudal del que sólo se han aprovechado sus formas tradicionales folklóricas sin buscarse su inserción en el proceso de creación de una gran cultura, equivalente a la que recibe en herencia y afinó la burguesía.

De la copiosa literatura polémica que se ha derivado de esas discusiones, a mi juicio los documentos más valiosos para formar conciencia clara de los deberes sociales del intelectual, respetando la libertad de creación que es indispensable, son las intervenciones en los foros de los primeros ministros de Cuba y de China, Fidel Castro y Mao Tse Tung. Ambos estadistas demostraron haber entendido a fondo el problema de la cultura como elemento vital y esencial de la sociedad, poniendo entre paréntesis, como es debido, los aspectos formales y técnicos, temperamentales e ideológicos, que competen más al creador que a su obra. Ambos estadistas, de formación mental universitaria, han superado los prejuicios que suelen persistir aun en los que logran liberarse mentalmente de ellos, y han peraltado el punto de vista de los escritores y artistas profesionales y vocacionales, centrando el problema en el servicio público que debe exigirse de toda obra que tras-

ciende a la sociedad; señalaron cuáles son los impedimentos mayores que se oponen a ello. Tales impedimentos no radican en la función específica ni en las formas de expresión; tampoco, en la generalidad de los casos, en el contenido de la obra: radican en el creador mismo, en su alejamiento o indiferencia para la situación humana, concreta, de los individuos que componen esa abstracción genérica que entendemos con la palabra sociedad: sus problemas vitales y los recursos de que dispone para resolverlos satisfactoriamente, sobre todo para bien de los más indefensos de sus individuos. En ambas oportunidades, las artes y las letras fueron consideradas en su real y positiva función de fuerzas modeladoras de la sociedad, de instrumentos auxiliares, con otros factores no menos importantes, y como patrimonio étnico y bien público. Tal es la condición indispensable para que el virtuosismo del artista se relegue, y su obra de creación se concibe, desarrolle y procrea con vida inmortal, que es el amor del artista creador a su pueblo. Fidel Castro y Mao Tse Tung no pensaron en una cultura abstracta, de gabinete y definiciones, sino en una cultura viviente y concreta, de obras y valores; ni en una sociedad de sociólogos, sino viva y concreta.

Creo esencial esta premisa para que comprendamos que la contribución que Martí ha hecho a la formación de una cultura funcional y democrática, particularmente consiste en que consideró todos los productos de la inteligencia como bienes comunes del patrimonio nacional. Nosotros, los escritores formados en ambientes cerrados y aromatizados —cotéjese con los escritores de intemperie: Thoreau, Emerson, Walt Whitman y Knut

Hamsun—, nos encontramos defendiendo nuestra propiedad y nuestros medios de producción exactamente como los que han sido materialmente privados de los suyos. Expuestos a la intemperie, muchos de esos engendros de la vigilia, que también Verlaine denominó “*aegri somnia*”, desvanecíanse como los fantasmas a la luz del día. Nos consideramos despojados, y maestros de una artesanía sin aplicación. Estamos de acuerdo con la Revolución siempre que no afecte a nuestro capital, y nos resistimos, consciente o inconscientemente, a ceder nuestros bienes para incorporarlos al patrimonio nacional recuperado por el pueblo. Consideramos que la inteligencia es un privilegio *sui generis*, porque difiere de otros bienes sociales más groseros, y esta es la excusa que nos deja indiferentes cuando los privilegios de nacimiento y de fortuna son abolidos. El pueblo quiere lo que es suyo, lo que ha creado, también por medio de los artistas; lo que no ha sido concebido y criado para él, lo abandona. ¿De qué nos quejamos?

La inculpación no recae exclusivamente sobre los escritores hispanoamericanos, de los que no quisiera aparecer como fiscal acusador de oficio, sino sobre mí mismo, pues había traspuesto ya “el medio del camino de nuestra vida”, cuando comprendí que “vive infeliz quien no obedece plenamente el mandato de su naturaleza”, y que “son nulas y deshonorosas las capacidades que no se usan en el servicio del pueblo”. En escala decimal, mi caso es parigual al regreso a la región de las madres de León Tolstoi, el escritor celebrado como el más grande del mundo por sus obras *Ana Karenina*, *La guerra y la paz*, y de tantas otras obras maestras.

En la etapa postrera de su existencia descubrió la "verdadera vida", escribió cuentos para los campesinos y los niños y contra los poderes despóticos del Estado y de la Iglesia. Nada cambió en él de sus anteriores experiencias y conocimientos del pueblo que había tratado y compadecido antes, pero ocurrió que el amor que se despertó en él fue como un carbón que ardiera. Por ese amor al pueblo, a la justicia y a la verdad afrontó la excomunión del Santo Sínodo, el repudio de sus familiares y amigos, y, a los ochenta y dos años, huyendo de su hogar una madrugada de nieve, fue a morir solitario en una izba, en Astapovo.

¿Qué habíamos hecho en Hispanoamérica para facilitar el advenimiento de una sociedad mejor? Hasta ahora lo positivo que hemos hecho en nuestra América consiste en la crítica y ataque a los defectos y deterioros de un sistema social inicu, formado con escorias y desperdicios. La crítica se hizo en la mayoría de las veces con objeto de rectificar las anomalías y aberraciones, y no para fundar sobre nuevas bases una cultura integral nueva en sus contenidos y formas, que es lo que Martí nos requería. Quiero decir que casi siempre los opositores al sistema capitalista han sido producto del status cultural semicolonial, y, por reacción temperamental o por cualesquiera razones, no se lo atacó en su raíz. Esto ya afectaba a los títulos que subrepticamente poseíamos en esa sociedad anónima por acciones. En consecuencia, es uno de los problemas más arduos tratados hasta hoy, y superficialmente, el saber qué relaciones deben existir entre una sociedad socialista y sus bienes espirituales. Tampoco podemos acudir a los fundadores de la doctrina socialista interna-

cional, pues pospusieron su consideración teórica y metódica a otros asuntos de mayor importancia y urgencia. Este hecho es significativo, tratándose de hombres de poderosa y sagaz inteligencia que conocían la utilidad que podía obtenerse de la cultura, después de beneficiada, como se dice de los metales. Sin embargo, hubo excepciones, y a muchos intelectuales la Revolución de Octubre los tuvo en la oposición. La cuestión se planteó nuevamente en el Foro de Yenán, donde Mao Tse Tung expuso con su natural y sencilla profundidad por qué razones tuvieron que desatender transitoriamente la estructuración de una cultura de masas que fuera a la vez de calidad. Pero subrayó que era la cultura de masas la que había de fomentarse y perfeccionarse una vez terminada la lucha por la independencia nacional contra el Japón. Para el caso de Cuba, Fidel Castro ha expuesto con su habitual altura y claridad, por qué el gobierno revolucionario había pospuesto los problemas de la cultura superior a otros de emergencia y apremio. Creo que en las palabras pronunciadas por él en la clausura del debate entre escritores y artistas, hallamos los teoremas, por llamarlo así, del postulado del servicio público de la inteligencia, sin rebajar los altos niveles que ya ha alcanzado. En las reuniones celebradas en la Biblioteca Nacional los días 16, 23 y 30 de junio del año pasado, se analizaron aspectos cardinales de ese problema, inclusive en sus ramificaciones políticas, profesionales y económicas. Fue una contribución que se pidió a los escritores y artistas cubanos inspirados en el deseo patriótico de servir a la Revolución, y con la incertidumbre de cuáles habrían de ser los medios para ello, sin

que se afectaran los derechos naturales a la libertad de conciencia y de expresión. Puntualizó el Primer Ministro la labor y el Plan oficial en los organismos culturales, que es por ahora la parte rutinaria y administrativa, si se quiere, pero a mi juicio la función que debe desarrollar el gobierno, sin abrir cauces a la producción intelectual, aunque orientándola en la dirección general de las otras actividades. Por lo que llegó a mi conocimiento, esas reuniones tuvieron como principal mérito y de beneficio público, el que se hablara con franqueza y cada cual expusiera, como juicio personal y no como teoría, cuáles creía que eran los medios que al creador de obra de ficción le ofrecía la situación revolucionaria. El resumen de las reuniones, hecho por el Primer Ministro y publicado con el título "Palabras a los Intelectuales", contiene, a mi molesto parecer, las ideas fundamentales y normativas para la labor individual y colectiva. Yo no intentaré ahora esbozar un plan con arreglo a esas interesantísimas sugerencias, en el supuesto caso de que pudiera hacerlo y no fuera una osadía, pero expondré con sinceridad cuáles creo que son los sustentáculos más sólidos de ellas. Escojo al efecto los párrafos que considero propedéuticos:

1) Sobre cuál es la situación en que se encuentra hoy el artista creador para realizar su obra, el Primer Ministro dijo: "Comparándolo con el pasado, es incuestionable que los artistas y escritores cubanos no se pueden sentir como en el pasado, y que las condiciones del pasado eran verdaderamente deprimentes en nuestro país para los artistas y escritores. Si la Revolución comenzó trayendo en sí misma un cambio pro-

fundo en el ambiente y en las condiciones, ¿por qué recelar de que la Revolución que nos trajo esas nuevas condiciones para trabajar pueda ahogar esas condiciones? ¿Por qué recelar de que la Revolución vaya precisamente a liquidar esas condiciones que ha traído consigo?"

El área en que el intelectual puede moverse con libertad es todo el campo que abarca la Revolución, con los derechos y deberes comunes y generales: "Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho".

2) El reconocimiento de que el asunto en debate es complejo, sin duda muchísimo más de como parece a la investigación del estudioso superficial: "Es cierto que aquí se está discutiendo un problema que no es un problema sencillo. Es cierto que todos nosotros tenemos el deber de analizarlo cuidadosamente. No es un problema sencillo, puesto que se ha planteado muchas veces y se ha planteado en todas las revoluciones. Es una madeja, pudiéramos decir, bastante enredada y nada fácil de desenredar. Es un problema que tampoco nosotros vamos fácilmente a resolver..." "En el fondo, si no nos hemos equivocado, el problema fundamental que flotaba aquí en el ambiente era el problema de la libertad para la creación artística".

Y con esto el Primer Ministro revela que tiene conciencia de que tal problema es susceptible de por lo menos dos planteos: el individual, que se refiere a la labor del creador y que es el que atrajo la atención de los asistentes; y el social, al que será preciso atender en primer término.

3) En seguida se expone una situación de hecho que no debe menospreciarse: "Nosotros no tuvimos nuestra Conferencia de Yenán con los escritores y artistas cubanos durante la Revolución. En realidad, esta es una revolución que se gestó y llegó al Poder en un tiempo, puede decirse, *record*. Al revés de otras revoluciones, no tenía todos los principales problemas resueltos. Una de las características de la Revolución ha sido, por eso, la necesidad de enfrentarse a muchos problemas apresuradamente. Y nosotros somos como la Revolución, es decir, que nos hemos improvisado bastante".

4) Y ahora el problema se centra debidamente en el proceso revolucionario, fijándosele el lugar secundario entre otros conminatorios que se han de resolver antes: "Porque si alguna preocupación, si algún temor nos embargan hoy, es con respecto a la Revolución misma..." "Nosotros creemos que la Revolución tiene todavía muchas batallas que librar, y nosotros creemos que nuestro primer pensamiento y nuestra primera preocupación deben ser: ¿qué hacemos para que la Revolución salga victoriosa? Porque lo primero es eso: lo primero es la Revolución misma y después, entonces, preocuparnos por las demás cuestiones. Esto no quiere decir que las demás cuestiones no deban preocuparnos, pero que en el ánimo nuestro, tal como es al menos el nuestro, nuestra preocupación fundamental ha de ser la Revolución".

Con este aspecto del problema, se relaciona otro que es el del contenido y no el de las formas, que parecería haber sido preocupación de los participantes, y que es la misma de los innovadores y artífices que en otras

sociedades se propusieron el mismo problema de la creación (creación como novedad, como originalidad y no como estructuración nueva); y

5) Que "la cuestión se hace más sutil y se convierte verdaderamente en el punto esencial de la discusión cuando se trata de la libertad de contenido. Es el punto más sutil porque es el que está expuesto a las más diversas interpretaciones. El punto más polémico de esta discusión es: si debe haber o no una absoluta libertad de contenido en la expresión artística".

6) En este momento el Primer Ministro entra a fondo en la verdadera situación de la cultura dentro del proceso revolucionario: "Puede preocuparse por este problema (de si la Revolución puede asfixiar el espíritu creador) quien tenga desconfianza acerca de su propio arte; quien tenga desconfianza acerca de su verdadera capacidad para crear. Y cabe preguntarse si un revolucionario verdadero, un artista o intelectual que sienta la Revolución y que está seguro de que es capaz de servir a la Revolución, puede plantearse este problema; es decir, el de si la duda cabe para los escritores y artistas verdaderamente revolucionarios. Yo considero que no; que el campo de la duda queda para los escritores y artistas que sin ser contrarrevolucionarios no se sienten tampoco revolucionarios..." Porque el revolucionario pone algo por encima de todas las demás cuestiones: el revolucionario pone algo aun por encima de su espíritu creador: pone la Revolución por encima de todo lo demás, y el artista más revolucionario sería aquel que estuviera dispuesto a sacrificar hasta su propia vocación artística por la Revolución..." "Ser revolucionario es también una

actitud ante la vida, ser revolucionario es también una actitud ante la realidad existente, y hay hombres que se resignan a esta realidad, hay hombres que se adaptan a esta realidad; y hay hombres que no se pueden resignar ni adaptar a esa realidad y tratan de cambiarla: por eso no son revolucionarios”.

Recuerdo ahora lo que a este respecto escribió Heine. Cuenta este poeta que en cierta época de su vida pintaba a voluntad ángeles dorados y leones rojos. Vale decir, literatura revolucionaria o literatura de pasatiempo. Pero que en los últimos tiempos le ocurría que cuando quería pintar un ángel dorado le salía rojo de los pinceles. Y esto debe ocurrirle al artista y al escritor revolucionarios: que todo le salga de color revolucionario, sin preocuparse de si es león o ángel. No tendría entonces que cambiar de técnica ni de motivos, ni que preguntarse hasta dónde llegaba su libertad sin ser coartada. Es posible que cuando hayan adquirido naturaleza en su ser el arte y la literatura, cuando se le metan en la carne y en el alma no sólo le salgan rojos los ángeles sino que no podrá pintar sino leones. Pero tiene que ocurrir sin proponérselo, y hasta ahora en todas partes del mundo los intelectuales se han propuesto hacer muchas cosas que al fin tuvieron que hacer por ellos los demás: los que no saben pintar ni escribir.

7) ¿Qué es lo que siente el revolucionario como una fuerza imperativa que lo impulsa a sacrificar todo lo personal, inclusive el talento y, lo que es más, la vocación, en pro de la sociedad por la que lucha y está dispuesto a morir? Eso es lo que hizo Martí. No se trata de abstracciones, ni de anhelos utópicos: “Para

el revolucionario esos fines y objetivos se dirigen hacia la redención del hombre, el semejante, la redención de sus semejantes, lo que constituye el objetivo de los revolucionarios. Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo, y siempre diremos el pueblo. El pueblo en su sentido real, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir en la explotación y en el olvido más cruel. Nuestra preocupación fundamental y de siempre serán las grandes mayorías del pueblo, es decir, las clases oprimidas y explotadas del pueblo. El prisma a través del cual nosotros lo miramos todo, es ése: para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellas; para nosotros será noble, será bello y será útil, todo lo que sea noble, sea útil y sea bello para ellas. Si no se piensa así, si no se piensa por el pueblo y para el pueblo, es decir, si no se piensa y se actúa para esa gran masa explotada del pueblo, para esa gran masa a la que se desea redimir, entonces, sencillamente, no se tiene una actitud revolucionaria...” “Nosotros luchamos por el pueblo y no padecemos ningún conflicto, porque luchamos por el pueblo y sabemos que podemos lograr los propósitos de nuestras luchas. El pueblo es la meta principal. En el pueblo hay que pensar primero que en nosotros mismos, y esa es la única actitud que puede definirse como una actitud verdaderamente revolucionaria. Y para aquellos que no puedan tener o no tengan esa actitud, pero que son personas honradas, es para quienes existe el problema a que hacíamos referencia, y de la misma manera que para ellos, la Revolución constituye un problema, ellos constituyen también para la Revolución un problema del cual la Re-

volución debe preocuparse..." "Quiere decir que tenemos que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo, y el pueblo a su vez eleve su nivel cultural, a fin de acercarse también a los creadores. No se puede señalar una regla de carácter general: todas las manifestaciones artísticas no son de la misma naturaleza, y a veces hemos planteado aquí las cosas como si todas las manifestaciones artísticas fuesen exactamente de la misma naturaleza. Hay expresiones del espíritu creador que por su propia naturaleza pueden ser mucho más asequibles al pueblo que otras manifestaciones del espíritu creador. Por eso no se puede señalar una regla general, porque ¿en qué expresión artística es que el artista tiene que ir al pueblo y en cuál el pueblo tiene que ir al artista? ¿Se puede hacer una afirmación de carácter general en ese sentido? No. Sería una regla demasiado simple. Hay que esforzarse en todas las manifestaciones por llegar al pueblo, pero a su vez hay que hacer todo lo que esté al alcance de nuestras manos para que el pueblo pueda comprender cada vez más y mejor".

Imagino la extrañeza que habrá producido en los escritores y artistas hispanoamericanos que hayan tenido la rara oportunidad de leer las "Palabras a los Intelectuales", sobre todo si no conocen a Martí sino por las antologías. Tanto en su obra escrita, donde dejó expuestas taxativamente sus ideas acerca de lo que debiera ser una cultura popular americana, cuanto en la consagración de su genio y su vida entera, tenemos el paradigma de los deberes del intelectual para con la sociedad, y el reproche implícito de lo que no hemos hecho. Las palabras del Primer Ministro Fidel Castro

los recuerdan, como con la inflexión de la voz del Maestro, que sin el sentimiento de amor entrañable al pueblo —no el amor caritativo del docto al ignorante, del rico al pobre—, sin el amor a los más infelices y olvidados, que son la mayoría, sentido como deber de solidaridad humana que es necesario cumplir a riesgo de la vida, el intelectual no puede comprender una revolución de fondo. Sin ese amor de sus entrañas laceradas, la obra libertaria y redentora de Martí podría confundirse con la de cualquier político que empleara sus palabras sin pasión y sin fe. El revolucionario de logia y de cenáculo puede entender todos los móviles y la disposición de las fuerzas de lucha tan bien como el ajedrecista y el físico un campo de fuerzas, pero no al punto de incandescencia para sentir que la inteligencia, que es un privilegio de que suele disfrutarse sin gravámenes, puede servir mejor sacrificándola a la comunidad, como el miliciano entrega su vida. El primer sacrificio de Martí, en el presidio político, en aras del bien del prójimo, es el de su inteligencia que afina y fortalece para que sirva como una espada bien templada a la libertad de Cuba y no a su bienestar y su fama. Una fuerza sobrenatural lo sostuvo, iluminó su pensamiento, purificó su alma y armó su brazo: el amor al pueblo. Su patriotismo que rayó en fanatismo religioso era una reverberación de su amor al pueblo en el primero de los círculos concéntricos, Cuba, y sucesivamente del Caribe, de América y del mundo. Le escribe a Mercado, en 1878: "Usted conoce mi pasión por la justicia, mi ardor contra la infamia y la violación más mínima del derecho; mi ardor de enamorado por la gloria y el brillo de América." En carta a José

M. Pérez Pascual, del 26 de julio de 1894: "Yo no he hecho nada aún, más que sentir en mi rostro la bofetada de la soberbia a la humanidad, y vivir para abogado de los humildes. Ese es mi patriotismo, y nada menos; ni exclusión ni odio alguno, ni libertad tan injusta y estrecha, que comience por negarla, so pretexto del rincón de nacimiento, a los que la aman y respetan"; a Serafín Sánchez (marzo de 1895): "Pagaré gustoso con mi vida y con la constante mortificación de ella, la fe y la virtud de cada infeliz paisano nuestro"; y a Tomás Estrada Palma (el 1 de abril de 1895): "No habrá dolor, humillación, mortificación, contrariedad, crueldad, que yo no acepte en servicio de mi patria. Tal vez fuera nulo mi empeño de hacer entender plenamente a los hombres la absoluta consagración de un ser humano al bien ajeno, con desistimiento voluntario de todas las tentaciones o ambiciones que afean y desvían usualmente la mayor virtud; pero esa es mi consagración".

Era la suya la misma concepción mística de Dostoyewski; quien consideraba al pueblo eslavo, que significa esclavo, como elegido para la segunda redención, no porque poseyera virtudes y méritos superiores a cualquier otro, sino simplemente porque era el más desdichado de todos. Y Cuba ha sido, hasta hace tres años, uno de los pueblos más desdichados del mundo. Martí se aproximó por otras vías a una concepción análoga, y llegó a escribir: "La América de Juárez es más que la de Lincoln, porque es nuestra y porque es más infeliz." Ese amor a la humanidad, que no es abstracto como el amor a Dios, sino concreto porque la humanidad es la suma y compendio de los seres humanos to-

dos, falta al artista y al escritor de formación burguesa, por lo cual acaso se le presenta como problema de contenido y forma lo que es deber de conciencia. De modo que la pregunta real que formulan es: cómo podrá la revolución aprovechar su talento, y no cómo debe servir su talento a la revolución. En realidad, el formularse esa pregunta indica que para ellos no se trata de un deber de conciencia sino de un problema de utilización de energías vacantes, de desempleo. Martí no se preguntó nunca cómo podría servir con su inteligencia a la revolución, sino cómo podría servirla él; no con una parte de él, sino todo él. "Nunca he pensado en otra cosa que en la libertad de Cuba" es una verdad reiterada que no necesitaba declarar porque resulta la razón de ser de su existencia entera; y cuando aparentemente pensaba en otra cosa era otra cosa que también servía a la libertad de Cuba, de América y de la humanidad. Eran otros caminos de su peregrinación que llevaban al mismo santuario de amor y sacrificio. Y esa ofrenda no menoscabó ni empañó su genio de escritor, sino que al contrario le dio la fuerza y el fulgor que tiene.

El amor de Martí al pueblo despierta en el presidio como compasión, y gradualmente se eleva a deber imperativo que lo obliga a sacrificarlo todo: padres, hermanos, mujer, hijo, patria, bienestar, honores, descanso. "¡Dónde está la piedad, que no está donde padecen los desgraciados!" es exclamación que evoca sus primeras páginas de anatema al despotismo español en Cuba al mismo tiempo que suplica por las víctimas inocentes de su saña: "Yo os pido latidos de dolor para los que lloran, latidos de compasión para los que sufren

por lo que quizás habéis sufrido vosotros ayer, por lo que quizás, si no sois aun los escogidos del Evangelio, habreis de sufrir mañana. No en nombre de esta integridad de tierra que no cabe en un cerebro bien organizado; no en nombre de la integridad de la honra verdadera, la integridad de los lazos de protección y de amor que nunca debisteis romper; en nombre del bien, supremo Dios; en nombre de la justicia, suprema verdad, yo os exijo compasión para los que sufren en presidio, alivio para su suerte inmerecida, ensangrentada, vilipendiada”.

Como Siberia para Dostoyewski, el Castillo de la Cabaña es para Martí un apocalipsis, porque en los desdichados que allí padecen está personificado lo divino y lo eterno, como en el nacimiento y la muerte. Para Dostoyewski lo mejor del pueblo ruso estaba en las cárceles —y así pensaba Thoreau del norteamericano—, y si para Martí la revelación no había penetrado tan hondamente en la urdimbre metafísica de la injusticia, si llegó al borde de ese abismo, y casi con las palabras de *La casa de los muertos*. Descubrió que Nicolás del Castillo, Lino Figueredo y Delgado eran superiores moral, humanamente a sus carceleros, los funcionarios que mandaban en los carceleros, los magistrados que mandaban en los funcionarios y que la parte de la sociedad que los engendraba y los sostenía. A todos ellos se enfrenta en sus rebeldes dieciséis años, en defensa de esos infelices que se rebelaron contra el ultraje y el atropello sufriendo castigo por su virtud: “Y cuando volvió a extender las manos en la demanda de la limosna nueva, alargasteis otra vez la masa de carne y sangre, otra vez reisteis, otra vez se la lanzasteis a

la cara. Y ella sintió que la sangre subía a su garganta, y la ahogaba, y subía a su cerebro, y necesitaba brotar, y se concentraba en su pecho que hallaba robusto, y bullía por todo su cuerpo al calor de la burla y del ultraje. Y brotó al fin. Brotó, porque vosotros mismos la impelisteis a que brotara, porque vuestra crueldad hizo necesario el rompimiento de sus venas, porque muchas veces la habiais despedazado el corazón, y no quería que se lo despedazárais una vez más”.

No eran delincuentes; delincuentes eran quienes los castigaban por sus sentimientos humanitarios. En el presidio Martí vio al hombre justo sacrificado por defender a los demás: vio el rostro de la Verónica. En 1872 escribe, estando en Madrid, en recordación de los mártires del 27 de noviembre del año anterior: “El honor y la justicia gimen con nosotros, con nosotros inclinan la frente sobre la tierra; sobre nosotros lloran sobre ella, tumba inmensa, gloriosa de aquellos a quienes la maldad y la ira negó la tumba común”.

Martí ama al pueblo como ama a su América infeliz, admitiéndolo como es, en virtud de “la fraternidad de los afligidos” (Fragmento 308), y como el amor de Dante transfiguró a Beatriz, el amor de Martí a Cuba le hizo sentir que todo en su pueblo era noble, bello, generoso, puro, y deposita en él su fe y su esperanza “para levantar el mundo”. “Hermosísimo espíritu —le escribe a José Dolores Poyo, en 1894—, espíritu de abajo. Contento, viril. El alma del pueblo, culto o inculto. Unidad bella”; “lo cumpliré, y como una religión, con miedo lo cumpliré y con ternura, no con el descanso de la vanidad satisfecha”. Y, en el discurso “Con todos y para el bien de todos” (Tampa, 26 de noviembre

de 1891): "Esta es la turba obrera, el arca de nuestra Alianza, el tahalí bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se provee y se ama." Como Dostoyewski, con fundamentos de otra índole, creía Martí que el pueblo había de ser el Mesías de su propia redención y de los pueblos oprimidos. Su espíritu cristiano conserva del cristianismo la esencia pura, lo que es común a todos los seres humanos humanizados, y para nuestro padre y maestro Jesús fue el libertador de pueblos: "Cristo estaba lleno de amor para los humildes —escribió—. Y como él venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios, y como los pueblos le tomaron un gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas se iban tras él, los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz" ("Hombre del campo"). Otra vez escribió: "En los pueblos está la Gran Revolución".

Es el amor al pueblo, que comparten con él Gómez y Maceo con el mismo espíritu de emancipación y redención, lo que une a estos tres hombres de temperamento y personalidad cívica tan dispares. Gómez dicta a Fermín Valdés Domínguez (el 15 de agosto de 1896, en Minas de Camasán): "Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fui a la guerra llevado por aquellos recuerdos a pelear por la libertad del negro esclavo; luego fue mi unión contra lo que se puede llamar esclavitud blanca, y fundí en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mi vida; pero a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que acepté al principio la revolución para buscar en

ella la libertad del negro esclavo." La causa que detiene Martí es la de los que mueren por la libertad: "Con Guaicaipuro, Paramaconi, con Anacaona, con Hatuey hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron" (Fragmento 35).

Proyectados al plano de la acción liberadora, esos sentimientos son esencialmente los mismos que a Dostoyewski condujeron a la esperanza mesiánica de que el pueblo ruso sería el redentor del mundo. Encuentro que Romano Guardini analiza la esencia del amor de Dostoyewski al pueblo ruso, y sus palabras creo que convienen al caso, tan semejante y tan distinto, del gran amor de Martí al pueblo cubano. Dice: "El pueblo está en íntima conexión con los elementos del ser, ha nacido con la tierra, está sobre ella, trabaja en ella y vive en ella. El pueblo está enlazado en la estructura misma de la naturaleza, sumergido en las ondas de la luz y del acontecer natural, y siente tal vez, sin tener palabras para expresarlo, el todo en su unidad. Es el pueblo, a pesar de sus miserias y sus pecados, lo auténticamente humano, y a pesar de todas sus bajezas, enjundioso y sano, porque tiene sus raíces en la estructura esencial del ser; en cambio el cultivado, el *occidental* que se aparta de esa vida profunda se convierte en un ente inconsciente, artificial y enfermo. La sangre del hombre del pueblo está en su circulación abierta al torrente de la vida común en familia, de la vida de la comunidad y de la vida de la humanidad. El hombre del pueblo vive la totalidad de los sucesos del destino. No tiene ninguna posibilidad de sustraerse al sino, mas

tampoco se siente impulsado a hacerlo"; "El pueblo no reflexiona ni se proyecta hacia afuera. Vive aferrado a sus raíces, aferrado al ser hacia adentro. No piensa ni siente de una manera abstracta, sino que lo hace valiéndose de imágenes y sucesos concretos. No sigue ninguna doctrina, sino que obra partiendo de la sustancia concreta, del ahora y del aquí. Sus instintos no han sido aún engañados, de suerte que posee un seguro sentido de dirección y de distinción. El vigor de su vista no ha sido aún destruido; en su vida se erige el símbolo y la visión puede llegar al pueblo y descubrirle el sentido del universo. Instruido por las calladas fuerzas creadoras, sabe y comprende"; "El pueblo es un ente abandonado a sí mismo, fatigado y agobiado. Es posible que sea astuto, mas sólo se trata en él de una astucia que se da dentro de ese ser del que se encuentra cautivo. Claro es que también se da el mal, y en gran medida, en el pueblo. En medio de la infantil e inocente alegría y de la bondad más acendrada puede surgir de pronto, cual rayo, un estallido de pasión que se convierte al punto en necia furia. Todas las malas pasiones, furor salvaje, perfidia, imprevisibles raptos de destrucción, crueldad sin límites, abandono a la vida licenciosa y al alcohol, corrupción, todas las fuerzas del mal pueden enseñorearse de él, mas con todo eso, sí, a pesar de todo eso, el pueblo es "bueno como los niños". "Y el pueblo así concebido está cerca de Dios" (*El universo religioso de Dostoyewski*).

Walt Whitman, "el gran rebelde, que pasaba horas en el pescante, hablando con los cocheros", pensaba también que, a pesar de todas sus maldades, vicios y

picardías, el pueblo era sagrado. Martí salta directamente al fallo absolutorio y, como es habitual o mejor dicho connatural en él, considera solamente lo bueno, que es lo esencial, lo genérico universal. Sin ese amor que engendraba la fe y la esperanza en su pueblo, no habría podido organizar y llevar adelante una empresa de estrategia política que se considera de las obras más estupendas en su género en el siglo XIX. Los biógrafos y críticos de Martí no subrayan debidamente este rasgo de su personalidad, y sin considerarlo en su verdadero significado su obra y su vida perderían el coalescente de mayor fuerza, el que les dio la unidad maciza y sin máculas que presenta. Por las lecturas que hice, ha sido Manuel Sanguily el único de sus contemporáneos que, con mayores datos que nosotros, pero también con más aguda penetración que los escritores y biógrafos, destacó esa pasión evangélica de Martí como "ascua de la fe salvadora", y está perfectamente en lo cierto cuando afirma: "El último rayo de ese eclipse vibró largo tiempo a través de nuestros desastres y en el silencio de la derrota, y fue a encender en el alma ardiente de Martí el ascua de la fe salvadora, que había de crecer más tarde y producir el pavoroso incendio. Porque el mérito singular, extraordinario de Martí ha consistido —no precisamente en el caudal inagotable de sus ideas, en su fogosa imaginación, en su peculiar pero altísima oratoria, en sus aptitudes diversas y asombrosas, en su habilidad y poderío para mover a los hombres—, consiste, mejor dicho, en todas esas excelencias juntas, que ya bastan para que fuese un ser privilegiado; pero consiste, por encima de todo, en que tuvo también confianza en el

pueblo cubano y fe inextinguible en sus destinos superiores y tan convencida, tan sincera, que consagró los últimos años en que vivía como en un vértigo, el rigor de su recia naturaleza, la fuerza de su atrevida inteligencia, la energía de su voluntad de acero en despartarlo de lo que él creía que era realmente el abyecto letargo colonial, para mostrarle transportado las claridades de un nuevo mundo, las seducciones de un porvenir mejor y más noble, convirtiendo de este modo su destino personal en un apostolado de redención y de esperanza”.

Para la recuperación de Martí como mentor de la nueva sociedad cubana, es indispensable tener en cuenta las palabras del Primer Ministro doctor Fidel Castro al colocar el problema de la cultura en el cuadro de la Revolución y como uno de los servicios públicos. Su comparación del problema con una madeja enmarañada es correcta. La maraña preexiste en la maraña de los factores proteicos del problema, ninguno de ellos dilucidado a fondo individualmente, y su complicación original es que antes de haberse resuelto cada uno de los términos integrantes se los ha llevado en bloque al problema central, suponiéndose además que no tenga conexiones con otros. El contenido y la forma, que preocuparon en las discusiones, son entidades distintas, y así como el aparato entero de la civilización es absolutamente transformado, sin tocar a las instalaciones, si deja de ser de propiedad privada y pasa a ser de propiedad colectiva, nacional, asimismo, sin alterarse en nada la estructura de los artefactos culturales, el sistema puede pasar de servicio restringido a servicio público, de bien propio del poseedor y los usufructua-

rios de su clase a bien de todos. Entonces lo que habrá que cambiar es el alma del creador y no los objetos que produce. En tanto esto no acontece, aun el servidor decidido de la Revolución lleva consigo una carga negativa que puede manifestarse inopinadamente como destructora. Lo enmarañado aquí es la psicología y la emotividad del creador que no es revolucionario, si intenta hacer obra revolucionaria con los medios inadecuados de que dispone. Puede disfrutar de la libertad límite, que llega hasta donde comienza la libertad de los demás; puede crear despreocupado de la sociedad en que vive, como lo hizo antes, pero sin enfrentarse a ella. Si intenta intervenir en el proceso revolucionario manteniéndose él fuera, entonces hace obra contrarrevolucionaria, y la pregunta debió ser: “¿hasta qué límite se me permite la acción contrarrevolucionaria literaria o artística?” A la pregunta: ¿qué hacer? Martí habría contestado con una de sus palabras favoritas: servir. “El gusto es ir en la columna en marcha”, le escribió a Vargas Vila, “como usted, como yo, confundido en la pena, bregando y perdonando. Llorando, rugiendo, levantando al caído, cayendo. Todo es gozo cuando se pelea por la ley del mundo”.

Un apotegma de Fidel Castro es que “el deber del revolucionario es hacer la revolución”. Para esto hay tantos medios y oportunidades como personas y lugares. El revolucionario de acción está sirviendo a la Revolución al realizar la tarea de cada día, y los mismos hechos van indicando las soluciones acertadas. En esto “la sabiduría campesina”, como la denominaba Martí, posee el instinto casi infalible de hallar las respuestas justas a cada situación, pues “instruido por

las calladas fuerzas creadoras, sabe y comprende". Más bien el peligro de error está en las interferencias que el revolucionario de pensamiento puede operar al ofrecer soluciones de razonamiento y cálculo, en que el error suele pasar inadvertido por la irrefutable fuerza de las deducciones lógicas. Si el intelectual procediera con la misma modestia que el "hombre de la calle", sin pensar en sí, ya sería bastante. Pues en una revolución no todo es lógico, ni todo lo lógico se aviene a una nueva ordenación de cosas y valores que exige un razonamiento de otra clase, al que no estamos acostumbrados. A mi parecer, lo más saludable hasta ahora es que los intelectuales no han tenido funciones ejecutivas ni directivas, que mayormente no cuentan como tales en el proceso revolucionario. La dirección revolucionaria exige, indiscutiblemente, cálculo y razonamiento, más precisos y cuidadosos que cuando los márgenes de error eran más elásticos y que son los que se requieren de los técnicos. En el caso de las revoluciones burguesas, hubo dos planos; el militar de los organizadores y ejecutores del plan revolucionario y el plano político de los letrados, que desde el margen del proceso revolucionario introdujeron en él ese ingrediente cívico y legalista para ajustar el nuevo status a las normas institucionales anteriores. Por fortuna, en Cuba los dirigentes son los mismos que encabezaron la guerra en los montes y en los llanos, y su crédito está en que han sido, antes que líderes, jefes de la acción guerrera. Hicieron la guerra y hacen la revolución, y saben qué estructuras han quebrado la resistencia de los materiales y cómo se debe reconstruir aprovechando los que sean útiles.

Martí ha sido en este caso, y deberá serlo en todos, el numen inspirador de la guerra libertadora y de la revolución creadora. No concedió gran importancia al factor inteligencia en la realización del plan del Partido Revolucionario Cubano (la inteligencia ya equipada, no la aún en estado de pureza nativa), pues organizó y puso en marcha la revolución del 95, que es ésta de 1959, con obreros de los Cayos, "la turba obrera", y con mambises ascendidos a generales en actos de heroísmo y pericia, a la sazón jornaleros emigrados. No hubo estadistas, economistas, militares de escuela, ingenieros ni intelectuales, si por esta palabra entendemos profesionales sin profesión. El era licenciado en Derecho y en Filosofía, pero jamás empleó sus conocimientos y recursos profesionales ni para bosquejar el gobierno que habría de establecerse después; y para mejor servir, "colgó de un árbol marchito su muceta de doctor". Y la historia confirmó sus recelos. Los pocos hombres de instrucción superior que intervinieron en la guerra de 1895, durante la ocupación y el gobierno republicano bajo control que se inicia en 1902, se convirtieron en negadores de facto de los principios formulados en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, en el Manifiesto de Montecristi y en los trabajos doctrinarios de Martí. Más bien cumplieron el programa de los autonomistas y anexionistas. La república que desterró con el silencio o, lo que es peor, con un culto falseado, a los héroes, a los que combatieron la tendencia a convertir la nueva república en una nueva colonia.

Creyó que el pueblo que hacía la guerra podría manejarla después, y gobernarse por sí si mantenía fir-

mes los principios morales y humanitarios de la guerra. No dejó una palabra que pueda interpretarse como prefiguración de los nuevos poderes públicos, sino la necesidad de eliminar de ellos a los militares y los políticos. Tampoco dejaron Marx y Engels un programa de organización política; creyeron que la liberación de los pueblos tendrían que realizarla ellos mismos, con la seguridad de que ellos mismos hallarían las formas de realizar el ideal por el que morían. El ejemplo de la revolución de masas de 1871, que repetía las de 1789, 1830 y 1848 los aleccionó, y ellos, que fueron previsores, se abstuvieron de dar preceptos en ese sentido; bastaba la crítica que hicieron a ese movimiento y al XVIII Brumario bonapartista. No tenía Martí ningún respeto por los hombres de teorías y se refirió a ellos por lo regular despectivamente, como ideólogos peligrosos que "sabían de Homero pero no de abejas". Ha dicho en numerosas circunstancias qué opinaba de los que habían aprendido la libertad en los libros, de los pensadores de lámpara, de los bibliógenos y de los literatos con enaguas, como asimismo de los "políticos de cervecería y de esquina". En fin, regresó a Cuba de su largo y amarguísimo destierro, abandonando su puesto de director espiritual de la guerra para tomar parte en ella como soldado, con la tropa.

Tengo la certeza de que mis palabras complacerían al más grande de nosotros, al numen orientador y modelador de los ideales humanitarios y libertarios de la Revolución Cubana, porque la verdad, camaradas, es que esta nuestra cultura de gabinete se ha elaborado exactamente lo mismo que la otra riqueza de los banqueros y latifundistas, con el sudor, la sangre y las lá-

grimas de los que no recibían de ella sino las migajas de un gran festín. Si ahora no encontramos al alcance de la mano un recurso, una coyuntura para insertar en el cuerpo en gestación de una nueva sociedad socialista, confraternal, digna y justa es porque se someten a ordalías las ejecutorias y los títulos, y porque estamos siendo juzgados en un tribunal ante cuyos jueces populares nuestras prendas nobiliarias, nuestra papelería, como la llamó Martí, era de la misma clase de los billetes de banco sin respaldo, admirablemente diseñados, magistralmente litografiados, pero falsos.

Sentada la premisa de que el intelectual de la especie híbrida a que pertenecemos los espectadores impasibles de la historia, no tiene papel ninguno que representar en los primeros actos del drama revolucionario, sino en la mera condición de ciudadano con los deberes y derechos comunes a todos los demás. Por lo que me ha enseñado la historia de América, encuentro justo que hasta hoy no hayan intentado, sino en casos esporádicos sin importancia, participar en la acción revolucionaria de la cultura desde fuera de los cuadros de la organización revolucionaria. El intelectual que sobrentendemos con esta palabra anodina, perteneciente a la más fastuosa de las culturas ornamentales, posee el equipo mental y emotivo anacrónico que está dotado desde épocas en que la dinámica social incluía entre los factores de primera línea el pensamiento fortalecido en el ocio más que en el ejercicio gimnástico de la lucha por la libertad. Creo más: creo que la mentalidad burguesa, la inteligencia y la sensibilidad forjadas en el estudio, la meditación y la afinación de los instrumentos expresivos, sea el lenguaje

artístico o el matemático, son en esta fase de la vida cubana un óbice, uno de los estorbos que integran la impedimenta de la retaguardia, de heridos, enfermos, exhaustos y valetudinarios. Lo digo con respeto, y con el penoso deber de ser sincero, pues yo también me considero un soldado de la impedimenta. La tropa está en marcha y sólo podremos ser útiles si abandonamos nuestras bruñidas armas de panoplia y empuñamos las de los compañeros; si cambiamos la lira por la espada, pues no hicimos nosotros lo que Martí: "Mi verso al valiente agrada; / Mi verso breve y sincero, / Es del vigor del acero / Con que se funde la espada" (*Versos sencillos*, V). De este tono son palabras de Heine, escritas en los días ardientes de la revolución de 1848, en París. Y escojo otra vez el nombre de este fino poeta y pensador que muchas veces sintió, como Martí, la vergüenza de no ser un obrero de la obra que realizaban también para él y para todos, los que morían en las barricadas defendiendo la libertad que él defendía con la pluma. Lo escojo también porque Martí lo amó y transcribió íntegra, en una de sus más estupendas correspondencias revolucionarias, la titulada "Un drama terrible", la "Canción del Tejedor" que es de las más violentas que jamás se han escrito. Decía Heine, más o menos, que siempre había soñado con que en su tumba se pusiera una corona de rosas y una lira, porque su gloria era haber compuesto canciones de amor; pero que ahora quería que sobre la lápida se pusiera una espada, porque siempre había sido ante todo un combatiente por la libertad.

Heine fue, efectivamente, en toda su vida atormentada, un luchador que usó con finura la ironía y el

sarcasmo para atacar, como Voltaire, los baluartes multiseculares del fanatismo, la ignorancia y la crueldad. Expatriado en Francia, hizo amistad con Marx, que usaba de otras armas mucho más poderosas y eficaces en la misma cruzada de liberación. Se entendían como hombres llanos inspirados en un ideal humano común, y disientían cuando emplaban el lenguaje de los filósofos. Se sabe que discutían diariamente, sin avenirse en pactos de condescendencia, defendiendo cada cual su táctica, ya que coincidían en lo fundamental. La posición de Heine era la del poeta que teme que la turba iracunda pueda poner fuego a las bibliotecas y saquear los museos. Pero años más tarde, en *Lutecia* o en *Confesiones*, no recuerdo bien, fabuló muy en su estilo, que sentía pavor al pensar que sus libros de amor pudieran servir para que alguna anciana vendedora de ultramarinos les arrancara las hojas para envolver café o tabaco; pero reflexionó que si era para que alguien que no pudo antes beber un pocillo de café y fumara con sosiego un cigarro, no estaba mal que sus versos tuvieran también ese destino.

Yo creo asimismo que sólo un hedonismo egoísta puede rehusar que se utilicen nuestros poemas en un destino tan humilde, puesto que no los escribimos para preservarlos de riesgos tan previsibles. Al fin, no sabemos si por misteriosos designios de los dioses, los libros nos han de servir en los trances decisivos para algo más que leerlos. ¿Pues no nos cuenta Lope que, siendo tripulante de la Armada Invencible, se vio en la necesidad de usar para taco de mosquete el manuscrito de su poema *La hermosura de Angélica*? Si los libros que hemos escrito no han previsto esa otra for-

ma, para nosotros bárbara, de utilidad pública, es porque no merecían sino la gloria de envejecer en los estantes de las bibliotecas. Y eso mismo ocurre con el tesoro que defendemos intangible en nuestra inteligencia, y cuyo destino puede ser el de esterilizarse por senectud en un alimento espiritual que ni siquiera alcanza la virtud nutritiva del pan. En esto Martí habría asentido de todo corazón, y sabemos cómo se refería a sus "papeles" cuando los contemplaba a la luz de su obra de soldado de la libertad. Esta confesión en el Prólogo a *Flores del destierro*, se repite literalmente en el artículo sobre Henry Bergh: "Me parece la expresión hembra del acto y, mientras hay que hacer, me parece la mera expresión indigno empleo de las fuerzas del hombre." Hay, además, una hermosa página de espíritu heineano en "Conversación con un hombre de la guerra", que me complace reproducir: "¿Cartuchos? Se ingenia uno. El ingenio viene con la necesidad. Vea a Guerra, el venezolano cuando vino con la gente de Las Villas, de vuelta de Camagüey. No tenía cartuchos. La gente encontró un diccionario viejo en un rancho abandonado. Ya tenía pólvora; ya tenían un diccionario; faltaba la goma para pegar el papel; faltaba la bala. La goma era fácil: la leche de jagüey, que la cogen en güiros, a machetazos; sólo que el jagüey, para que no se enoje, hay que darle con suavidad; y esa goma no la quita ni el diablo. ¿Las balas? Pues se desuellan las casas viejas, se les sacan los balaústres, y ya están todos los menesteres. Al acampar por la noche, a las once, después de marchar todo el día, se juntaban los oficiales, cerca del pabellón del jefe, debajo de un árbol, con el güiro a un lado. El del

diccionario era hombre de gran confianza; el papel puede mucho en las guerras, por más que digan; aparecía con su tesoro; iba dando, como pan bendito, una hoja, que cada oficial partía en cuatro, para cuatro cartuchos: había dos cortafíos y una mandarria que servía de yunque. Unos pegaban los cartuchos, otros cortaban en pedazos los clavos y los balaústres, con cada un pico del demonio. Los españoles nos decían luego al pelear: "¡Bárbaros, no tireis con balaústres de ventanas!" ¡Es lo más simple, hacer cartuchos!"

Presenciando el espectáculo de un pueblo que está aplicando todas sus fuerzas a la construcción de una sociedad de justicia, de confraternidad y de paz, he llegado a la conclusión de que los intelectuales debemos resignarnos con buen sentido práctico, a construir primero, en unión de los demás ciudadanos, los cimientos y las paredes de ese templo de mañana que comienza siendo hoy un taller, una granja, una cooperativa y una escuela, y no pensar por ahora en colocarle una cúpula y embellecerlo con pinturas y estatuas, con músicas y representaciones coreográficas. Y si no se hiciera, porque resultare que en lugar de esas formas, que al fin pertenecen también al tipo de cultura contemplativa que dije, y hubiesen de ser sustituidas por otras, de las cuales no tengo sino muy vaga idea, diré que ello es también plausible y que debemos entregar, no sólo los libros sino la sustancia para nosotros sagrada con que se escriben los libros, para que en trances de emergencia se hagan con sus páginas cucuruchos de especiería y tacos de fusil. Una revolución que destruye las construcciones ciclópeas en que se guarecían los enemigos mortales del género humano, que las des-

truye como cuarteles que ha de convertir en escuelas y en campos de deportes los campos de concentración, tiene derecho a demoler también todos aquellos paramentos que contribuyeron a su sostén recubriéndolas con imágenes piadosas que las hacían venerables. Cuanto no tiene en sí poder suficiente para resistir la prueba de fuego de una revolución de fondo como lo es la Revolución Cubana, no tiene derecho a sobrevivir. Si en su primera fase destructora la revolución arrasa un tipo cultural señorial a la que hemos vivido consagrados en una idolatría que daba espaldas a los sufrimientos y las humillaciones de nuestros hermanos más desdichados, debemos cooperar en esa obra de depuración en que podemos ver la mano palpable de una némesis que en definitiva no puede ser sino saludable. Lo que caiga destruido de esa cultura no vale la pena de ser defendido, y lo que verdaderamente cuente en la historia del progreso y la superación de la humanidad, no podrá ser destruido y sobrevivirá. Como dice Simmel de la ruina, lo que resta en pie de los templos y las obras de las manos de los hombres, cuando se derrumban, recobra una belleza resultante del equilibrio de las fuerzas tectónicas de la Naturaleza y del ingenio que contravino sus leyes y se somete a una nueva y más estable ordenación de sus materiales. Asimismo el derrumbamiento de un edificio construido con materiales de alegría y dolor, imperecederos y deleznales, de los que estos últimos serán los que se destruyan, y es natural que nos consterne, pues, como dijo Martí: "No se echan abajo veinte siglos sin que ofusque durante algún tiempo nuestros ojos el polvo de las ruinas" ("Hombre de campo").

EL MAUSOLEO DE MARTÍ

I

Mi peregrinación a Santiago de Cuba, en noviembre de 1961, puedo expresarla ahora con estas palabras del noble amigo de Martí y de Gómez, el general Serafín Sánchez, en 1896, yendo a Dos Ríos: "Fui al Calvario de José Martí como va el creyente sincero a arrodillarse delante del dios de los ideales santos de su religión". Desde Pinar del Río a Santiago, andando sin objetivo preciso, solitos mi mujer y yo, ¿qué era ese viaje sino una peregrinación, y a dónde íbamos sino al templo de los dioses tutelares de Cuba, que Martí adoró, la Libertad, la Justicia y la Dignidad?

Hacía ya varios días que diluviaba, y el viaje en guagua desde Camagüey, con contratiempos que lo estiraron a diez horas, fue penoso. Llegamos cansados y dehechos, con un mes de andanzas en el cuerpo, y nos hospedamos en un hotel fuera de la ciudad. Al día siguiente se nos ofreció generosamente un paisaje geográfico, de sierra, valle, vegetación y cielo de pizarra en que resaltaban los colores lozanos y jugosos, en un panorama agreste con la ciudad al fondo. Dos días estuvimos en el Ararat, esperando el sol o el fin del mundo. Al cabo fuimos en máquina de excursión a recorrer los alrededores de Santiago, las sierras y los arrabales, para templar el ánimo a las grandes emociones. La lluvia había inundado campos y barrios, anegado casas, derrumbándolas, y se veía la ropa, los muebles y los enseres sacados a orear bajo los cobertizos. La pobreza es en Santiago, como lo fue en los peregrinos,

un signo de virtud y de comunidad, porque allá todo es decorosamente pobre, con las cualidades de carácter y dignidad que únicamente se crían en la estrechez.

Anduvimos por las estribaciones de la Sierra Maestra, pasamos frente al Cuartel Moncada y, finalmente, vimos la "Manzana de Gómez" de casitas para obreros, construídas por ellos y las familias, relucientes a la luz esmerilada y uniforme de un amplio cielo también humilde e inconsútil, como juguetes a la distancia. Se percibía, dentro, por las puertas abiertas y el vestíbulo aseado y sencillo, la paz y la seguridad, la confianza en el mañana, la buena vecindad. También, en contraste, como la exhibición en maquetas de dos épocas, los muchos tugurios que todavía esperaban el paso del mesías, del INRA, que parece INRI, testimonios de lo que fue un estado ecuménico, de existencia de las pobres gentes durante décadas y siglos. Se me demoraba, así, conforme a mi temor, el llegar al mausoleo, objeto efectivo de la peregrinación y el paseo, al altar cívico donde se conservan los restos mortales del hijo inmortal.

De lejos lo divisé. pisando los charcos por no poder saltarlos, llegamos cuando la tarde se anochecía. Pensé: tres veces fue exhumado y sepultado de nuevo Martí: en Remanganaguas; la segunda el 24 de Febrero de 1907, con desfile de tropas y corporaciones, charangas, trompetas y tambores, en cuyo séquito, al frente, iba el general José Martí y Zayas, en representación de la familia, del ejército y del gobierno, en uniforme de parada; la tercera el 30 de junio de 1951, a este solitario y frío sepulcro monumental. Hasta entonces se había hablado muy poco de Martí, que en la república

frustrada era la voz clamante en el desierto de los mártires traicionados. Después se habló mucho de él, pareciera que para ocultar que se lo había olvidado.¹

Y esa tarde de frío y lluvia, yo, viejo, valetudinario y forastero, expatriado y desconocido, me había acercado a sus reliquias silenciosamente, para sentir en mi alma su soledad más que la mía, para llevarle mi compañía y dejársela. Ante la urna, en el mausoleo, no sentí ninguna emoción fuerte, como esperaba, lo confieso, y hasta pensé que, como en otras ocasiones había ya experimentado, mi habilidad natural al culto de los héroes pudiera ser un autoengaño de mi frialdad e irreverencia congénita. Mi impresión frente al mausoleo de Martí era más bien desconcertante. No porque faltara el ambiente propicio a la unción. Un mes de noviciado y una semana de hidroterapia espiritual eran suficientes: lloviznaba, hacía frío, con la espalda y los pies húmedos, a mi redor el silencio de los cementerios, que es mudo más bien que vacío, templaban el alma para la reverencia y el recogimiento. Idéntica situación incomprensible y paradójica se me produjo muchas veces, en un lapso de treinta años, entre mi visita a la tumba del soldado desconocido, que era una taza de fuego arrebatado como flámula por el viento; la de Víctor Hugo, de Rousseau, de Balzac, de Molière, en París; de Miguel Ángel, Corelli, Galileo, Rafael, Boccaccio en Florencia y en Roma; de Washington, en

1 "Aquel destierro todavía dura para algunos que no han dejado sus huesos en patria ajena, o no han vuelto ahora a la manigua." (Rubén Darío, Los Raros.)

Vermont; y, más recientemente, de Dante, en Ravena; de Beethoven, Schubert y Brahms, en Viena; de Bach, en Léipzig; de Goethe y Schiller, en Weimar; de Tolstoi, en Yasnaia Poliana; de Dostoyewski, Chaikowski y Mussorgski, en Leningrado; de Lenin, en Moscú; también las tumbas de los zares, en la catedral de Pedro y Pablo; de Napoleón en el Hotel de los Inválidos; de Cecilia Metela, en Roma, de Pedro I; y jamás me tentó siquiera la curiosidad de ver las momias de los faraones y no habría dado un paseo en guagua para ver las tumbas de las pirámides. El sentimiento o el instinto de la grandeza humana y, lo diré, el respeto y el culto a los héroes, los santos, los sabios, los artistas y los filántropos llegan en mí a la idolatría; pero no al fetichismo, a la iconolatría de los imagineros, de los custodios de los trofeos, las panoplias y otras reliquias de armería, y menos a la vil admiración de los turiferarios a los déspotas y usurpadores que pueblan los altares de los ateos y los fanáticos. ¿Qué tiene que ver: qué relaciones hay entre la grandeza humana y la enormidad de las moles y de las fantasías megalíticas con que se pretende confundirla? ¿Desde cuándo será más majestuosa que la tumba agreste, a la intemperie, de Tolstoi, o la de la caballeriza o granero, no recuerdo bien, de los esposos Washington, el Rockefeller Center, si ese es el monumento recordatorio del fundador de la dinastía de los petroleros y templarios de "boss" y de "lobbv"?

He leído bastante libros sobre la significación de Martí en la vida histórica de Cuba, valoraciones de sus obras y definiciones de su personalidad, y pocas me agradaron y emocionaron tanto como la de Gerardo

Castellanos G.: "es un mambí", en tres palabras que recuerdan las dos mejores definiciones de Cristo: "fue un rabí", "fue un nabí", un maestro, un profeta, que son tan similitudines con la anterior. ¿Y qué iguala a la que oí de la boca de un querubín o ángel de sabiduría, que esa tarde, de vuelta de un viaje de media hora a Jamaica, ante el mausoleo, me dio también en tres cabalísticas palabras una de las revelaciones supremas de que Martí vive insepulto?

Despaché a los tres arrapiezos que fungieron de ciclerones, y uno de ellos eventualmente de fotógrafo:

—Toma, pero no te lo fumes; toma, para que te compres una bicicleta; toma tú —el menor—, para que vayas a Jamaica en avión y vuelvas.

Aceptaron las monedas y la broma. Quedé solo, a la puerta, asido a los barrotes de hierro, el tiempo que mis acompañantes compartieron en visitar otras tumbas de héroes de la libertad de Cuba. En Santa Ifigenia había a la sazón treinta y seis sepulcros de guerreros de las guerras de independencia. Sí; Santiago, la ciudad que lleva el nombre del Apóstol peregrino, es la más cubana y de las más heroicas ciudades de la Isla. Cuando alguien escriba la biografía espiritual y urbanística de las ciudades cubanas, Santiago explicará por sí misma por qué es el camposanto de los héroes. También Martí es el más cubano de los hijos de Cuba, y es posible que una reflexión profunda encontrara similitudes entre el alma y el aspecto de la ciudad y el alma y el aspecto del Prócer. El heroísmo y la humildad de Santiago —éstas son dos prendas genuinas del carácter martiano— no son en ella las mismas virtudes que en Bayamo, Trinidad, Sancti Spiritus,

Baracoa o Camagüey, a mi parecer. Heroísmo, sacrificio, dolor, pasión, ansia de libertad humana y de dignidad florecen y fructifican en Oriente, tierra de héroes y de mártires, de humillados y ofendidos, de poetas y artistas, cerrada a la promiscuidad y a la concupiscencia de las ciudades ricas y cosmopolizadas; tierra opulenta, jugosa, maternal, prolifera, humilde, paciente, intuitiva, sentimental, justiciera, desinteresada, ascética, dura, severa, cándida y virginal; la ciudad proletaria.

Frente a mí estaba la cripta exagonal, con mármoles de "El Abra" y piedras de las canteras de Jaimanitas y Punta Brava; los escudos de las naciones de América; el talento del arquitecto Benavent y del escultor Santí que probaron en la obra sus excelentes aptitudes; asimismo el tributo de los Poderes Públicos a la memoria del héroe; se ha respetado, sin embargo, la voluntad del mártir y lo cubren flores y la bandera patria. ¿Qué más? ¿Esto es todo lo que se hizo por él?, ¿lo que lo perpetúa? ¿Quién hizo para él algo siquiera parecido a lo que hizo él para Máximo Gómez, Nicolás Azcárate, Heredia, Rafael María Mendive, tan poco y tanto? A Martí se le ha tratado en tamaño gigantesco, no en magnitud gigantesca, ahora lo veo, porque no se le ha querido de corazón con humildad filial, ni se le ha comprendido con sabiduría sin erudición, ni se le ha recibido con los brazos abiertos, como el campo de Dos Ríos, vistiendo la mortaja de chamarreta y alpargatas, y con el revólver empuñado y no la lapicera del bofetinero. Está lejos de los doctos cuanto está cerca de los ignaros, de los pobres y no de los ricos, de los hortelanos y no de los arquitectos, de la

plebe tan despreciada por sus apologistas y tan amada por él. ¿No se lo rescatará, no se lo repatriará, no se lo traerá del destierro de mármol y bronce, no se lo hospedarán y se le lavarán los pies de su peregrinación en el hogar de todos, en la república de trabajo, honra, amor y paz? Entonces sentiremos en el alma, no en la inteligencia, la verdad de que Martí y el ceremonial de las efemérides y las conmemoraciones no tienen entre sí relaciones naturales, vínculos de sangre, y que si ellos entonan el *Té Deum* y esculpen sus aforismos en los frontis, yo que estoy aferrado a la reja de su monumento estoy a sus pies, y lo cuido, y lo estoy sirviendo, y lo amo y lo venero; aun en esta indiferencia con que miro, quizá, la pompa de mármol y de bronce.

II

Las tumbas que dejaron en mí indeleble impresión fueron las de Goethe y Schiller, la de Beethoven y la de Tolstoi. Después de recorrer la casa de Tolstoi, salíamos a las 6 en punto de la tarde, en un crepúsculo lluvioso de otoño, cuando la campana de un reloj de péndulo que estaba en el descansillo de una escalera, insomne desde hacía doscientos años, nos despidió ofreciéndose como brazo en que apoyar en lo sucesivo esos recuerdos. La tumba de Tolstoi está en una glorieta de álamos (o de olmos: *Yasnaia Poliana* significa campos de olmos), cabe la "laguna del agua verde", adonde León y sus hermanos iban, de chicos, a sorprender a los duendes y las hadas que por allá se aparecían y desaparecían de pronto. Ya era el anochecer; caía

una lluvia fina y helada, y estábamos solos bajo un cielo violeta-gris-perla, ante el túmulo. Este era un sarcófago recubierto totalmente de hiedra, con un manojo de flores frescas encima. Ahí estaba lo que antaño fuera León Tolstoi; a un lado el galpón donde fundió la escuela para enseñar a leer y a contar cuentos a los hijos de los "mujiks", cerca de la casa de madera en que pasó sus días más felices y sus años más desdichados. Las tumbas de todos los otros prohombres no eran de mayor fastuosidad e imponencia, ni aunque estuvieran en nichos; menos la de Beethoven, también en una glorieta de enredaderas, y en tierra, como la de Schubert y Brahms, con una sencilla losa lisa y una alegoría de mármol, naturalmente la lira sobre el pentagrama. Goethe y Schiller están en una cripta de piso de ladrillo, con unas columnas sobrias y paredes blanqueadas a cal y sin adornos, ni inscripciones ni emblemas. El sepulcro de Dante, a medio metro del suelo en la pared de una capillita, muro por medio con la iglesia de San Francisco, la más pobre que he visto en Italia. Pegado a la lápida como lapa, estuve media hora, a centímetros de sus restos, ahí, junto al que en mi juventud y muchas veces saludé con sus palabras: "Tu duca, tu signore e tu maestro". Ahora estaba ante otro ejemplar único de la misma grandeza humana y divina, frente al guía, señor y maestro de América, en el templo elevado a su gloria. Sin embargo, esa majestad sencilla y espléndida me dejaba indiferente. Mi devoción por Martí, mi amor a su vida, a su obra, a su valentía, a su perseverancia, a su pulcritud inmaculada, a su corazón magnánimo, a su clarividencia, a sus pobres hombros cargados siempre con una cruz co-

losal e invisible, a sus pies incansables, a sus manos piadosas y laboriosas, a sus tristes ojos tan lejanos de la tierra, a cuanto fue suyo, a lo superhumano y lo terrenal, a todo lo que debió doblarme de hinojos y me mantuvo de pie indiferente. La tumba es, aunque pudiera ser mejor y mayor, un monumento enorme, ya dije de los más suntuosos y arrogantes que conozco, excepto la catedral de San Pedro y el Escorial de Felipe II. ¿No es toda esa también obra de mampostería, canastería, estucado y ornamento? Y si pudiéramos pórvido y jade, oro y platino, rubíes y zafiros, ¿qué habríamos alcanzado sino ahondar más el hiato entre su grandeza, que pertenece al tesoro de la humanidad, y la riqueza y la opulencia que pertenecen a las grandezas de la vanidad? Martí propuso para epitafio de la tumba de Mariana Grajales, esta sola palabra infinita: Madre. En un teocalí porque en una palma no puede ser, no estaría mal esa misma palabra para Martí, porque su paternidad ha sido una maternidad, también heroica, sufrida, negada, olvidada, póstuma. No asocio estos dos nombres porque sí; hay más razones para ello que para pensar en Santa Teresa.

¿Qué le disminuiría a Martí si hubiese quedado en la fosa común de Remanganaguas, sin ataúd, como fuera sepultado, identificado ya con la madre tierra de Cuba, que adoró tan entrañablemente como a la de su carne, y más todavía, difundido en los fosfatos e hidratos de la Isla, en efluvios y en partículas ultramicroscópicas, en el aire, brillando al sol que aquí es tónico y balsámico, en la música del viento, de las cañas y las palmas, en los cantos perdidos y en los infinitos murmurios de las alas y los élitros, en la seda

musical del agua? ¿Y qué se agregaría si se elevara en el centro de La Habana un monumento cincuenta veces más ancho, cien veces más alto que éste, escoltado por los escudos de todas las naciones del mundo, con guardia de honor permanente, con estatuas, grupos alegóricos y bajorrelieves? Nada de eso serviría para elevar un milímetro su estatura, para hacerlo más venerable, para merecer el homenaje de las gentes laboriosas, honradas y amantes. ¿Qué le han agregado los panegiristas, los escoliastas de sus escritos, los críticos de su talento, los tasadores de su moral o "el satisfactorio aborrecimiento de los tontos", que dijo Darío, pronosticando que "se le infligiría además el baldón del elogio de los ignorantes"? Este lujoso atavío pudo tenerlo Salomón; lo que no pudo tener es la veste de los lirios del valle.

Contemplo la urna y experimento recóndita mortificación, como si sus huesos, que debieran descansar en almohadilla de olores, en edredón de plumas suavísimas, sobre pétalos perfumados y frescos, en sedas y gasas, padecieran el roce inhumano del metal. Me duele verla.

¿En esa urna está lo que nos queda de Martí, del peregrino, del desterrado, del Orestes de los boletines mexicanos? Ineludiblemente acude a mi imaginación, por asociación de ideas, Orestes el peregrino que regresó de incógnito a Micenas, acompañado de Píldes y de Ifigenia, portando una urna vacía donde le dice a Electra que trae los despojos de su hermano querido, del salvador que ella esperaba para castigar a los usurpadores del trono y de la patria. Pero Orestes no venía en la urna, estaba ante ella, hablándole.

Tampoco en el cementerio de Santa Ifigenia está nuestro Orestes, que fue además, con legítima similitud, Prometeo, Patroclo, Odiseo y Heracles, y no éste o aquél, como nos dicen; está en toda la Isla como la luz que se derrama del cielo desde antes del día hasta después de la noche, en el aroma de resinas, hierbas y flores que exhala toda la tierra de monte y de llanura, y en los murmurios que entonan en toda ella "la miríada del son fluido, ¿qué alas rozan las hojas?; ¿qué violín diminuto y oleadas de violines, sacan son y alma, a las hojas?, ¿qué danza de alma de hojas?" ("Diario"), como el espíritu sonoro y luminoso y aromático de Ariel sobre la isla de Próspero el Mago; está en las almas, en los cuerpos, y en los seres y en las cosas de Cuba, en sus querubines vestidos de harapos, en sus *númina* desconocidos; en la América y en el mundo que tienen sed de libertad, de justicia, de dignidad y de paz. ¿Algo de él, de lo que constituyó esa hermosa flor de sabiduría y bondad, de valentía y de sacrificio, hay encerrado en la urna? De Chopin, de Shelley, de Gambetta, se guarda el corazón; el de nuestro padre y maestro le fue arrancado con las entrañas, por las manos enemigas y profanas del médico militar doctor Valencia, el que practicó la autopsia, aplicándole trescientas dos inyecciones de bicloruro de mercurio. ¿Hubo mártir, ni Jesús, que sufriera los ultrajes que él después de muerto? ¿Quién de los grandes tuvo una tumba sin sosiego, tan enigmática, además, como la del piloto Palinuro en las aguas del mar?²

2 Recuerdo ahora que el cadáver que examinó el doctor Valencia no era el que vieron Enrique Ubieta y otro médico,

¿Cuál fue su hazaña victoriosa? Así como el Cid Campeador fue atado muerto a la montura, y en esa forma ganó una batalla a moros y marranos, así Martí, atado con una cuerda al lomo de un caballo, bajo la lluvia y la tormenta, sólo, cautivo de soldados enemigos, arreado a Remanganaguas, les ganó a los españoles (herejes) y a los norteamericanos (marranos), la batalla de la libertad verdadera después de sesenta y cuatro años de estar muerto.

Devolvámoslo a toda Cuba en vez encerrarlo en una cripta, aunque sea de pórfido y esmeralda, toda Cuba y no a una ciudad, o una provincia; que no tenga una efigie de mármol o de bronce que se le parezca, ni un águila, ni un león, ni una paloma que los simbolice, ni un altar en que depositar ofrendas y canciones. Tiene altar en el luminoso cielo de la tierra feraz y graciosa, en el agua lustral de sus arroyos y mitológica del océano, en el aire balsámico, en todo cubano que cumple sus consignas, lo ama y lo respeta. Donde un grupo de cubanos se reúne para adelantar la liberación de Cuba

dos días después, ni el que se exhumó del nicho ciento treinta y cuatro del cementerio central en 1907. En junio de 1895 y en febrero de 1907 cundió el rumor, y se levantó la consiguiente alarma por asegurarse que Martí no había muerto, o que su cadáver había sido retirado del nicho donde estuvo doce años. La investigación oficial que se practicó aumentó las dudas, lejos de disiparlas, de que el esqueleto no era el de Martí, y se dio por finalizada la averiguación, procurando conciliar contradicciones muy graves entre los médicos que intervinieron en ambas emergencias. Asimismo, el esqueleto presentaba quebradas —con violencia, por supuesto,— algunas costillas y faltaban varias falanginas y falangetas.

está él; allá tiene iglesias y en ellas se come de su carne y se bebe de su sangre; quien piensa con devoción filial en él, es su discípulo; quien lo lleva en su corazón sabe de memoria su obra entera. Que su tumba sea toda Cuba, repose aquí o allá; que su estatua sea, como la del soldado desconocido, una llama que arda y fulgure día y noche, por los siglos, irradiando luz y calor, fe y pasión sobre la Isla, sobre el Caribe, sobre América y sobre el mundo, como faro y como estrella.

Pensaba así, agarrado a los barrotes del mausoleo, cuando advertí que el chicleo había regresado de Jamaica, y en silencio estaba junto a mí. Me asustó por lo insólito y lo mágico de su presencia de fantasma, que eso era en efecto.

—Dime—le pregunté, por hablarle; más bien para justificar su situación que la mía, para que no tuviera que excusarse en mi lugar—; dime: ¿Tú quieres a Martí?

Me miró como si hubiese preguntado por algo inesperado y sabido; por los padres, por su nombre de pila, o por la casa en que vivía. O como si tuviera que hacer una confesión secreta, algo de todos modos íntimo más no exclusivo, no suyo, no un bien propio. Y me contestó agrandándosele los ojos y llenándosele la cara de indulgencia: "Sí".

—Y—para seguir hablándole sin decir nada—; y ¿tú sabes quién fue Martí, qué escribió para que se lo respete así?

Como si me hablara desde la cúpula del cielo, fulguró:

—Murió por nosotros.

INDICE

Prólogo por LEONIDAS BARLETTA	7
Por qué estoy en Cuba y no en otra parte	17
El Deus ex machina	21
Imágenes de Fidel Castro:	
1. El doctor Fidel Castro Ruz preso en una comisaría de Santiago, por asalto al Cuartel Moncada	24
2. Camilo y Fidel entran victoriosos en La Habana ..	27
3. El líder de la Revolución Cubana ante el pueblo, en la proclamación de la Primera Declaración de La Habana	31
4. El Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba habla en la Organización de Naciones Unidas	34
Apostilla al tema de la Revolución Cubana	34
Guerra sin cuartel al enemigo común	53
Efectos derivados de la Revolución Cubana	55
La Revolución Cubana	60
Martí revolucionario	65

Mensaje de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre ante la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz	77
Carta de confraternidad y de agradecimiento	99
Che Guevara, capitán del pueblo	103
Mensaje a los estudiantes argentinos	110
Carta a Hugo Gambini	114
Carta a David Tiefenberg	115
Carta a Leonidas Barletta	120
Réplica a una declaración intemperante	121
Anverso y perverso	129
Otra vez sobre las lentejas	131
U. S. A. Uber Alles	135
Por una alta cultura popular y socialista cubana	157
El mausoleo de Martí	207

OTRAS OBRAS SOBRE AMERICA LATINA

- L. HUBERMAN, P. M. SWEEZY. — Cuba, anatomía de una revolución, 254 págs. Ed. Palestra.
- CARLOS M. RAMA. — Revolución social y fascismo en el siglo XX, 350 págs. Ed. Palestra.
- PABLO NERUDA. — Canción de gesta, 108 págs. Ed. El Siglo Ilustrado.
- CAIO PRADO JUNIOR. — Evolución política del Brasil, 209 págs. Ed. Palestra.
- JUAN JOSE AREVALO. — Fábula del tiburón y las sardinas, 222 págs. Ed. Palestra.
- JUAN SILVA VILA. — IDEARIO DE ARTIGAS, 248 págs. Ed. El Siglo Ilustrado.
- RAQUEL MORADOR DE WETTSTEIN y GERMAN WETTSTEIN. — Crónicas de Venezuela, 270 págs. Ed. El Siglo Ilustrado.
- CARLOS SABAT ERCASTY. — Himno a Artigas, Himno de Mayo, 48 págs. Ed. El Siglo Ilustrado.

distribuye:

EL SIGLO ILUSTRADO S. A. — Calle Yí 1276, Tel. 85315
Montevideo (Uruguay).

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de EL SIGLO ILUSTRADO S. A. de la ciudad de Montevideo
(Uruguay), calle Yí 1276, al cuidado de Carlos M. Rama
Ruth Rama, el día veinte de febrero de mil novecientos sesenta y cinco.

37